

EL LABERINTO DEL FAUNO



GUILLERMO DEL TORO
CORNELIA FUNKE

Se

Lectulandia

Tras un largo recorrido entre pantanos, Ofelia conoce al hombre que será su padrastro, un despiadado capitán del ejército español. Para él, el inquietante y oscuro bosque donde viven es como una jaula, que tan solo sirve de escondite para los combatientes de la resistencia en la interminable y sangrienta guerra civil.

Pero Ofelia está embelesada con su mágico hogar. Obsesionada con los cuentos de hadas, descubre un laberinto que la conduce cada vez más profundamente por los caminos de un mundo mítico y misterioso acechado por el peligro, cruel y amable a la vez, benigno y mortífero. En el laberinto, nada es como parece en un principio.

Es un lugar donde lo monstruoso y lo humano se confunden, donde resulta imposible distinguir la realidad de la fantasía y donde los mitos se encuentran con el devastador horror de una nación asolada por la guerra.

Guillermo del Toro & Cornelia Funke

El laberinto del fauno

ePub r1.0

Watcher 11-06-2020

Título original: *Pan's Labyrinth: The Labyrinth of the Faun*

Guillermo del Toro & Cornelia Funke, 2019

Traducción: Wendolín Perla

Ilustraciones: Allen Williams

Editor digital: Watcher

ePub base r2.1

Para Alfonso Fuentes y sus hombres,
que salvaron mi casa, mis memorias, mis cuadernos
y mis burros del incendio de Woolsey.

—C. F.

Y para K,
que despertó mi corazón

—G. D. T.

PRÓLOGO

Se dice que hace mucho, mucho tiempo, vivía una princesa en un reino subterráneo, donde no existían las mentiras ni el dolor. La princesa Moanna soñaba con el mundo humano; soñaba con un cielo azul brillante y un infinito mar de nubes; soñaba con el sol y el pasto y el sabor de la lluvia..., así que, un buen día, logró escapar de sus guardias para venir a nuestro mundo. Pronto el sol borró todos sus recuerdos y la princesa olvidó quién era y de dónde venía. Vagó por la tierra y padeció frío, enfermedades y dolor. Finalmente murió.

Su padre, el rey, no pensaba darse por vencido en su búsqueda. Él sabía que el espíritu de Moanna era inmortal y tenía la esperanza de que algún día regresara a casa.

En otro cuerpo. En otro tiempo. Quizás en otro lugar.

Esperaría.

Hasta su último aliento.

Hasta el final de los tiempos.

I

EL BOSQUE Y EL HADA

Había una vez en el norte de España un bosque tan viejo que podía contar historias muy antiguas, ya olvidadas por los hombres. Los árboles estaban tan profundamente anclados en la tierra cubierta de musgo que sus raíces envolvían los huesos de los muertos a la vez que sus ramas se extendían hacia las estrellas.

Tantas cosas perdidas, murmuraban las hojas mientras tres coches negros avanzaban por el camino sin pavimentar que cortaba a través de helechos y pantanos.

Pero todo lo que se perdió puede encontrarse de nuevo, susurraban los árboles.

Era el año de 1944 y la niña sentada en uno de los vehículos, junto a su madre embarazada, no entendía lo que musitaban los árboles. Su nombre era Ofelia y, aunque sólo tenía trece años, sabía todo sobre el dolor de la pérdida: su padre había muerto hacía un año y Ofelia lo extrañaba con tantas fuerzas que a veces su corazón se sentía como una caja vacía donde sólo habitaba el eco de su dolor. A menudo se preguntaba si su madre sentía lo mismo, pero le era imposible encontrar la respuesta en su rostro pálido.

«Tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre, tan negra como el carbón», solía decir el padre de Ofelia, con voz suave y llena de ternura, cuando observaba a su madre. «Te pareces tanto a ella, Ofelia»: porque la niña se veía extraviada, ausente.

Llevaban varias horas en el coche, alejándose cada vez más de todo lo que Ofelia conocía, adentrándose sin retorno en ese bosque interminable para conocer al hombre que su madre había elegido para ser su nuevo padre. Ofelia lo llamaba el Lobo y, aunque no le gustara pensar en él, incluso los árboles susurraban su nombre.

El único trozo de hogar que Ofelia pudo llevar consigo consistía en algunos de sus libros: apretaba con fuerza los dedos alrededor del que llevaba en el regazo, acariciando la portada. Cuando abrió el libro, las brillantes

páginas contrastaban con las innumerables sombras que poblaban el bosque, y las palabras ahí inscritas le ofrecieron cobijo y consuelo. Las letras eran como huellas en la nieve: un amplio pasaje blanco que no conocía el dolor, un lugar libre de recuerdos demasiado oscuros para guardarlos y demasiado dulces para dejarlos ir.

—¿Por qué trajiste todos estos libros, Ofelia? ¡Vamos al campo! —el trayecto en coche había hecho palidecer el rostro de su madre aún más. El trayecto y el bebé que llevaba en el vientre. Tomó el libro de las manos de Ofelia y todas las reconfortantes palabras se silenciaron—. ¡Ya estás grande para los cuentos de hadas, Ofelia! ¡Tienes que aprender a mirar el mundo real! —la voz de su madre parecía una campana rota. Ofelia no recordaba que sonara así mientras su padre vivía—. ¡Oh, vamos tarde! —musitó, presionando su pañuelo contra los labios—. Se enojará por la tardanza. Él...

Su madre gimió y Ofelia se echó hacia delante para tocar el hombro del conductor.

—¡Pare! —gritó—. Detenga el coche, ¿no ve que mamá no se siente bien?

El conductor refunfuñó y detuvo el motor. Lobos: eso es lo que eran esos soldados que las acompañaban. Lobos comehumanos. Su madre decía que los cuentos de hadas no tenían nada que ver con el mundo, pero Ofelia sabía la verdad: en ellos había aprendido todo cuanto había que saber sobre la realidad.

Salió del coche mientras su madre vomitaba sobre los helechos, a un costado de la carretera. Crecían tan densos entre los árboles como un océano de frondas plumosas del que emergían troncos de corteza gris cual criaturas que se alzaran desde un mundo sumergido.

Los otros dos coches se detuvieron también y el bosque de pronto se llenó de uniformes grises. A los árboles no les gustaba: Ofelia podía sentirlo. Serrano, el oficial al mando, se acercó a examinar a su madre. Era un hombre alto y corpulento que hablaba muy fuerte y portaba su uniforme como si fuera un disfraz de teatro. La madre le pidió agua con su voz de campana rota, y Ofelia se adentró en el camino sin pavimentar.

Aqua, susurraron los árboles. Tierra. Sol.

Las hojas de los helechos rozaban el vestido de Ofelia como dedos verdes, y ella bajó la mirada al tropezar con una piedra. Era gris como los uniformes de los soldados, situada en medio del camino como si alguien la hubiera extraviado justo ahí. Su madre, detrás de ella, estaba vomitando otra vez. ¿Por qué traer niños al mundo pone enfermas a las mujeres?

Ofelia se agachó y cerró los dedos en torno a la piedra. El tiempo la había cubierto de musgo, pero cuando Ofelia la limpió se dio cuenta de que era plana y suave y de que alguien había tallado un ojo en ella.

Un ojo humano.

Ofelia miró a su alrededor.

Todo lo que pudo ver fueron tres deterioradas columnas, casi invisibles entre los altos helechos. La piedra grisácea en la que fueron talladas estaba cubierta de extraños patrones concéntricos y la columna central mostraba un antiguo rostro de piedra erosionada que miraba hacia el bosque. Ofelia no pudo resistirse: echó a andar fuera del camino hacia aquel rostro misterioso, sin importarle que a los pocos pasos sus zapatos estuvieran mojados de rocío y los cardos se hubieran aferrado a su vestido.

Al rostro le faltaba un ojo: justo como un rompecabezas al que sólo le falta una pieza, en espera de ser completado.

Ofelia sujetó la piedra en forma de ojo y dio un paso al frente.

Debajo de la nariz, cincelada con líneas rectas sobre la superficie gris, una boca abierta mostraba sus dientes marchitos. Ofelia retrocedió dando tumbos cuando de pronto se agitó entre aquellos dientes un cuerpo alado tan delgado como una ramita, apuntando sus largos y temblorosos tentáculos hacia ella. Las patas del insecto emergieron de la boca, y la criatura, más grande que la mano de Ofelia, rápidamente se escabulló hasta lo alto de la columna. Una vez en la cima, levantó sus larguiruchas patas delanteras y comenzó a gesticular. La hizo sonreír. Hacía tanto tiempo que Ofelia no sonreía... Sus labios ya no estaban acostumbrados.

—¿Quién eres? —le preguntó en un susurro.

La criatura volvió a saludarla con sus patas delanteras y emitió un par de melódicos chasquidos. Quizá fuera un grillo. ¿Así eran los grillos? ¿O era una libélula? No estaba segura. Se había criado en una ciudad, entre muros de piedras que no tenían ojos ni rostro. Ni bocas abiertas.

—¡Ofelia!

La criatura abrió sus alas. Ofelia la siguió con los ojos a medida que se alejaba en el aire. Su madre estaba de pie a unos pasos de la carretera, acompañada del oficial Serrano.

—¡Mira nada más tus zapatos! —la reprendió con aquella suave resignación que solía impregnar su voz en tiempos recientes.

Ofelia miró hacia abajo. Sus zapatos empapados estaban cubiertos de barro, pero aún podía sentir la sonrisa en su boca.

—¡Creo que vi un hada! —dijo. Sí: eso era aquella criatura. Estaba segura.

Pero su madre no le hacía caso. Su nombre era Carmen Cardoso; tenía treintaidós años, ya era viuda y no recordaba lo que era mirar algo sin despreciarlo o sentir temor. Lo único que veía era un mundo que le había arrebatado todo lo que amó para pulverizarlo entre sus dientes. Así que, aunque Carmen Cardoso amaba a su hija, y la amaba de verdad muchísimo, se había casado otra vez. Este mundo era gobernado por hombres —la niña aún no lo entendía— y sólo un hombre podía ponerlas a salvo. La madre de Ofelia no lo sabía, pero ella también creía en los cuentos de hadas. Carmen Cardoso creía en el cuento más peligroso de todos: aquel en que un príncipe la salvaría.

La criatura alada que había estado esperando a Ofelia en la boca abierta de la columna sabía todo eso. Sabía muchas cosas, pero no era un hada, al menos no en el sentido en que tradicionalmente concebimos a las hadas. Sólo su amo conocía su verdadero nombre, ya que en el Reino Mágico un ser le pertenecía a quien pudiera nombrarlo.

Desde la rama de un abeto observó cómo Ofelia y su madre volvían al vehículo para continuar su trayecto. Había esperado mucho tiempo a esa niña: la niña que había perdido tanto y que aún tendría que perder mucho más para encontrar lo que por derecho le pertenecía. No sería sencillo ayudarla, pero esa era la tarea que su amo le había encomendado, y su amo no se tomaba a la ligera que desobedecieran sus órdenes. Oh, no, nada de eso.

Más y más se adentraron los coches en el bosque, con la niña y la madre y el bebé aún sin nacer. Y la criatura que Ofelia creyó un hada desplegó sus alas de insecto, plegó sus seis larguiruchas patas y siguió a la caravana.

II

TODAS LAS FORMAS QUE TOMA EL MAL

El mal rara vez toma forma de inmediato. Al principio se parece más a un suspiro. Un atisbo. Una traición. Pero luego crece y se enraíza, aún invisible, desapercibido. Sólo los cuentos de hadas le dan al mal una forma en toda regla. Los lobos feroces, los reyes despiadados, los demonios y los diablos...

Ofelia sabía que el hombre al que pronto tendría que llamar «padre» era malo. Tenía la sonrisa del cíclope Ojáncano y, en su mirada oscura, la crueldad de los monstruos Cuegle y Nuberu, criaturas que ella había conocido en sus libros. Su madre, sin embargo, no veía su forma verdadera. La gente tiende a enceguecerse a medida que crece, y es probable que Carmen Cardoso no se diera cuenta de la sonrisa lobuna del capitán Vidal porque era muy apuesto y siempre iba impecablemente ataviado con su uniforme de gala, sus botas y sus guantes. Ansiaba tanto ser protegida que quizá confundió su sed de sangre con el poder y su brutalidad con la fuerza.

El capitán Vidal miró su reloj de bolsillo: la carátula de cristal tenía una grieta, pero las manecillas del fondo aún daban la hora e indicaban que la caravana llegaba tarde.

—Quince minutos —murmuró Vidal, que, como todos los monstruos (como la Muerte), era siempre puntual.

Sí, llegaban tarde al viejo molino que Vidal había elegido como su cuartel general, tal como Carmen había temido. Vidal odiaba el bosque. Odiaba todo aquello que no conservara un orden estricto, y los árboles estaban por la labor de esconder a los hombres que él había ido a cazar. Ellos luchaban contra la terrible oscuridad a la que Vidal servía y admiraba, y él había venido al bosque para doblegarlos. Sí, señor: el nuevo padre de Ofelia amaba romper los huesos y derramar la sangre de todos aquellos a quienes consideraba

débiles; darle un orden nuevo a su mundo miserable y desorganizado. Sonriendo, saludó a la caravana.

Ofelia, no obstante, supo ver el desprecio en sus ojos mientras les daba la bienvenida en el patio polvoriento donde, en otro tiempo, los campesinos acudían para entregar su cereal al molinero. Su madre, por el contrario, le devolvió la sonrisa y permitió que el Lobo tocara su vientre hinchado con su hijo. Incluso cedió cuando él le pidió que se sentara en una silla de ruedas, como si fuera una muñeca rota. Ofelia observó todo desde el asiento trasero del coche, detestando la idea de darle la mano al Lobo, como su madre le había pedido. Finalmente salió del vehículo para no dejar a su madre sola con él, estrechando sus libros con fuerza contra el pecho como un escudo hecho de papel y palabras.

—Ofelia —el Lobo trituró su nombre entre sus delgados labios para convertirlo en algo tan roto como su madre, y se quedó viendo la mano izquierda que la niña le extendía—. Es la otra mano, Ofelia —dijo en voz baja—. No lo olvides.

Traía puestos unos guantes negros de piel que rechinaron al envolver la mano de Ofelia con un apretón tan violento como la trampa de un cazador furtivo. Luego le dio la espalda como si ya se hubiera olvidado de ella.

—¡Mercedes! —llamó a una mujer que ayudaba a los soldados a descargar los vehículos—. ¡El equipaje!

Mercedes era delgada y pálida. Tenía el cabello negro como las plumas de un cuervo y ojos oscuros y líquidos. Ofelia pensó que parecía ser una princesa que se hacía pasar por la hija de un campesino. O quizás una hechicera, aunque Ofelia no sabía de qué tipo, si buena o mala.

Mercedes y los hombres llevaron el equipaje de su madre a la casa del molino. Ofelia pensó que el lugar se veía perdido y triste, como si extrañara moler grano fresco. Ahora estaba infestado de soldados que pululaban como langostas alrededor de sus deteriorados muros de piedra. Sus tiendas de campaña y sus camiones estaban por todos lados, llenando el amplio patio rodeado de establos, un granero y el propio molino.

Uniformes grises, una casa vieja y triste, un bosque lleno de sombras... Ofelia ansiaba tanto volver a casa que apenas podía respirar. Pero no había hogar para ella sin su padre. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas cuando divisó, entre unos costales apilados a escasos metros de distancia, un par de alas que reflejaban la luz, como si estuvieran hechas de un vidrio tan fino como el papel.

Era el hada.

Ofelia dejó de lado su tristeza y se echó a correr en esa dirección, pero la criatura voló a toda velocidad hacia los árboles detrás del molino. La pequeña criatura era tan rápida que Ofelia se tropezó al perseguirla y todos sus libros cayeron al suelo. Al recogerlos, sacudiendo el polvo de las cubiertas, vio al hada aferrada a la corteza de un árbol cercano: estaba esperándola.

Sí, estaba esperándola. ¡Sí! Tenía que cerciorarse de que la niña la siguiera.

Un momento. ¡No! Había vuelto a detenerse.

Ofelia observaba fijamente un arco inmenso que de pronto había surgido entre los árboles y que conectaba dos muros antiguos. Desde lo alto del arco una cabeza con cuernos miraba hacia abajo, con los ojos vacíos y la boca abierta, como si tratara de tragarse al mundo. Se diría que la mirada de aquellos ojos hacía que todo se desvaneciera: el molino, los soldados, el Lobo, incluso a la madre de Ofelia. ¡Entra!, parecían decir las derruidas paredes. Ofelia alcanzaba a ver una serie de letras borrosas grabadas bajo la cabeza, pero desconocía su significado.

In consiliis nostris fatum nostrum est, se leía. Es decir, «En nuestras decisiones reside nuestro destino».

El hada había desaparecido, y cuando Ofelia cruzó el umbral del arco, éste proyectó una sombra helada sobre su piel. ¡Voltea!, parecía advertirle algo en su interior. Pero no volteó. A veces está bien escuchar, otras no. De cualquier modo, no sabía si de verdad tenía alternativa. Sus pies andaban con voluntad propia. A los pocos pasos, el corredor que se abría detrás del arco se estrechó hasta que Ofelia pudo tocar las paredes a ambos lados con sólo estirar los brazos. Arrastraba las manos sobre las piedras desgastadas al caminar; a pesar del día tan caluroso, estaban frías. Avanzó unos pasos más y llegó a un recodo. Frente a ella se abría otro corredor que iba a la izquierda y luego a la derecha, hacia otra esquina.

—Es un laberinto.

Ofelia volteó.

Mercedes estaba de pie tras ella. El chal que cubría sus hombros parecía tejido con hojas de lana. Si era hechicera, era una hechicera hermosa, no como esas viejas y marchitas que veía Ofelia en la mayoría de sus libros. Sin embargo, ella sabía por los cuentos que las hechiceras a menudo no mostraban su rostro verdadero.

—Sólo es un montón de piedras viejas —dijo Mercedes—. Son muy viejas, más viejas que el molino. Estas paredes han estado aquí desde

siempre..., mucho antes de que se construyera el molino. No deberías estar aquí. Podrías perderte. Ya ha ocurrido. Si quieres oírla, algún día te contaré la historia.

—¡Mercedes! ¡Te busca el capitán! —ordenó la voz severa de un soldado detrás del molino.

—¡Voy! —respondió Mercedes.

Le sonrió a la niña. Había secretos en su sonrisa, pero a Ofelia le caía bien. Le caía muy bien.

—Ya escuchaste: me llama tu padre —dijo Mercedes mientras caminaba de vuelta al arco.

—¡No es mi padre! —respondió Ofelia—. ¡No lo es!

Mercedes redujo el paso.

Ofelia corrió a su lado y cruzaron el arco juntas, dejando atrás las frías piedras y la cornuda cabeza de ojos vacíos.

—Mi padre era un sastre —dijo Ofelia—. Lo mataron en la guerra —y de nuevo las lágrimas. Siempre asomaban cuando hablaba de él. No podía evitarlo—. Él me hizo el vestido, y también la blusa que trae puesta mi madre. Hacía la ropa más hermosa. ¡Más bella incluso que la que visten las princesas de mis libros! El capitán Vidal *no* es mi padre.

—Me queda muy claro —dijo Mercedes con gentileza, rodeándole los hombros con el brazo—. Pero ven conmigo, te llevaré con tu madre. Estoy segura de que ya te está buscando.

Sintió su brazo cálido. Y fuerte.

—¿No es preciosa mi madre? —preguntó Ofelia—. Es el bebé quien la pone enferma. ¿Tú tienes un hermano?

—Sí, tengo uno —respondió la mujer—. Vas a querer al tuyo; mucho, ya lo verás. Y no podrás evitarlo.

Mercedes volvió a sonreír. Había tristeza en sus ojos, Ofelia lo veía. Era como si también supiera lo que significaba la pérdida.

Desde lo alto del arco de piedra, el hada las observó alejarse hacia el molino: la mujer y la niña, primavera y verano, codo a codo.

La niña regresaría.

El hada se cercioraría de que ocurriera.

Muy pronto.

Tan pronto como su amo lo dispusiera.

III

SÓLO UN RATÓN

Sí, Mercedes tenía un hermano. Pedro era uno de los hombres escondidos en el bosque, un maqui, como se autodenominaban. Un guerrero de la resistencia que se escondía precisamente de los soldados para los que Mercedes cocinaba y limpiaba.

El capitán Vidal y sus oficiales estaban planeando cómo cazarlos cuando Mercedes entró con el pan, el queso y el vino que el capitán había ordenado. La mesa donde hoy extendían el mapa solía ser la misma en la que comían el molinero y su familia. Hoy, lo único que se servía en esa mesa era muerte. Muerte y miedo.

Las llamas que bailaban en la chimenea proyectaban sombras de cuchillos y rifles sobre las paredes encaladas y los rostros que se inclinaban sobre el mapa. Mercedes puso la charola en la mesa y con toda naturalidad echó un vistazo a las marcas que indicaban las posiciones militares.

—Los guerrilleros se quedan en el bosque porque ahí es difícil seguirles el rastro —la voz de Vidal era tan inexpresiva como su rostro—. La escoria conoce este lugar mucho mejor que nosotros. Bloquearemos, pues, todos los accesos al bosque. Aquí. Y aquí —colocó el dedo enfundado en el guante negro sobre el mapa, como un misil.

Pon atención, Mercedes. Y dile a tu hermano lo que planean o estará muerto en una semana.

—Comida, medicina: lo almacenaremos todo. Justo aquí —Vidal puso el dedo sobre el molino—. Necesitamos forzarlos a que bajen de la colina, y así ellos vendrán a nosotros.

Aquí, Mercedes. ¡Lo almacenarán todo aquí!

Se tomó su tiempo para vaciar la charola y poner la comida en la mesa, contenta de resultarles absolutamente invisible: era sólo una criada, una pieza más en la habitación, como las sillas o la chimenea.

—Estableceremos tres nuevos puestos de mando. Aquí, aquí y aquí.

Vidal puso tres marcadores de bronce sobre el mapa. Mercedes nunca apartó los ojos de los dedos enguantados. Eso era ella: los ojos y las orejas de los conejos que ellos cazaban, tan callada e invisible como un ratón.

—¡Mercedes!

Se olvidó de respirar cuando el guante negro la tomó del hombro.

Los ojos de Vidal la miraban con suspicacia.

Él siempre sospecha, Mercedes, se dijo a sí misma, tratando de calmar su corazón acelerado.

A Vidal le gustaba ver cómo su mirada infundía el miedo en los rostros, pero ella estaba lo suficientemente acostumbrada a ese juego como para no delatarse. Sólo un ratón. Invisible. Sería su fin si él llegase a creer que era una gata o una zorra.

—Dile al doctor Ferreiro que venga.

—Sí, señor.

Agachó la cabeza para empequeñecerse. La mayoría de los hombres prefería que una mujer no fuera alta. Vidal no era la excepción.

Tres puestos de mando. Y la comida y la medicina almacenadas en el molino.

Eso sí que sería útil.

IV

UNA ROSA EN LA MONTAÑA OSCURA

El doctor Ferreiro era un hombre bueno, un alma noble. Eso le resultó evidente a Ofelia en el momento en que entró a la habitación de su madre: se puede detectar la bondad con la misma claridad con que se detecta la crueldad. Esparce luz y calor, y al doctor le sobraban ambos.

—Esto la ayudará a dormir —le dijo a su madre a la vez que agregaba un par de gotas color ámbar a un vaso de agua.

La madre de Ofelia no discutió con él cuando le aconsejó que permaneciera algunos días en cama. Era una enorme cama de madera, con mucho espacio para Ofelia y su madre, quien no se había sentido bien desde que llegaron a aquel lugar miserable. Su frente estaba empapada en sudor y el sufrimiento dibujaba tenues líneas en su hermoso rostro. Ofelia estaba preocupada, pero le reconfortaba ver cómo las amorosas manos del médico preparaban el remedio.

—Sólo dos gotas —dijo, entregándole a Ofelia el pequeño frasco marrón para que lo cerrara—. Verás cómo la ayuda.

Su madre apenas podía beber el agua sin sentir náuseas.

—Debe tomárselo todo —dijo con dulzura el doctor Ferreiro—. Muy bien.

Su voz era cálida como las mantas de la cama y Ofelia se preguntaba por qué su madre no se había enamorado de un hombre como el doctor. Él le recordaba un poco a su difunto padre. Sólo un poco.

Ofelia acababa de sentarse en la cama, al lado de su madre, cuando Mercedes entró a la habitación.

—Él quiere que baje —le dijo al doctor Ferreiro.

Él. Nadie pronunciaba su nombre, Vidal. Sonaba como una piedra estrellándose contra una ventana: cada letra un pedazo de cristal roto. Capitán: así es como casi todos lo llamaban, pero Ofelia seguía pensando que Lobo le iba mucho mejor.

—No dude en llamarme —dijo el doctor a la madre de Ofelia mientras cerraba su botiquín—. De día o de noche. Usted o su joven enfermera —añadió, sonriéndole a Ofelia.

Luego se fue con Mercedes, y Ofelia se quedó a solas con su madre por primera vez en esa vieja casa con olor a inviernos fríos y a tristeza de generaciones pasadas. Le gustaba estar a solas con ella. Siempre lo había disfrutado, hasta que apareció el Lobo.

Su madre se acercó.

—Mi joven enfermera —puso la mano bajo el brazo de Ofelia con una sonrisa cansada pero auténtica—. Cierra las puertas y apaga la luz, cariño.

A pesar de estar al lado de su madre, a Ofelia le daba miedo dormir en esa habitación extraña. La obedeció, y al ir a echar el pestillo en la puerta se percató de que el doctor y Mercedes seguían en el rellano. No se dieron cuenta de que los observaba, y aunque no era su intención escuchar a escondidas, fue inevitable. Al final, de eso se trata la niñez: de escuchar los secretos de los adultos y aprender así a comprender su mundo... Y sobrevivirlo.

—¡Tiene que ayudarnos, doctor! —susurraba Mercedes—. Venga conmigo y véalo usted mismo. La herida no está sanando. La pierna está cada vez peor.

—Esto es todo lo que pude conseguir —dijo el doctor en voz baja, entregándole a Mercedes un pequeño paquete envuelto en papel marrón—. Lo siento.

Mercedes tomó el paquete, pero la desesperación en su rostro asustó a Ofelia. Mercedes parecía muy fuerte, tanto como alguien capaz de protegerla en esa casa colmada de soledad y fantasmas del pasado.

—El capitán lo espera en su despacho —Mercedes enderezó la espalda y al bajar las escaleras no volteó a ver al doctor Ferreiro. Los pasos del médico eran pesados, como si se sintiera culpable de alejarse del rostro desesperado de Mercedes. Ofelia se quedó inmóvil.

Secretos. Abonan a la oscuridad del mundo, pero también te intrigas y hacen que quieras saber más...

Ofelia seguía de pie en el marco de la puerta cuando Mercedes giró la cabeza. Sus ojos se abrieron con terror al ver a Ofelia, y rápidamente escondió el paquete bajo el chal, mientras los pies de Ofelia finalmente obedecían y la niña retrocedía para cerrar la puerta, deseando que Mercedes simplemente olvidara que la había visto.

—¡Ofelia! ¡Ven acá! —gritó su madre desde la cama.

Al menos el fuego alumbraba un poco la oscura habitación: la chimenea y dos velas parpadeantes en la repisa. Ofelia se metió a la cama y abrazó a su madre.

Sólo ellas dos. ¿Por qué eso no había bastado? Pero su hermano ya daba pataditas en el vientre de su madre. ¿Y qué pasaría si era como su padre?

¡Vete!, pensó Ofelia. Déjanos solas. No te necesitamos. Mamá me tiene a mí y yo cuido de ella.

—¡Dios mío, Ofelia! ¡Tus pies! ¡Están helados! —dijo su madre.

Su cuerpo desprendía mucho calor. Quizá demasiado calor, pero al doctor no parecía preocuparle mucho la fiebre.

A su alrededor el molino gemía y crujía. No los quería ahí. Quería al molinero de vuelta. O tal vez quería estar a solas con el bosque, que las raíces de los árboles rompieran sus paredes, que las hojas cubrieran su tejado hasta que sus vigas y sus rocas volvieran a fundirse con el bosque.

—¿Tienes miedo? —musitó su madre.

—Un poco —susurró Ofelia.

Otro sollozo surgió de las viejas paredes y las vigas del techo se lamentaron como si alguien estuviera doblándolas.

Ofelia abrazó a su madre con más fuerza. Ésta le besó el cabello, tan negro como el suyo.

—No es nada, cariño. No es nada, sólo el viento. Las noches son muy distintas aquí. En la ciudad oyés coches, el tranvía... Aquí las casas son mucho más viejas. Crujen...

Así es, crujían. Esta vez ambas escucharon.

—Es como si las paredes hablaran, ¿no te parece? —dijo su madre, que no la había abrazado así desde que supo que estaba embarazada—. Mañana. Mañana te voy a dar una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —preguntó Ofelia mirando su pálido rostro.

—Sí.

Refugiada en ese abrazo, Ofelia se sintió a salvo por primera vez desde... ¿Desde cuándo? Desde que su padre murió. Desde que su madre conoció al Lobo.

—¿Un libro? —preguntó. Su padre solía darle libros. A veces incluso confeccionaba ropa a la medida para sus libros.

Lino. Para proteger la encuadernación, Ofelia, le decía. Los encuadernan con tela muy barata hoy en día. Esta es mejor.

Ofelia lo extrañaba muchísimo. A veces sentía que el corazón le sangraba y que el sangrado no pararía hasta volver verlo.

—¿Un libro? —su madre rio con delicadeza—. ¡No! ¡No es un libro! Es algo mucho mejor.

Ofelia no quiso recordarle que para ella nada era mejor que un libro. Su madre no lo entendería: ella no se refugiaba en ellos ni dejaba que la transportaran a otros mundos. Ella sólo veía este mundo... y sólo a veces, pensaba Ofelia. Parte de la tristeza perpetua de su madre se debía a que estaba atada a este mundo. Los libros podrían haberle dicho tanto sobre este mundo y sobre lugares lejanos, sobre animales y plantas, ¡sobre las estrellas! Podían ser puertas o ventanas, alas de papel para llevarla volando muy lejos. Quizá su madre había olvidado cómo volar. O quizá nunca había aprendido a hacerlo.

Carmen había cerrado ya los ojos. Al menos cuando soñaba, veía más allá de este mundo, ¿no?, se preguntó Ofelia presionando su mejilla contra el pecho de su madre. Tan cerca, sus cuerpos fundiéndose en uno, tal como antes de que ella naciera. Ofelia podía escuchar el ritmo de su respiración, el ruido sordo de los latidos constantes de su corazón, como un metrónomo contra el hueso.

—¿Por qué tenías que casarte? —susurró Ofelia.

A medida que las palabras escapaban de sus labios, parte de ella deseaba que su madre ya estuviera dormida. Pero la respuesta no se hizo esperar.

—Estuve sola mucho tiempo, mi amor —dijo su madre, observando el techo agrietado y cubierto de telarañas.

—¡Pero yo estaba contigo! —dijo Ofelia—. No estabas sola. Yo *siempre* estuve contigo.

Su madre permaneció inmóvil mirando al techo, y de pronto le pareció muy lejana.

—Cuando crezcas lo entenderás. Tampoco fue fácil para mí que tu padre... —contuvo la respiración con brusquedad y presionó la mano sobre su vientre hinchado—. Tu hermano está moviéndose otra vez —la mano de su madre estaba ardiendo cuando Ofelia la envolvió con la suya. Sí, ella también podía sentir a su hermano. Y no, él no se iría. Quería salir—. ¡Cuéntale uno de tus cuentos! —pidió casi sin aliento—. Seguro que eso lo calmará.

Ofelia dudó en compartir con él sus historias, pero finalmente se sentó. Debajo de las sábanas blancas, el cuerpo de su madre lucía como una montaña cubierta de nieve, con su hermano durmiendo en su cueva más recóndita. La niña reclinó la cabeza en el bulto, bajo la manta, y comenzó a acariciarla mientras su hermano se movía debajo de la piel de su madre.

—¡Hermano! —musitó—. ¡Hermano mío! —su madre aún no había elegido un nombre para él. Necesitaría uno pronto para hacerle frente a este

mundo—. Hace muchos, muchos años, en una tierra lejana y triste... —Ofelia hablaba con voz suave y queda, pero estaba segura de que podía escucharla— había una montaña gigantesca hecha de pedernal negro...

Detrás del molino, en el bosque oscuro y callado como la noche, la criatura que Ofelia llamaba hada extendió sus alas y siguió el sonido de la voz de la niña: sus palabras formaban un camino de migajas de pan en medio de la noche.

—Y en lo más alto de esa montaña —prosiguió Ofelia—, una rosa mágica florecía cada amanecer. La gente decía que quien la arrancara sería inmortal, pero nadie osaba siquiera acercarse porque sus espinas estaban cargadas de veneno...

Oh, sí: hay muchas rosas como esa, pensó el hada mientras volaba hacia la ventana tras la cual la niña contaba su historia. Cuando logró al fin deslizarse al interior de la habitación, batiendo sus alas tan suavemente como hablaba Ofelia, las vio: la niña y la madre, abrazadas para hacer frente a la oscuridad de la noche. Pero la oscuridad dentro de la casa era mucho más aterradora, y la niña sabía que quien alimentaba esa tiniebla era el hombre que las había llevado hasta ahí.

—La gente hablaba de todo el dolor que las espinas de la rosa podían causar —le susurró Ofelia a su hermano aún no nacido—. Se advertían unos a otros que quien escalara esa montaña moriría. Les resultaba sencillo temer al dolor y a las espinas; el miedo les hacía creer eso. Pero ninguno de ellos se atrevía siquiera a pensar que al final la rosa los premiaría con la vida eterna. No tenían esperanza... ninguna. Así que la rosa se marchitaba noche tras noche, incapaz de recompensar a nadie con su regalo...

El hada se sentó en el alféizar de la ventana a escuchar. Se alegró de que la niña supiera de las espinas, ya que tanto ella como su madre habían llegado a una montaña muy tenebrosa. El hombre que gobernaba esa montaña —oh, sí, ella sabía todo sobre él— estaba sentado abajo en su despacho, en el cuarto detrás de la rueda del molino, puliendo el reloj de bolsillo de su padre, otro padre muerto en otra guerra.

—Todos se olvidaron de la rosa y se perdió para siempre —dijo la niña, presionando la mejilla contra el vientre de su madre—, en lo alto de aquella montaña helada y oscura, por siempre sola hasta el fin de los tiempos.

Ofelia no lo sabía, pero estaba hablando del padre de su hermano.

V

PADRES E HIJOS

Vidal limpiaba el reloj de bolsillo de su padre cada noche, el único momento en que se quitaba los guantes. La habitación que había convertido en su despacho estaba justo detrás de la enorme rueda que antes molía el maíz del molinero. Sus radios gigantes cubrían la mayor parte de la pared trasera y a veces le daba la sensación de vivir dentro del reloj, lo cual le resultaba extrañamente reconfortante. Pulía la carcasa de plata bellamente grabada y retiraba el polvo de las ruedas dentadas con tanto esmero como si cuidara de un ser vivo.

A veces nuestros objetos queridos revelan más sobre quiénes somos que las personas que amamos. La carátula de vidrio del reloj se había resquebrajado en la mano del padre de Vidal justo en el momento de su muerte, algo que su hijo tomó como prueba de que sólo sobrevive a la muerte aquello que mantenemos limpio y en perfecto orden.

Su padre fue un héroe. Vidal creció con esa certeza y en torno a ella construyó todo su universo. Un hombre de verdad. Y ese pensamiento le traía casi siempre a la mente un recuerdo: el día que fue con su padre a visitar los acantilados de Villanueva. El escarpado paisaje marino en el horizonte, las rocas puntiagudas a sus pies: una caída de treinta metros. Su padre lo guio hasta el borde con gentileza y lo sujetó con fuerza. Lo retuvo cuando retrocedió, y lo obligó a mirar al abismo.

—¿Sientes ese miedo? —preguntó su padre—. No lo olvides nunca. Eso es lo que debes sentir cada vez que te sientas débil... cuando intentes olvidar que sirves a tu patria y tu condición, cuando te enfrentes a la muerte o al honor. Si traicionas a tu país, a tu nombre o a tu herencia, será como si hubieras dado un paso al frente hacia la caída. El abismo es invisible a tus ojos, pero no por ello es menos real. Nunca lo olvides, hijo mío.

Un golpeteo en la puerta desplazó el pasado cediendo lugar al presente. El golpeteo era tan débil que delataba a quien pedía permiso para entrar.

Vidal frunció el ceño. Odiaba cualquier cosa que interrumpiera su ritual nocturno.

—¡Pase! —dijo sin dejar de prestar atención a la reluciente maquinaria del reloj.

—Capitán —los pasos del doctor Ferreiro eran tan delicados y cautelosos como su voz. Se detuvo a poca distancia del escritorio.

—¿Cómo está ella? —preguntó Vidal.

Los engranajes del reloj de bolsillo retomaron su ritmo perfecto, confirmando una vez más que no había nada capaz de vencer el orden. La inmortalidad era pulcra y precisa. Desde luego, no necesitaba un corazón. El corazón perdía su ritmo fácilmente y al final se detenía sin importar con cuánto esmero se cuidara.

—Está muy débil —dijo el doctor Ferreiro.

Sí, delicado. Eso era el buen doctor. Delicadas ropas, delicada voz, delicados ojos. Vidal estaba seguro de que sería tan fácil de quebrar como el pescuezo de un conejo.

—Descansará tanto como lo necesite —dijo—. Yo dormiré aquí abajo.

Como quiera, eso facilitaría las cosas. Estaba harto de Carmen. Se hartaba de todas las mujeres con mucha facilidad. Por lo general, trataban de acercarse demasiado. Vidal no quería a nadie cerca. Eso lo hacía vulnerable. Todo el orden se perdía cuando llegaba el amor. Incluso el deseo era confuso, a menos que uno lo saciara y después siguiera adelante. Las mujeres no comprendían eso.

—¿Y qué hay de mi hijo? —preguntó. El niño era lo único que le importaba. Un hombre era mortal sin un hijo.

El doctor lo miró sorprendido. Sus ojos siempre parecían ligeramente asombrados tras esos lentes con borde plateado. Cuando su delicada boca estaba a punto de responder, aparecieron Garcés y Serrano en la puerta.

—¡Capitán!

Vidal calló a sus oficiales con un gesto de la mano. El miedo en sus rostros jamás dejaba de causarle placer. Incluso lo hacía olvidar cuán miserable era ese lugar: tan lejos de las ciudades y los campos de batalla donde se escribía la historia. Estar en ese bosque de mierda, infestado de rebeldes... Él haría que valiera la pena. Plantaría el miedo y la muerte con tal precisión que los generales que lo enviaron ahí se enterarían. Algunos de ellos habían luchado con su padre.

—¡Mi hijo! —repitió, la impaciencia en su voz tan afilada como una navaja—. ¿Cómo está?

Ferreiro aún lo miraba con perplejidad. *¿Conocí alguna vez un hombre como usted?*, parecía preguntar con la mirada.

—De momento no hay razón para alarmarse —respondió.

Vidal alargó el brazo para tomar su gorra y un cigarro.

—Muy bien —dijo echando su silla hacia atrás; lo que quería decir *Lárgate*.

Sin embargo, el doctor seguía de pie frente al escritorio.

—Su esposa no debió viajar, capitán. No con un embarazo tan avanzado.

Qué imbécil. Una oveja no debía hablarle así a un lobo.

—¿Esa es su opinión?

—Mi opinión profesional. Sí, capitán. Lo es.

Vidal caminó alrededor del escritorio lentamente, con la gorra del uniforme bajo el brazo. Era más alto que Ferreiro. Desde luego, Ferreiro era un hombre pequeño. Estaba perdiendo cabello y su barba rala lo hacía parecer viejo y patético. Vidal amaba el afeitado limpio y perfecto de la barbillia que una navaja bien afilada proporcionaba. Lo único que sentía por hombres como Ferreiro era desprecio. ¿Quién quiere sanar a los demás en un mundo que sólo existe para matar?

—Un hijo —dijo con calma— debe nacer dondequiera que esté su padre.

Idiota. Vidal se encaminó hacia la puerta, y el humo de su cigarro lo siguió a través de la habitación escasamente iluminada. A Vidal no le gustaba la luz: le gustaba ver su propia oscuridad. Estaba por llegar a la puerta cuando Ferreiro volvió a alzar su insopportable voz dulce.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que es un niño, capitán?

Vidal se dio la vuelta y le sonrió, sus ojos negros como el hollín. Podía hacer que los hombres sintieran su cuchillo clavado en las costillas con sólo mirarlos.

—Váyase.

Se dio cuenta de que Ferreiro había sentido el cuchillo.



Los soldados de guardia habían capturado a dos hombres que cazaban conejos furtivamente después del toque de queda. A Vidal le sorprendió que Garcés decidiera importunarlo para algo así, a pesar de que todos sus oficiales sabían cuánto odiaba ser molestado a altas horas de la noche.

Cuando salieron del molino, la luna parecía una hoz hambrienta en el cielo.

—A las ocho detectamos movimiento en el sector noroeste —reportó Garcés mientras atravesaban el patio—. Disparos. El sargento Bayona peinó el área y capturó a los sospechosos —Garcés siempre hablaba como si estuviera dictando.

Los cautivos, un hombre mayor y uno mucho más joven, estaban tan pálidos como la luna enfermiza. Sus ropas estaban sucias del bosque y sus ojos se veían nublados de culpa y miedo.

—Capitán —dijo el más joven mientras Vidal los sometía a un silencioso escrutinio—, este es mi padre —señaló al hombre mayor—. Es un hombre honorable.

—Eso lo decido yo —aunque Vidal disfrutaba ver el miedo en el rostro de un hombre, también lo ponía furioso—. Y descúbrete la cabeza en presencia de un oficial.

El joven se quitó su desgastada gorra. Vidal sabía por qué evitaba verlo a los ojos. ¡Campesino de mierda! Era orgulloso —se notaba en su voz— y lo suficientemente listo como para saber que a sus captores eso no les gustaría.

—Traían esto —Serrano le entregó a Vidal un viejo rifle—. Lo han disparado.

—¡Cazábamos conejos! —dijo el muchacho. Su orgullo estaba fuera de lugar.

—¿Acaso dije que podías hablar?

El hombre mayor estaba tan asustado que podía desplomarse en cualquier momento. Asustado por su hijo. Uno de los soldados que lo sostenían le quitó el morral de los hombros encorvados y se lo entregó a Vidal. Éste sacó un almanaque de bolsillo que el gobierno republicano había distribuido a todos los granjeros; parecía que lo hubieran leído muchas veces. En la contraportada estaba impresa la bandera republicana y Vidal leyó en voz alta la consigna con desdén:

—«Ni dios, ni patria, ni amo». Ya veo.

—¡Propaganda roja, capitán! —Serrano parecía orgulloso y aliviado de constatar que no había molestado a su capitán sólo por dos sucios campesinos. Quizás estos dos pertenecían a la guerrilla de resistencia contra el general Franco, a los que habían venido a cazar a este bosque maldito.

—¡No es propaganda! —protestó el hijo.

—Shhh.

Los soldados leyeron la amenaza en el siseo de advertencia de Vidal, pero el joven y estúpido pavorreal estaba demasiado desesperado por proteger a su padre. El amor mata de muchas maneras.

—¡Es sólo un viejo almanaque, capitán!

No, el muchacho no se callaba.

—Sólo somos granjeros —dijo el padre, tratando de que Vidal apartara la mirada de su hijo.

—Prosigue —a Vidal le gustaba cuando comenzaban a implorar por sus vidas.

—Fuimos al bosque a cazar conejos. Para mis hijas. Ambas están enfermas.

Vidal olisqueó una botella que sacó del morral del viejo. Agua. Uno tenía que hacer estas cosas con calma para disfrutarlas.

Orden. Incluso en estos casos.

—Conejos... ¿En serio?

Sabía que el hijo caería en la trampa. Oh, sí, sabía cómo hacer esto. Los generales no debieron haber malgastado su talento en este bosque: él podría haber hecho cosas grandiosas.

—Capitán, con todo respeto —dijo el hijo—, si mi padre dice que estaba cazando conejos, estaba cazando conejos —escondió su orgullo bajo los párpados, pero sus labios lo traicionaron.

Con calma. Así es como tenía que hacerse.

Vidal tomó la botella de agua y la reventó en el rostro del joven pavorreal. Luego le clavó los cristales rotos en un ojo. Una y otra vez. *Deja fluir la rabia o de lo contrario te consumirá*. El vidrio cortaba y destrozaba, convirtiendo piel y carne en pulpa sangrienta.

El padre gritaba más alto que el hijo; las lágrimas corrían dejando surcos entre la mugre de sus mejillas.

—¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado! ¡Asesino!

Vidal le disparó en el pecho. No era un gran pecho: las balas encontraron pronto su corazón. Dos balas atravesaron sus ropas harapientas y mugrosas y sus huesos de cartón.

El hijo aún se movía, con las manos cubiertas de su propia sangre, pues las presionaba contra las heridas abiertas de su rostro. Qué desastre. Vidal le disparó también. Bajo la hoz pálida de la luna.

El bosque observaba tan silenciosamente como sus soldados.

Vidal se limpió las manos enguantadas con el morral y luego lo vació en el suelo. Papeles. Más papeles. Y dos conejos muertos. Los recogió. Eran raquílicos, puro hueso y pelaje. Quizás un caldo podría salir de ahí.

—Para la próxima aprende a registrar a esta gentuza como se debe antes de venir a tocar a mi puerta —le ordenó a Serrano.

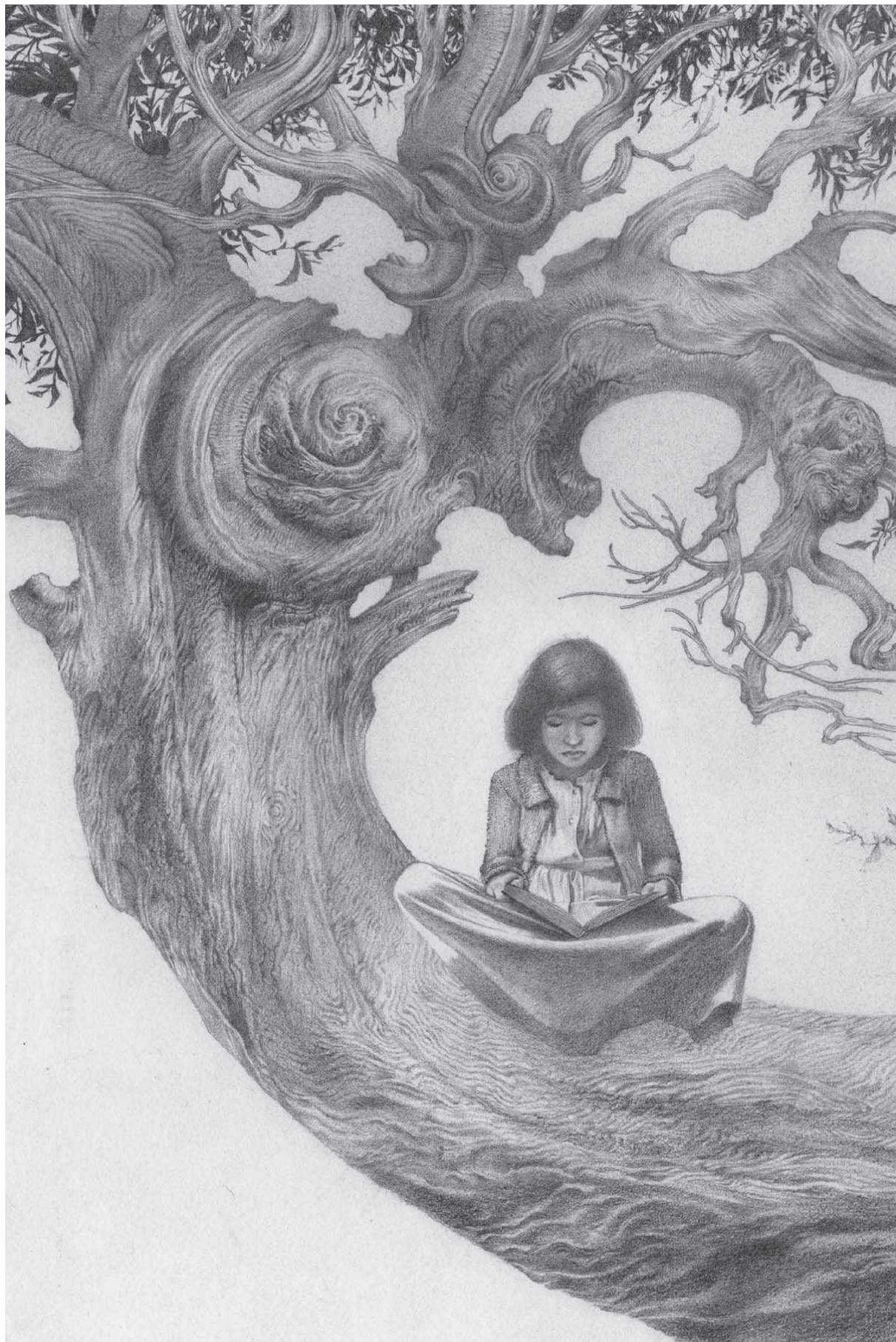
—Sí, capitán.

Qué rígidos se quedaron todos ahí, como estatuas.

¿Qué? Vidal los desafió con la mirada. Tenía carácter. Sí. ¿Qué estaban pensando ahora, observando a los dos hombres muertos a sus pies? ¿Que algunos de sus padres y sus hermanos eran campesinos también? ¿Que también amaban a sus hijas y a sus hijos? ¿Que algún día les haría lo mismo a ellos?

Quizá.

Todos somos lobos, quería decirles. Aprendan de mí.



Había una vez un escultor llamado Cintolo. Servía a un rey en un reino subterráneo, tan profundo que ni los rayos del sol ni la luz de la luna podían encontrarlo. Llenaba los jardines reales con flores esculpidas con rubíes y fuentes esculpidas con malaquita. Tallaba bustos del rey y de la reina tan realistas que todo el mundo creía que era posible escuchar su respiración.

La única hija de los reyes, la princesa Moanna, amaba observar al escultor mientras trabajaba, pero a ella Cintolo nunca logró esculpirla.

—No puedo estar quieta tanto tiempo, Cintolo —decía la princesa—. Hay demasiado por hacer y tanto que ver.

Un buen día, Moanna desapareció. Y Cintolo recordaba cuán a menudo le preguntaba ella por el sol y la luna, y si sabía cómo se veían por encima del suelo los árboles, cuyas raíces envolvían el techo de su habitación.

El rey y la reina tenían el corazón tan roto que en todo el Reino Subterráneo se escuchaba el eco de sus suspiros y sus lágrimas cubrían las flores del escultor como rocío. El fauno, que los aconsejaba sobre todo lo relacionado con las bestias y las cosas sagradas que respiraban en el subsuelo, mandó a sus mensajeros —murciélagos y hadas, conejos y cuervos— para traer a Moanna de regreso, pero ni todos esos ojos pudieron encontrarla.

La princesa llevaba ya trescientos treinta años desaparecida cuando, una noche, el fauno entró al taller de Cintolo, que se había quedado dormido entre sus herramientas. Anhelaba consolar a Sus Majestades cincelando el rostro de Moanna en una hermosa piedra lunar, pero, por más que lo intentaba, no lograba recordar el rostro de la princesa.

—Tengo una tarea para ti, Cintolo —dijo el fauno—, y no puedes fallar. Necesito muchas esculturas del rey y la reina, tantas como frondas tienen los helechos, que asciendan desde el suelo hasta el Reino Superior. ¿Puedes hacerlas?

Cintolo no estaba seguro, pero nadie se atrevía a decirle al fauno que no, ya que este era bien conocido por su carácter y su influencia sobre el rey. Así que Cintolo puso manos a la obra. Un año después, cientos de columnas de piedra se alzaron hasta el Reino Superior, mostrando los tristes semblantes de los padres de Moanna. Llevaban la esperanza del fauno de que algún día la

princesa perdida las encontrara en su camino y recordara quién era. Sin embargo, una vez más, muchos años pasaron y no hubo jamás noticias de Moanna. La esperanza murió en el Reino Subterráneo como una flor privada de lluvia.

Cintolo envejeció, pero no pudo soportar la idea de morir antes de que sus habilidades pudieran ayudar a Sus Majestades a traer de vuelta a su niña perdida. Así que solicitó una audiencia con el fauno.

Cuando el escultor entró a sus aposentos, el fauno daba de comer al enjambre de hadas que revoloteaban en su derredor. Las alimentaba con sus lágrimas para recordarles a Moanna, ya que las hadas tienden a ser criaturas muy olvidadizas.

—Vuestra Alteza Cornuda —dijo el escultor—, ¿me permitís ofreceros mis humildes servicios una vez más para encontrar a nuestra princesa perdida?

—¿Y cómo pretendéis hacerlo? —preguntó el fauno mientras las hadas lamían otra lágrima de sus garras.

—Os ruego me permitáis no responder esa pregunta —dijo Cintolo—. Aún no sé si mis manos serán capaces de crear lo que visualizo en la mente. Espero, no obstante, que a pesar de mi silencio estéis de acuerdo en posar para mí de modo que pueda esculpiros.

—¿A mí? —preguntó el fauno, sorprendido ante la petición de Cintolo. Sin embargo, en el rostro del viejo vio pasión, paciencia y la más valiosa de las virtudes en tiempos desesperanzados: ilusión. Así que pospuso el resto de sus tareas, que eran muchísimas, para poder posar pacientemente ante el escultor.

Cintolo no usó piedra para esta escultura. Talló la figura del fauno en madera, porque la madera siempre recuerda que alguna vez perteneció a un árbol vivo, vivo y capaz de respirar en ambos reinos, el de arriba y el de abajo. Tres noches y tres días le tomó a Cintolo terminar la escultura, y cuando le pidió al fauno que se levantara de la silla, también el fauno de madera se puso de pie.

—Pedidle que la encuentre, Vuestra Alteza Cornuda —dijo el escultor—. Prometo que no descansará ni morirá sin encontrarla.

El fauno sonrió al darse cuenta de otra rarísima cualidad en el rostro del viejo: la fe. Fe en su arte y en lo que su arte era capaz de lograr. Y por primera vez en muchos años, el fauno se arriesgó a renovar su esperanza.

Pero hay muchos caminos en el Reino Superior, y aunque la criatura del escultor atravesó bosques y desiertos y llanuras y montañas, le fue imposible

encontrar a la princesa perdida y cumplir la promesa de su creador. Cintolo estaba devastado, y cuando la Muerte tocó a la puerta de su taller, no le pidió que se fuera sino que la siguió, ansiando olvidar su fracaso en la tierra de la desmemoria.

La criatura de Cintolo sintió un dolor agudo por la muerte de su creador. Su cuerpo de madera, envejecido y curtido por el viento y la lluvia y los miles de kilómetros que había atravesado en su búsqueda, se quedó rígido de tristeza y sus pies fueron incapaces de dar un solo paso más. Dos columnas se alzaban desde los helechos que bordeaban el camino que había seguido, mostraban los rostros tristes del rey y la reina, a cuya hija había buscado en vano por tanto tiempo. Decidida a encontrarla, la criatura se arrancó el ojo derecho y lo dejó en el camino del bosque. Luego caminó con dificultad entre los helechos y se convirtió en piedra junto al rey y la reina a quienes había fallado, con la boca abierta en un último suspiro petrificado.

El ojo, testigo eterno de las habilidades del viejo escultor, yació sobre el piso mojado por incontables días y noches, hasta que una tarde tres coches negros cruzaron el bosque. Se detuvieron bajo los viejos árboles y una niña salió de uno de ellos. Caminó hasta tropezarse con el ojo que Cintolo había esculpido, lo recogió y miró a su alrededor para ver de dónde provenía. Vio las tres erosionadas columnas, pero no reconoció los rostros en ellas. Habían pasado demasiados años ya.

Se dio cuenta, sin embargo, de que a una de las columnas le hacía falta un ojo. Así que cruzó el camino de helechos hasta detenerse frente a ella, la que alguna vez fue el fauno de madera de Cintolo. El ojo que levantó en el camino encajó perfectamente en la cavidad del rostro dañado por las inclemencias del tiempo y en ese momento, en una cámara subterránea bajo los pies de la niña, tan profunda que sólo los árboles más viejos podían tocarla con sus raíces, el fauno levantó la cabeza.

—¡Por fin! —susurró.

Arrancó una flor rubí de los jardines reales, la puso sobre la tumba de Cintolo y envió a una de sus hadas a encontrar a la niña.

VI

EN EL LABERINTO

El sonido de unas alas que revoloteaban despertó a Ofelia. Un crujido seco y quitinoso: furioso, breve... Luego, el aleteo de algo que se movía en la oscuridad. Las velas se habían acabado y el fuego de la chimenea se había extinguido. Hacía mucho frío.

—¡Mamá! —susurró Ofelia—. ¡Despierta! Hay algo en la habitación.

Pero su madre no despertó. Las gotas del doctor Ferreiro la habían hecho caer en un sueño profundo como un pozo, y Ofelia se sentó, tiritando de frío a pesar de que aún llevaba puesto el suéter de lana sobre el camisón. Escuchó con atención...

¡Ahí!

¡Ahora estaba justo sobre ella! Ofelia hizo a un lado las mantas para encender la luz, pero de inmediato volvió subir las piernas a la cama cuando sintió que algo la rozaba. Y entonces la vio.

El hada insecto estaba sentada al pie de la cama. Agitaba sus largas antenas, sus larguiruchas patas delanteras hacían gestos y su boca chirriaba suavemente en un idioma que, Ofelia estaba segura, provenía de los cuentos de sus libros. Contuvo la respiración mientras la criatura alada bajaba de la cama y se precipitaba sobre las mantas con sus patas rígidas. Atravesó el vasto campo de lana para finalmente detenerse a menos de treinta centímetros de Ofelia, que se sorprendió al darse cuenta de que todo su miedo había desaparecido. Así es, ¡se había ido! Lo único que sintió fue felicidad, como si un viejo amigo la hubiera encontrado en esa habitación fría y oscura.

—¡Hola! —susurró—. ¿Me seguiste?

Las antenas se sacudieron y los extraños chasquidos que emitió su visitante le recordaron la máquina de coser de su padre, y la aguja que golpeaba suavemente contra un botón mientras confeccionaba un nuevo vestido para su muñeca.

—Eres un hada, ¿verdad?

Su visitante parecía no estar segura.

—¡Espera! —Ofelia tomó de la mesita de noche uno de sus libros de cuentos de hadas y comenzó a hojearlo para dar con la página que mostraba la silueta de papel negro que le gustaba observar tan a menudo—. ¡Aquí! —le mostró el libro abierto a su visitante—. ¿Ves? Esta es un hada.

Bueno, si la niña eso pensaba... La visitante de Ofelia decidió seguirle el juego. Se incorporó sobre sus patas traseras y, dándole la espalda a la niña, hizo que desaparecieran sus antenas y que su cuerpo largo y seco se asemejara a la diminuta mujer de la ilustración. Al transformarse, dio a sus alas una forma ligeramente distinta: hizo que parecieran hojas. Luego levantó las manos, ahora humanas, y, rozando sus puntiagudas orejas con sus dedos recién nacidos, comparó su nueva silueta una vez más con la ilustración. Sí, la metamorfosis era todo un éxito. De hecho, este cuerpo podía incluso resultar uno de sus nuevos favoritos, con todo y que en su vida inmortal había adquirido innumerables formas. El cambio era parte de su naturaleza. Era parte de su magia y su juego preferido.

Pero era hora de emprender la tarea para la cual la habían enviado al molino. Aleteó hacia la niña con sus nuevas alas y se dirigió a ella con vehemencia. ¡Sígueme!, le dijo con gestos, tratando de transmitir la urgencia que las órdenes de su amo requerían. Él no era precisamente el más paciente.

—¿Quieres que te siga? ¿Afuera? ¿Adónde?

Demasiadas preguntas. Los humanos preguntaban mucho acerca de todo, pero no eran ni la mitad de buenos para dar con las respuestas. El hada aleteó hacia la puerta. Las alas en forma de hoja funcionaban muy bien, pero seguía teniendo dudas respecto al resto del cuerpo: las extremidades de insecto eran mucho más ligeras y rápidas.

Daba igual. Su amo esperaba.

Al ponerse los zapatos y seguir al hada fuera de la casa en medio de la noche, el corazón de Ofelia seguía sin miedo. Era como si ya la hubiera seguido antes. ¿Y quién no confiaría en un hada, aunque ésta se apareciera a medianoche? Probablemente siempre hacían lo mismo. Y tenías que seguirlas. Eso es lo que los libros decían, ¿y acaso no eran sus cuentos mucho más verdaderos que aquello que los adultos pretendían saber sobre el mundo? Sólo los libros hablaban de todo lo que los adultos no querían que preguntaras: la vida, la muerte. El bien y el mal. Y todo lo que verdaderamente importaba en la vida.

Ofelia no se sorprendió cuando el arco de piedra surgió en la oscuridad.

El hada revoloteó y cruzó el arco. Esta vez Mercedes no estaba al lado de Ofelia para detenerla. Las viejas piedras del laberinto se erguían imponentes a su izquierda y derecha, llevándola más y más lejos en círculos interminables, y cada vez que Ofelia dudaba en una esquina, el hada la apresuraba para que siguiera. *¡Sígueme! ¡Sígueme!* Ofelia estaba segura de que eso era lo que canturreaba, aleteando a veces sobre ella, otras veces a su lado.

¿Por cuánto tiempo había caminado ya? No tenía idea. Los viejos muros enmarcaban el cielo nocturno y sus zapatos estaban empapados con el rocío del musgo que alfombraba los retorcidos pasadizos. Se sentía como en un sueño, y los sueños no tienen tiempo. De pronto las paredes se abrieron y Ofelia caminó hacia un amplio patio central. Los muros al centro eran más bajos y la hoz de la luna se reflejaba en el pasto salvaje y mojado. Había un profundo pozo de piedra en el suelo y una gran escalera que bajaba. Ofelia no sabía cuántos escalones eran: la escalera parecía infinita y la oscuridad se tragaba sus pasos. Una bocanada de aire frío y húmedo surgió del pozo y Ofelia volvió a sentir el pinchazo del miedo, pero también el llamado de la aventura.

Siguió al hada, que no paraba de trinar y revolotear adelante, escaleras abajo, hundiéndose más y más en el subsuelo. Las escaleras terminaban en el fondo del pozo, pero no había agua, sólo un monolito esculpido muy semejante a los que había visto en el bosque. Parecía igualmente antiguo, pero este era mucho más alto y estaba rodeado de profundos canales de piedra, tallados en el suelo, que formaban un laberinto reflejo del de arriba. Se oyó un susurro entre las sombras detrás del monolito, como si algo enorme estuviera moviéndose ahí, y aunque Ofelia ya estaba muy asustada, el hada la obligó a seguir. La niña fue tras ella hasta el final y se detuvo en lo más hondo del pozo.

—¿Hola? —preguntó—. ¡Hola!

Le pareció escuchar agua que corría, y sus propios pasos hicieron eco en el pozo.

—¡Eco! ¡Ecoooooo! —dijo para alejar el silencio mientras el hada revoloteaba en torno a la columna.

El hada se detuvo en el tronco de un árbol muerto. O eso parecía. Pero cuando la criatura alada tocó su retorcida superficie con las manos, ésta tembló. Lo que Ofelia había creído un viejo árbol se sacudió, se enderezó y se dio la vuelta.

Fuera lo que fuera, era enorme, igual que los cuernos torcidos sobre su abultada cabeza. El rostro que la escudriñó con ojos felinos no se parecía a nada que Ofelia hubiera visto antes. Una barba de chivo le cubría la barbilla, mientras que sus mejillas y su frente ostentaban los mismos ornamentos tallados en la columna. Cuando la criatura se desprendió de la telaraña de musgo y vides secas que la mantenía unida a la pared, Ofelia vio que su cuerpo era mitad hombre, mitad cabra. Insectos y tierra atrapada cayeron de su piel y los huesos le crujieron al mover las extremidades, como si hubiera permanecido en las sombras por una eternidad.

—¡Ah! ¡Sois vos! —exclamó él. Sí, Ofelia estaba segura de que era un él —. ¡Habéis vuelto!

La criatura dio un paso torpe hacia Ofelia, extendiendo sus pálidos dedos con garras como si fueran raíces. Era enorme, mucho más alto que un hombre, y sus patas con pezuñas semejaban las patas traseras de una cabra. Sus ojos, a pesar de su forma felina, eran azules, azul pálido, como piezas robadas de cielo, de pupilas prácticamente invisibles, mientras que su piel parecía una corteza astillada cubierta de maleza, como si hubiera estado ahí durante siglos, esperando...

El hada gorjeaba con orgullo. Había traído a la niña, tal como su amo le había ordenado.

—¡Mirad! ¡Mirad a quién ha traído vuestra hermana! —ronroneó a la vez que abría el bolso de madera que llevaba con la correa cruzada sobre el torso.

Del bolso salieron revoloteando dos hadas iguales a la silueta que su hermana había imitado de las páginas de un libro. Su amo cornudo rio plácidamente cuando todas se arremolinaron en torno a Ofelia, que se aferraba aún más al suéter que cubría su camisón en ese aire helado y húmedo que llenaba el pozo. Con razón el amo de las hadas se movía con tal rigidez... Aunque quizás sólo era viejo. Se veía viejo. Muy viejo.

—Me llamo Ofelia —dijo, haciendo su mejor esfuerzo por parecer valiente y no dejarse intimidar en absoluto por los cuernos y esos extraños ojos azules—. ¿Tú quién eres?

—¿Yo? —la criatura señaló su pecho marchito—. ¡Ja! —hizo un gesto desdeñoso con la mano, como si los nombres fueran lo menos importante del mundo—. Algunos me llaman Pan... ¡pero he tenido tantos nombres! —dio un par de rígidos pasos—. Nombres tan viejos que sólo el viento y los árboles pueden pronunciarlos...

Desapareció detrás del monolito, pero Ofelia aún podía oír su voz: un chirrido ronco e hipnótico.

—Soy la montaña, los bosques y la tierra. Soy... argh... —emitió un balido como el de una cabra, y lucía muy viejo y muy joven al mismo tiempo cuando volvió a aparecerse frente a ella—. Soy —agitó las extremidades con el rugido de un viejo carnero— ¡un fauno! Y soy, fui y siempre seré vuestro más humilde servidor, Alteza.

Ofelia se quedó sin palabras cuando, crujiendo del esfuerzo, el fauno agachó la cornuda cabeza e hizo una profunda reverencia. ¿Alteza? Oh, no: ¡la confundía con alguien más! Desde luego. ¡Debió sospecharlo! ¿Por qué habría de buscarla un hada? Ella sólo era la hija de un sastre.

—¡No! —al fin atinó a decir, dando un paso atrás—. No, yo...

El fauno levantó la cabeza y enderezó su rígida espalda.

—Sois la princesa Moanna.

—¡No, no! —protestó Ofelia—. Yo soy...

—La hija del rey del Submundo —la interrumpió el fauno.

¿De qué hablaba? Sus palabras la asustaron más que la noche o ese lugar tan alejado de la cama que entibiaba el cuerpo de su madre. Aunque a veces la deseemos, la magia verdadera es escalofriante.

—¡No! ¡No! —protestó una vez más—. Mi nombre es Ofelia. Mi madre es una costurera y mi padre era un sastre. Tienes que creerme.

Ofelia sintió la impaciencia del fauno cuando éste agitó con firmeza su cabeza cornuda, pero también detectó un rastro de diversión en su ornamentado rostro.

—Tonterías, Alteza. Vos —la señaló con una garra— no habéis nacido de un vientre humano. Os alumbró la luna.

Las hadas asintieron vigorosamente con sus cabecitas. Un rayo de luna logró penetrar hasta lo profundo del pozo, como queriendo probar la aseveración del fauno, y cubrió de plata las alas de las hadas.

—Observad vuestro hombro izquierdo —dijo el fauno—. Encontraréis una marca que comprueba lo que os digo.

Ofelia echó un vistazo a su hombro izquierdo, pero no se atrevió a bajar la ropa para exponer la piel. No sabía bien qué era más temible: que el fauno dijera una verdad o una mentira.

¡Una princesa!

—Vuestro verdadero padre nos hizo abrir portales a lo largo y ancho del mundo para permitir vuestro regreso. Este es el último —el fauno hizo un gesto hacia la cámara donde estaban—. Pero antes de que se os permita regresar a vuestro reino, tenemos que cerciorarnos de que vuestra esencia sigue intacta y de que no os habéis convertido en mortal. Para probarlo —una

vez más metió la mano en su bolso— es necesario que completéis tres tareas antes de la luna llena.

El libro que el fauno sacó del bolso parecía demasiado grande para caber en él. Estaba encuadrado en piel marrón.

—Este es *El libro de las encrucijadas* —dijo el fauno entregándoselo a Ofelia. Las líneas en su frente se arremolinaban como trazos dibujados por el viento y las olas—. Abridlo sólo cuando os encontréis a solas...

A continuación le entregó un pequeño estuche que repiqueteó cuando Ofelia lo agitó, pero el fauno no le dijo qué hacer con él. Sólo la miró con sus pálidos ojos azules.

—El libro os mostrará vuestro futuro —dijo, retrocediendo hacia las sombras— y lo que debéis hacer.

El libro era tan grande que Ofelia apenas podía sostenerlo. Casi se le resbaló de las manos cuando finalmente logró abrirllo.

Las páginas estaban en blanco.

—¡No hay nada escrito aquí! —dijo.

Pero cuando levantó la mirada, tanto el fauno como las hadas se habían ido. Sólo quedaban el cielo nocturno sobre ella y la trama del laberinto a sus pies.

VII

DIENTES DE NAVAJA

La navaja de afeitar de Vidal era una maravilla con su hoja brillante, más afilada que los dientes de un lobo. Tenía mango de marfil y era de acero alemán. La había obtenido del aparador de una tienda saqueada en Barcelona, una tienda de artículos de alta gama para caballeros: neceseritos de viaje, objetos de aseo personal, pipas, plumas y peines de carey. Para Vidal, sin embargo, esa navaja no era únicamente un artículo de aseo: era una herramienta que a un hombre le permitía cortar y morder. La navaja era sus garras, sus dientes.

Los hombres eran criaturas tan vulnerables: sin pelaje, sin escamas para proteger su suave carne. Entonces Vidal se esmeraba cada mañana para convertirse en una bestia más peligrosa. Cuando la navaja se deslizaba por sus mejillas y su barbilla, el filo se volvía parte de él. De hecho, a Vidal le gustaba imaginarse que convertía su corazón, corte a corte, en metal. Amaba observar cómo la navaja le daba a su rostro el orden y el brillo de los que carecía ese lugar en el exilio. No descansaría hasta que ese maldito bosque estuviera tan limpio como la cara bien afeitada que veía en el espejo cada vez que la navaja hacía su trabajo. Orden. Fuerza. Y brillo metálico. Sí, eso era lo que llevaría a ese lugar: las navajas desgarraban tanto árboles como hombres con gran facilidad.

Después de ocuparse de su rostro había que ocuparse de las botas, desde luego. Las lustraba tan meticulosamente que la piel reflejaba la luz de la mañana. Susurraba *¡Muerte!* desde su negrura brillante, y mientras Vidal inhalaba el humo de su primer cigarro, imaginaba el sonido de botas que marchaban en plácida combinación con la música que emitía su fonógrafo por las mañanas. La música que escuchaba Vidal era alegre y extrañamente distinta de las botas y la navaja. Revelaba que la crueldad y la muerte representaban para él una danza.

Estaba dando el último toque a sus botas cuando Mercedes entró con pan y café. No pudo evitar observar los dos escuálidos conejos sobre la mesa

junto al reloj de bolsillo que todos tenían prohibido tocar. Las ayudantes de cocina habían estado cotilleando toda la mañana sobre lo que Vidal les había hecho a los cazadores furtivos que buscaban comida para alimentar a su familia. Padre e hijo. Mercedes tomó la taza de metal de la charola y la puso entre los conejos. Tanta crueldad. Había visto ya demasiado en ese lugar. Algunas veces se preguntaba si a esas alturas la crueldad habría cubierto su corazón como musgo.

—Mercedes —cada vez que Vidal pronunciaba su nombre, sonaba amenazante, a pesar de que solía dirigirse a ella con tanta suavidad que le recordaba a un gato escondiendo las garras bajo el aterciopelado pelaje—, prepara esos conejos para cenar esta noche.

Mercedes los tomó e inspeccionó sus esqueléticos cuerpos.

—Demasiado jóvenes para un guiso decente.

¿Dónde estaban las niñas enfermas que debían alimentarse con ellos?, se preguntó. Afuera, en el patio, un soldado había estado imitando al viejo cuando suplicaba por la vida de su hijo y se rio al describir la forma en que Vidal los asesinó a ambos. ¿Habían nacido así de crueles todos esos soldados que herían, quemaban y mataban? Alguna vez habían sido niños como Ofelia. Mercedes temía por ella. La niña era demasiado inocente para ese lugar y su madre no sería lo suficientemente fuerte para protegerla. Ella era una de esas mujeres que buscan fuerza en los hombres en vez de buscarla en su propio corazón.

—Bueno —dijo Vidal—. Una taza de caldo, entonces, con la carne de las patas traseras.

—Sí, señor —Mercedes se obligó a verlo a los ojos. No bajó la mirada cuando él se levantó de su silla, aunque temía que viera el odio en sus ojos. Si bajaba la mirada, él podía interpretarlo como culpa y miedo, lo cual resultaría mucho más peligroso. La culpa lo haría sospechar y el miedo abriría aún más su sangriento apetito.

—Este café está un poco quemado —le gustaba estar cerca de ella—. Pruébalo.

Mercedes tomó la taza de metal negro con la mano izquierda, sosteniendo aún los conejos en la derecha. Jóvenes cosas muertas. *Pronto estarás tan muerta como ellos*, Mercedes, susurraba su corazón, *si sigues haciendo lo que estás haciendo*. Vidal la observaba.

—Debes encargarte de estas cosas, Mercedes. Eres el ama de llaves.

Le puso la mano, limpia y delicada, en el hombro. Mercedes deseó que su vestido fuera más grueso cuando Vidal recorrió su brazo lentamente con la

mano. La tela estaba tan desgastada que podía sentir los dedos sobre su piel.

—Como usted diga, señor.

Vidal sentía un gran deseo por las mujeres, aunque todas sabían que en el fondo las detestaba. Mercedes se preguntaba si la madre de Ofelia no habría notado el desprecio en sus ojos cuando la abrazaba.

Vidal no la llamó de vuelta cuando salió del despacho, pero Mercedes sintió su mirada entre los omóplatos como la punta de un cuchillo.

Bajó los conejos a la cocina y le dijo a Rocío, la cocinera, que el capitán se había quejado del café.

—¡Ese es un señorito! —dijo Rocío.

Las ayudantes se rieron. Rosa, Mariana, Emilia, Valeria... no tenían razones para temer al capitán, pues rara vez lo veían en persona. No querían ver lo que él y sus hombres hacían. Mercedes deseaba ser tan ciega como ellas, aunque quizás las mayores habían visto demasiado y ya nada les importaba.

—Necesitamos otro pollo y algo de carne para la cena —Mercedes llenó dos cubetas con el agua que había puesto a hervir una ayudante. La madre de Ofelia había pedido un baño.

—¿Otro pollo y algo de carne? ¿Y de dónde lo vamos a sacar? —ironizó la cocinera.

Mariana era de un pueblo cercano y tenía dos hijos en el ejército. «Los hombres quieren luchar —solía decir—. Así es como nacieron». ¿Sin importarles por qué luchaban? ¿Y qué había de las mujeres?

—Los invitó a todos —dijo Mercedes—. El sacerdote, el general, el doctor, el alcalde y su esposa... Y tenemos que alimentarlos.

—¡Y comen más que un establo lleno de cerdos hambrientos! —respondió la cocinera mientras Mercedes se enfilaba hacia las escaleras con las cubetas.

Las ayudantes se reían mientras quitaban la sangre de conejo de la mesa.

No querían saber.

VIII

UNA PRINCESA

Ofelia no le contó a su madre nada del laberinto ni sobre el fauno. Se sentía muy cercana a ella antes de que el hada viniera a buscarla, pero las palabras del fauno resonaban en su mente cuando se metió en la cálida cama y se quedó en la oscuridad observando el rostro de su madre y preguntándose si sería cierto que en realidad no era su hija.

La luna creciente. Madre.

Se sintió muy culpable cuando el pálido sol de la mañana se asomó a través de las ventanas polvorrientas y su madre le sonrió y le besó la frente, como si quisiera que ese beso se llevara consigo sus pensamientos.

¡No la traiciones!, dijo Ofelia para sus adentros mientras Mercedes y una ayudante llenaban con agua hirviendo la tina del baño contiguo. *¡Está tan sola! Tan sola como yo...* La tina daba la impresión de que alguien la hubiera llevado de una casa citadina mucho más grande que esa. Muchas de esas casas habían sido destruidas en la guerra que también mató a su padre, y muchas veces Ofelia había jugado en las ruinas con sus amigos, simulando que eran los fantasmas de los niños que algún día vivieron en las habitaciones desiertas.

—Ese baño no es para mí. ¡Es para ti, Ofelia! ¡Vamos!

Su madre le sonrió, pero Ofelia sabía que la sonrisa era en realidad para el Lobo. Quería que su hija estuviera limpia y bien vestida para él, su cabello bien arreglado, sus zapatos bien boleados. Los ojos de su madre brillaban y sus pálidas mejillas se ruborizaban cuando él estaba cerca, aunque Vidal apenas le pusiera atención.

Ofelia moría por contarle a Mercedes sobre el fauno, quizás porque ella le había advertido sobre el laberinto o porque Mercedes también tenía secretos. Había en los ojos de Mercedes cierta sabiduría sobre el mundo que Ofelia no encontraba en los ojos de su madre.

—¡Ofelia!

Su madre lucía como una novia esa mañana, con su vestido blanco. Se sentó nuevamente en la silla de ruedas, como si el Lobo le hubiera robado los pies. La había mutilado. A su madre le encantaba bailar en la cocina mientras cocinaba y a su padre le encantaba verla bailar. Ofelia solía sentarse en el regazo de su padre para observarla juntos.

—Tu padre organizó una cena esta noche. ¡Mira lo que te hice!

El vestido que le mostró su madre era verde como el bosque.

—¿Te gusta? —acarició la tela sedosa—. ¡Lo que hubiera dado yo por un vestido tan fino como este cuando tenía tu edad! ¡Y mira esos zapatos!

Eran negros y brillantes como las botas de los soldados. Ni los zapatos ni el vestido, aunque fuera verde, eran propios del bosque.

—¿Te gustan? —los ojos de su madre se abrieron de emoción. Se notaba tan ansiosa por complacer como una niña pequeña a la que acababan de regañar. Ofelia sintió pena por ella y se avergonzó.

—Sí, mami —dijo—. Son muy hermosos.

Carmen la miró con recelo. *Ayúdame*, le imploraba. *Ayúdame a complacerlo*. Ofelia sintió mucho frío, como si estuviera de vuelta en el laberinto, con las sombras de sus muros oscureciéndole el corazón.

—Vamos, anda —su madre bajó la mirada, con los párpados cargados de decepción—. Báñate antes de que el agua se enfríe.

Todas esas puntadas...

Había invertido tantas horas cosiendo ese vestido que se negaba a ver la verdad en los ojos de su hija: que no lo había confeccionado para Ofelia sino para el hombre al que esperaba que su hija llamara «padre», a pesar de que ese título le pertenecía a un hombre muerto.

Todos creamos nuestros cuentos de hadas. *El vestido hará que él ame a mi hija*. Ese era el cuento que Carmen Cardoso se contaba a sí misma, a pesar de que su corazón sabía que a Vidal sólo le importaba el hijo no nacido que llevaba en su vientre. Es un pecado terrible traicionar a un hijo por un nuevo amor, y los dedos de la madre de Ofelia temblaban mientras desabotonaba el vestido, aún sonriendo, fingiendo que la vida y el amor eran exactamente lo que ella quería que fueran.



El baño estaba lleno de blancos velos de vapor. Ofelia sintió el calor y la humedad en la piel al cerrar la puerta. La tina parecía un blanco barco de

porcelana listo para zarpar a la luna, pero el baño caliente no era la razón por la que Ofelia estaba ansiosa por quedarse al fin sola.

La noche anterior había escondido el libro del fauno y el pequeño estuche detrás del radiador del baño, temerosa de que su madre los encontrara. Era su secreto, y sumado al desagrado de su madre por los libros, le preocupaba que el regalo del fauno perdiera su magia si alguien más lo veía o lo tocaba.

Apenas podía sostener el pesado libro en el regazo cuando se sentó en la orilla de la tina. Su encuadernación de piel tenía la textura de la corteza desgastada de un árbol y las páginas aún estaban en blanco, pero de algún modo sabía que eso cambiaría. Todas las cosas verdaderamente importantes son invisibles a los ojos. Ofelia era lo suficientemente joven para saberlo.

Y en efecto, una de las páginas en blanco comenzó a sangrar tinta verde pálido y marrón en el momento en que Ofelia la tocó. La ilustración de un sapo apareció en la página de la derecha, luego surgieron una mano y un laberinto. La orilla de la página comenzó a llenarse de flores y en el centro apareció la imagen de un árbol viejo y torcido: sus ramas sin hojas, dobladas como cuernos, su tronco partido y hueco.

Desde ahí, una niña arrodillada miraba a Ofelia. Estaba descalza pero traía puesto un vestido verde y un delantal blanco idénticos a los que la madre de Ofelia había hecho. Una vez que terminó de formarse la imagen en la página derecha, la página izquierda comenzó a llenarse de letras color sepia, tan anticuadas como si un iluminador invisible estuviera escribiéndolas con un pincel hecho de pelos de cola de marta. Las letras eran tan bellas que Ofelia por un momento se dedicó a admirarlas, pero luego comenzó a leer:

*Hace mucho tiempo, cuando los bosques eran jóvenes,
habitaban en ellos criaturas
llenas de magia y prodigo...*

—¡Ofelia! —llamó su madre a la puerta—. ¡Apúrate! ¡Quiero verte ese vestido! Quiero que luzcas preciosa. Para el capitán.

Traición...

Ofelia se paró frente al espejo. Estaba cubierto de vapor y su imagen se veía borrosa. Se descubrió el hombro izquierdo.

—¡Te verás como una princesa! —gritó su madre a través de la puerta.

La niña observó su reflejo.

Ahí estaba: la hoz de la luna rodeada de tres estrellas, tan nítidas como si alguien las hubiera dibujado sobre su piel con la tinta sepia que había cubierto las páginas del libro. El fauno había dicho la verdad.

—Una princesa —murmuró Ofelia.
Volvió a verse al espejo.
Y sonrió.

IX

LECHE Y MEDICINA

Por supuesto, habría suficiente comida en la cena para los invitados del capitán. Sus soldados se cercioraron de ello y todo mundo en la cocina sabía cómo. Varias familias locales pasarían hambre por algunos días, pero ¿qué podían decir cuando los soldados tocaban a la puerta exigiendo que les entregaran el último pollo o las patatas que un granjero había escondido para sus hijos? Mercedes sentía una gran vergüenza mientras ella y las ayudantes picaban las verduras. Ese era el uso que daban las mujeres a los cuchillos: cortar comida para los hombres que mataban con sus cuchillos... los hombres que habían matado a los esposos, los hijos y las hijas de esas mujeres.

El cuchillo con que picaba la cebolla era el mismo que la mayoría de las ayudantes de cocina guardaba entre los pliegues de su delantal, justo debajo del estómago, seguro y siempre a la mano: tenía una hoja corta, de escasos siete centímetros de largo, hecha de acero barato, con un mango de madera desgastado.

Mercedes no podía quitarle la vista de encima a la navaja. Aún recordaba la mano del capitán sobre su brazo. ¿Qué pasaría si un día no la dejara ir? Seguro que las otras chicas no podían imaginar en qué pensaba mientras envolvía el cuchillo con su delantal. Se reían y cotilleaban para olvidarse de los uniformes que esperaban afuera y de que sus hijos estaban luchando unos contra otros. Y quizás estaban en lo correcto. Quizá la vida era más que eso. Aún existían el silencio del bosque y el calor del sol, la luz de la luna. Mercedes anhelaba sumarse a las risas, pero su corazón estaba muy agotado. Había sentido miedo por demasiado tiempo.

—Cerciórense de que esos pollos queden muy limpios —dijo—. Y no olviden los frijoles.

Su voz sonó más dura de lo que pretendía, aunque de cualquier modo las otras no estaban poniéndole atención. Todas sonreían mirando a la puerta, donde estaba Ofelia con el vestido verde y el delantal blanco que Mercedes había planchado con el mismo cuidado con que su madre los había cosido. El

atuardo hacia lucir a Ofelia como uno de los personajes del libro favorito de Mercedes cuando era niña. Su madre solía llevar a casa libros para ella y su hermano. Era maestra, pero ni todos sus libros pudieron protegerla cuando los soldados incendiaron su aldea. Las llamas la devoraron junto con los libros.

—¡Te ves preciosa, niña! —exclamó la cocinera—. Hermosa.

—Sí! ¡Qué bello vestido! —dijo Rosa, con el rostro suavizado de ternura. Tenía una hija de la edad de Ofelia. A todas, la niña les recordaba a sus propias hijas y nietas, así como a las niñas que ellas mismas fueron alguna vez.

—¡A trabajar! ¡Basta de perder el tiempo! —les dijo Mercedes, aunque también ella sentía ternura en el corazón.

Caminó hasta donde estaba Ofelia y con delicadeza enderezó el cuello del vestido. La madre de la niña era una costurera verdaderamente talentosa y, por un momento, el vestido que había confeccionado hechizó a todas en la cocina del molino: el vestido y el rostro radiante de la niña, colmado de felicidad y belleza, como una flor que acabara de abrir. Sí, por un momento les hizo creer que el mundo volvía a ser un lugar pacífico y completo.

—¿Quieres leche con miel?

Ofelia asintió y Mercedes la llevó afuera, donde estaba la vaca marrón bajo los árboles, sus ubres llenas de leche. Corría blanca y caliente por los dedos de Mercedes mientras llenaba una cubeta.

—Atrás —le dijo a Ofelia con suavidad—. No vaya a salpicarse de leche tu vestido. Pareces una princesa.

Indecisa, Ofelia dio un paso atrás.

—¿Tú crees en las hadas, Mercedes? —le preguntó mientras acariciaba el suave costado de la vaca. Mercedes volvió a apretar las ubres.

—No, pero cuando era niña sí. Creía en muchas cosas en las que ya no creo.

La vaca mugió con impaciencia. Quería alimentar becerros, no humanos. Mercedes la tranquilizó con las manos y unas palabras dulces.

Ofelia se olvidó del vestido y se paró a su lado.

—Un hada me visitó anoche —le dijo en voz baja.

—¿En serio? —Mercedes sumergió un pequeño cuenco en la cubeta y lo llenó de leche caliente.

Ofelia asintió con los ojos muy abiertos.

—Sí. ¡Y no estaba sola! Eran tres. ¡Y también un fauno!

—¿Un fauno? —Mercedes se enderezó.

—Sí. Era viejísimo... y muy alto y esbelto —Ofelia dibujó en el aire una enorme silueta con las manos—. Se veía viejo y olía a viejo..., a humedad. Como la tierra cuando se moja con la lluvia. Y un poco como esta vaca.

Y quiero que lo sepas, parecía decir con los ojos. *¡Por favor, créeme, Mercedes!* Es difícil tener secretos que no se pueden compartir, o creer en una verdad que otros no quieren ver. Mercedes comprendía perfectamente.

—Un fauno —repitió—. Mi madre me advirtió que tuviera cuidado con los faunos. A veces son buenos, a veces no...

El recuerdo dibujó una sonrisa en sus labios... El recuerdo y la niña. Pero la sonrisa se borró cuando vio al capitán caminando hacia ella con uno de los oficiales a su lado. El mundo de pronto se llenó de sombras.

—¡Mercedes!

Ignoró a la niña de tal manera que por un momento Mercedes sintió que Ofelia no estaba ahí.

—Sígueme. Te necesito en el granero.

Fue con él, desde luego. Aunque le habría encantado quedarse con la niña y la leche caliente y el aliento de la vaca sobre su piel.

Varios soldados descargaban un camión frente al granero.

El teniente Medem, oficial al mando, saludó a Vidal.

—Hemos traído todo, capitán, como lo prometimos —el uniforme del teniente estaba tieso y limpio, como uniforme de soldado de juguete—. Harina, sal, aceite, medicamentos —enumeró mientras se dirigía al granero—. Aceitunas, tocino... —señalaba orgulloso las cajas y las canastas. Las repisas polvorrientas estaban llenas de latas y paquetes.

Vidal olió un pequeño paquete envuelto en papel marrón. Le gustaba su tabaco. Y su licor.

—Y aquí están las cartillas de racionamiento.

Las pocas docenas de vales que el teniente Medem le entregó a Vidal eran objetos preciados en un tiempo en que la guerra había arrasado con cosechas enteras y ni siquiera los granjeros podían alimentar a sus hijos, pues el ejército controlaba lo que quedaba. Las cajas que la gente de Medem había llevado al molino podían alimentar a más de un pueblo. Pero Mercedes no se fijó en las cajas llenas de comida: se detuvo en una pila de paquetes etiquetados con una cruz roja. Medicamentos; más que suficientes para curar prácticamente cualquier herida. Incluso una herida en la pierna.

—Mercedes —Vidal inspeccionaba el candado de la puerta del granero—, la llave.

La mujer extrajo una llave del llavero que cargaba en el bolsillo y se la entregó.

—¿Es la única?

Ella asintió.

—De ahora en adelante, yo la guardaré.

Ahí estaba esa mirada otra vez. ¿Qué sabía Vidal?

—¡Capitán! —Garcés, el oficial que lo llamaba desde fuera, era delgado como una comadreja y siempre tenía una sonrisa para las criadas.

Vidal lo ignoró. Siguió observando a Mercedes, con la llave en la mano y mirada amenazante y burlona a la vez, jugando su juego favorito: el del miedo.

Lo sabe, pensó ella de nuevo. *No, Mercedes, no sabe. Así es como mira a todos.* Exhaló profundamente cuando al fin Vidal se dio la vuelta y salió. *Respira, Mercedes.*

Vidal fue con Serrano, que escudriñaba el bosque con los binoculares.

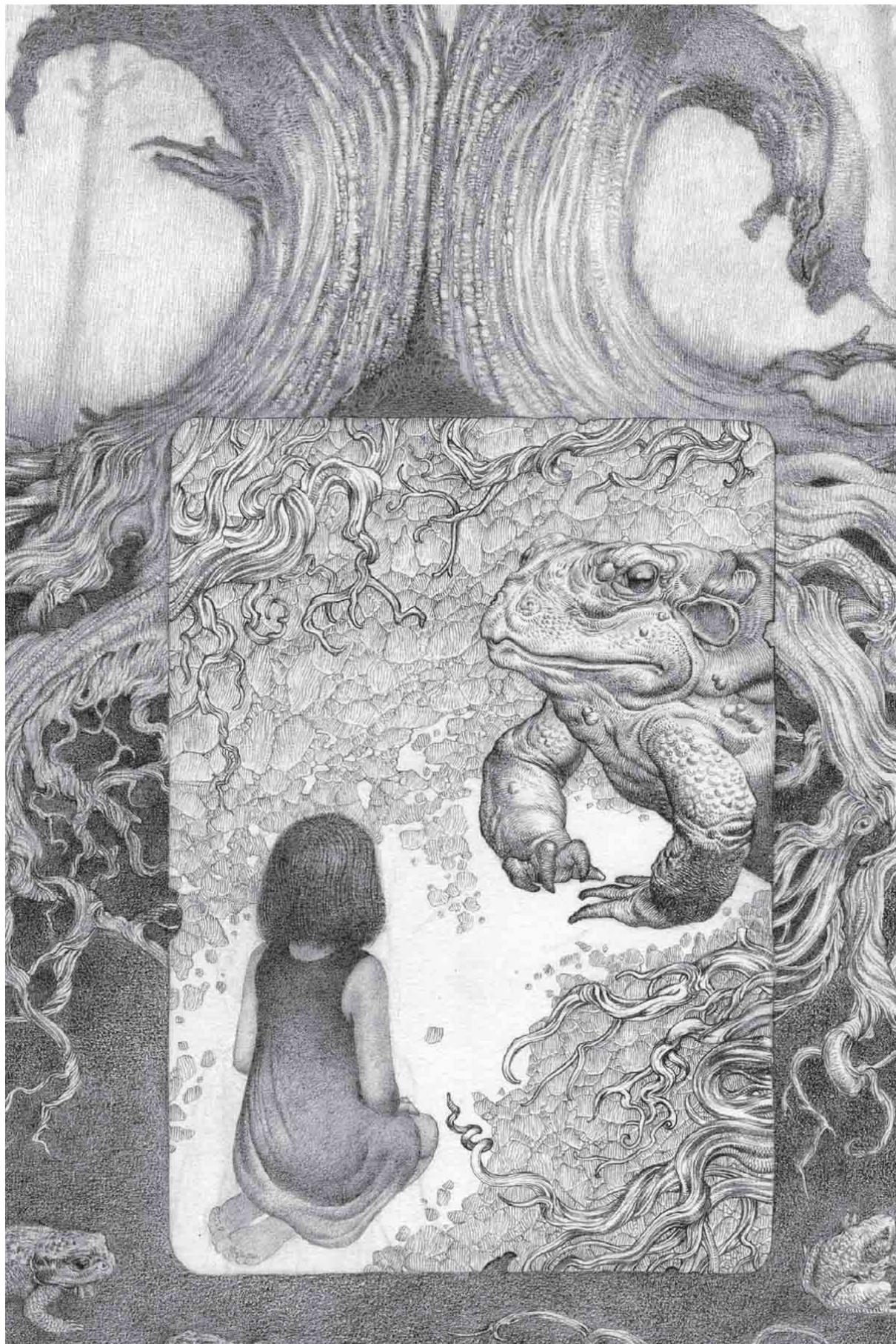
—Quizá no sea nada, capitán —Mercedes lo oyó decir mientras le pasaba los binoculares a Vidal, pero pudo verlo ella misma: un rastro casi invisible de humo se elevaba sobre las copas de los árboles, dibujando una línea delatora hacia el cielo azul.

Vidal bajó los binoculares.

—No, son ellos. Estoy seguro.

En un instante estuvieron montados en sus caballos. Mercedes los vio alejarse hacia el bosque. Sólo los hombres encendían fogatas: los hombres que los soldados venían a cazar.

Respira, Mercedes.



Erase una vez un noble llamado Francisco Ayuso, a quien le gustaba cazar en el bosque cercano a su palacio. Era un bosque viejo, viejísimo, y sus árboles lo hacían sentir muy joven.

Un día, Ayuso y sus hombres siguieron a un rarísimo ciervo cuyo pelaje era tan plateado como la luz de la luna. Sus hombres le perdieron el rastro al ciervo cerca de un viejo molino, y cuando Ayuso bajó de su caballo para refrescarse en el estanque del molino, se topó con una joven dormida en el suelo entre los berros y las dragonetas. Su cabello era negro como las plumas de un cuervo, su piel tan pálida como los pétalos de la rosa más blanca en los jardines del palacio de Ayuso.

Se levantó sobresaltada cuando Ayuso le tocó el hombro, y se echó hacia atrás, escondiéndose de él detrás de un árbol, como ciervo perseguido por sabuesos. Le tomó mucho tiempo a Ayuso convencerla de sus buenas intenciones. En su semblante se veía que llevaba días sin probar bocado, así que pidió a sus hombres que trajeran comida. Cuando le preguntó su nombre, le dijo que no podía recordarlo, así que uno de los soldados sospechó que podía ser una víctima sobreviviente del Hombre Pálido, una criatura comehombres que rondaba la zona para robar niños de los pueblos cercanos y arrastrarlos hasta su guarida subterránea.

Sólo se sabía de dos sobrevivientes que hubieran logrado escapar del Hombre Pálido. Trajeron consigo escalofriantes relatos sobre niños devorados vivos por un monstruo horrible y no se atrevían a dormir por miedo a reencontrarse en sueños con el monstruo, que llevaba sus ojos en las palmas de las manos. Sin embargo, cuando Ayuso le preguntó a la joven por el Hombre Pálido, ésta sólo sacudió la cabeza. Su expresión era tan ausente que Ayuso prefirió no preguntarle más para no hacerle evocar recuerdos que ella sabiamente hubiera olvidado.

Era obvio que la joven no tenía adónde ir, así que Ayuso la invitó a su palacio. Le asignó una habitación, le dio ropas nuevas y la llamó Alba, en vista de que su memoria estaba tan en blanco como una hoja virgen de papel. Pronto, ella recorrió los jardines y disfrutó las rosas del palacio, y al cabo de unos pocos días lo único que ambos procuraban era la compañía del otro.

Transcurridos tres meses, Francisco Ayuso le pidió a Alma que fuera su esposa y ésta aceptó, ya que lo amaba tanto como él a ella. Un año después tuvieron un hijo. Alba amaba al niño tan tiernamente como a su esposo, pero cada vez que miraba a la criatura sentía una gran tristeza por no poder decirle quién era o de dónde venía. Su inquietud fue acrecentándose, y comenzó a vagar durante horas por el bosque o a sentarse largos ratos en el estanque del viejo molino.

No lejos de allí vivía una mujer llamada Rocío, que tenía fama de bruja. Vivía con su hija y su hijo en una cabaña cerca del Árbol Partido, entre cuyas raíces se decía que vivía un sapo venenoso. La gente rumoraba que las pocións de Rocío concedían amor verdadero, larga vida e incluso, si se deseaba, la muerte de un enemigo, pero casi todas las mujeres que acudían a verla querían que las ayudara con embarazos no deseados, pues apenas podían alimentar a los hijos que ya tenían.

Una tarde, el soldado a quien Ayuso había designado en secreto para seguir a Alba por el bosque, para cerciorarse de que estuviera a salvo, regresó con la noticia de que había visitado a Rocío. Ayuso estaba muy molesto y confrontó a Alba, quien le suplicó que comprendiera que sólo le había pedido que la ayudara a recordar quién era. Rocío le dijo que la respuesta sólo saldría a la luz una noche de luna llena, en un laberinto que debía construirse detrás de la represa del molino con las piedras de un pueblo fantasma cercano. Aquel lugar quedó deshabilitado después de que tres niños fueran secuestrados por el Hombre Pálido.

Ayuso amaba a Alba más que a nada en el mundo, así que pidió que Rocío se presentara ante él para explicarle exactamente cómo debía construirse ese laberinto. Rocío lo llevó al lugar donde lo había visualizado. Marcó las cuatro esquinas con piedras y dibujó el patrón de los muros con la rama de un sauce sobre la tierra del bosque. Le dijo a Ayuso que al centro tendría que construir un pozo y, dentro, una escalera que bajara hasta lo más hondo. A Ayuso no le gustaba la forma en que Rocío lo veía. Tenía la impresión de que podía leer sus más oscuros deseos tan claramente como si su corazón estuviera hecho de cristal. Ella le daba miedo, y él la detestaba por eso.

—Haré lo que dices —le dijo—, pero si te estás burlando de mí y mi esposa no encuentra lo que perdió, te haré ahogar en la represa del molino.

Rocío le respondió con una sonrisa.

—Lo sé —respondió—. Pero todos tenemos que representar nuestro papel, ¿o no?

Luego se dio la vuelta y echó a andar hacia su cabaña.

A Ayuso le tomó dos meses construir el laberinto. Sus trabajadores sólo usaron piedras del pueblo desierto, tal como les habían indicado, y construyeron los muros, el pozo y las escaleras exactamente como los describió la bruja. Alba tuvo que esperar siete noches para que la luna se alzara como una moneda de plata sobre el laberinto terminado, proyectando sobre el suelo del bosque, cubierto de musgo, la sombra del arco que los trabajadores habían construido para indicar la entrada al laberinto. Adornaron el arco con la cabeza cornuda de Cernunnos, un dios pagano que alguna vez se había venerado en esos bosques. Se decía que Rocío aún le dedicaba sus plegarias.

Aquella noche, del crepúsculo al amanecer, Alba permaneció en el laberinto, recorriendo sus torcidas veredas, aunque su hijo, allá en sus aposentos, llorara por su leche. Ayuso no la siguió, temeroso de que si él estaba presente el laberinto no revelara las respuestas que su esposa tan desesperadamente buscaba. Esperó toda la noche frente al laberinto y cuando Alba finalmente salió, vio en su rostro que no había encontrado lo que buscaba.

Durante los siguientes doce meses, cada mes, en la noche de luna llena, Alba volvía al laberinto, pero todo lo que encontraba entre sus muros de piedra era silencio. Su tristeza creció y creció hasta que una noche sin luna de noviembre cayó gravemente enferma. Murió antes de que la luna se llenara de nuevo, y una hora después de su último aliento Ayuso envió cinco soldados a la cabaña de la bruja. Arrastraron a Rocío por los bosques y la metieron a la represa del molino, a pesar de que el molinero les suplicó que no maldijeran su molino con un acto tan atroz. Se necesitaron tres hombres para ahogarla. Dejaron su cuerpo a la deriva entre las hojas de lirio para que los peces se lo comieran.

Quince años después, el hijo de Ayuso entró al laberinto con la ilusión de encontrar allí a su madre. Nunca nadie volvió a verlo. Tuvieron que transcurrir otros doscientos veintitrés años para que la profecía de la bruja se cumpliera y el laberinto revelara el nombre verdadero de su madre cuando ésta recorrió de nuevo sus antiguas veredas en la forma de una niña llamada Ofelia.

X

EL ÁRBOL

Ofelia se había adentrado ya en lo profundo del bosque cuando oyó los caballos detrás de ella. Pero no iban en su dirección y pronto el murmullo de los árboles silenció las pisadas de los cascos que se desvanecían. Ofelia leía las palabras inscritas en el libro del fauno mientras caminaba. Sonaban incluso más encantadoras bajo los árboles, y las leía una y otra vez a pesar de que no era sencillo caminar sosteniendo el libro abierto:

*Hace mucho tiempo, cuando los bosques eran jóvenes,
habitaban en ellos criaturas
llenas de magia y prodigo...*

Los pies de Ofelia seguían el ritmo de las palabras como si dibujaran un camino invisible.

*Las criaturas se protegían unas a otras.
Dormían a la sombra de una higuera colossal
que creció en una colina cerca del molino.*

Ofelia levantó el rostro y ahí estaba la colina. No era terriblemente empinada, podía escalarla con sólo unos pasos, pero se necesitaban cinco hombres para rodear el tronco del árbol que ahí crecía. El tronco estaba partido por la mitad, tal como el libro le había mostrado.

*Pero hoy ese árbol muere.
Sus ramas están secas,
su tronco viejo y torcido.*

Levantó la mirada hacia las dos gigantescas ramas sin hojas que crecían del tronco, dobladas como los cuernos del fauno. Aún había más palabras en el libro. Ofelia las susurró mientras sus ojos seguían la pálida tinta marrón de las páginas.

*Un sapo monstruoso se ha asentado en sus raíces
y no permite que el árbol prospere.
Debes poner las tres piedras mágicas
en la boca del sapo.*

Ofelia abrió el estuche que le dio el fauno. Tres pequeñas piedras cayeron en la palma de su mano. El libro aún tenía dos líneas más:

*Rescata la llave dorada del interior de su estómago.
Sólo entonces volverá a florecer la higuera.*

Del interior de su estómago... Ofelia cerró el libro y miró la grieta enorme en el árbol. En su interior sólo había oscuridad. Puso las tres piedras de vuelta en la bolsa y dio un paso en dirección al árbol cuando se dio cuenta de que sus zapatos nuevos estaban cubiertos de lodo. Los héroes de sus cuentos de hadas jamás se preocupaban por la ropa o los zapatos, pero Ofelia se quitó el delantal blanco y su nuevo vestido verde y los colgó en una rama. Podía imaginar perfectamente cuánto se enojaría su madre si los arruinaba. Luego se quitó los zapatos y se acercó más al árbol. El piso estaba helado bajo sus pies descalzos y el viento la hizo tiritar en su ligera ropa interior. La grieta era lo bastante alta para que ella cupiera, pero el túnel adelante era tan angosto que Ofelia tuvo que agacharse y andar a gatas.

Afuera, el viento agitaba los listones de su vestido nuevo.

Ten cuidado, le decía.

Ten cuidado, Ofelia, decían los listones ondeantes.

Pero Ofelia se arrastraba ya por el túnel hacia los intestinos de madera del árbol moribundo. Pronto, sus manos y sus rodillas quedaron cubiertas de lodo viscoso. Su blanca ropa interior quedó empapada y teñida con los colores de la tierra. Las raíces del árbol la rodeaban por los cuatro costados, tejiéndose sobre el suelo mojado y hundiéndose como las garras de una enorme criatura de madera. Cochinillas del tamaño de un ratón trepaban por los brazos de Ofelia y el lodo chapoteaba bajo sus manos como si el suelo ansiara devorarla.

El túnel y el laberinto de raíces parecían no tener final, pero Ofelia no pensaba dar marcha atrás. Tenía que completar las tareas que le había asignado el fauno antes de la luna llena si quería demostrarle, y demostrarse a sí misma, que él tenía razón: que ella era Moanna, la princesa cuyo padre seguía esperándola aunque la Muerte le hubiera hecho creer que lo había perdido. Porque si ella no era Moanna, ¿quién era entonces? La hija de un lobo que había robado el corazón de su madre y en cuya mirada se leía la

palabra *asesino*. Ofelia se detuvo por un segundo para escuchar los sonidos de la tierra y su corazón, que latía salvajemente. Una vez más sumergió las manos en el lodo y siguió gateando por el túnel infinito.

XI

LAS CRIATURAS DEL BOSQUE

No les tomó mucho tiempo a Vidal y a sus soldados dar con los restos de la fogata que despidió el humo delator hacia el cielo. Las ramas aún ardían cuando Vidal desmontó y se arrodilló a un lado, y pudo sentir el calor cuando se quitó el guante y puso la mano desnuda sobre las brasas.

Sí. Habían estado ahí menos de veinte minutos antes.

Sin duda los rebeldes los oyeron acercarse. Vidal clavó la mirada en los árboles, deseando poder cazar tan silenciosamente como un lobo. Ya los habría hecho pedazos y a esas alturas estaría lamiendo la sangre derramada sobre el musgo cubierto de cenizas.

Garcés se arrodilló al lado de su capitán. A Vidal le gustaba la veneración que se adivinaba en sus ojos de perro. Garcés atendía cada palabra de sus labios con la devoción con que un monaguillo escucha al sacerdote en misa.

—Una docena de hombres. No más —Vidal había aprendido de su abuelo a leer las pistas. Su padre sólo le enseñó que las peores bestias caminan en dos patas—. ¿Qué tenemos aquí?

Hizo a un lado unas cuantas hojas marchitas. Alguien había escondido un pequeño paquete debajo de ellas. Tres frascos de cristal, cuidadosamente envueltos en papel marrón, que le resultaban conocidos. Vidal se puso de pie. Levantó uno de los frascos y dejó que la luz del sol cayera sobre el líquido transparente: antibióticos. Eso probablemente quería decir que al menos uno de los rebeldes estaba herido. Bien.

—¡Mierda, miren esto! —Garcés recogió un pequeño pedazo de papel—. ¡Perdieron un billete de lotería! —y se rio.

Vidal lo calló con un gesto. Dio un paso y escuchó. Seguían ahí. Podía sentirlo. ¡Esos rebeldes hijos de perra estaban observándolos! Dio otro paso al frente, pero lo único que pudo escuchar fueron los ruidos del bosque. ¡Carajo!

—¡Hey! —gritó entre los árboles, sosteniendo el frasco en alto—. ¡Se les olvidó! ¿Y qué hay de su billete de lotería? ¿Por qué no vuelven por él? Quién sabe..., ¡a lo mejor es su día de suerte!

Como respuesta, lo único que obtuvo fue el piar de un ave.
Y el crujido de las hojas en el viento.
El bosque se burlaba de él.
Otra vez.

No. Vidal les dio la espalda. No haría el ridículo persiguiendo a esos bastardos a través de ese maldito laberinto de árboles. Esperaría a que ellos viniesen a él: él tenía la comida y la medicina. Los frascos eran la prueba de que lo necesitaban.

Vidal tenía razón.

Su presa lo observaba. Los soldados montaron los caballos y siguieron a su capitán de regreso al molino; los árboles pintaban sus uniformes de negro con sus sombras. Y una docena de hombres harapientos, escondidos en de una colina que se cernía sobre la fogata abandonada, observaban cómo se alejaban sus cazadores. Por ahora.

Esa vez, Vidal casi los había encontrado.
Los encontraría de nuevo.

XII

EL SAPO

Ofelia se había dado por vencida tras sacudirse las cochinillas de los brazos y el rostro, que a esas alturas estaban totalmente cubiertos de lodo. Sentía que pasaría la eternidad arrastrándose por los intestinos de la tierra: una princesa perdida, tal como le dijo el fauno, buscando su reino subterráneo.

Cada vez le costaba más trabajo respirar y lo único que el túnel le había mostrado era oscuridad. Negrura, raíces, suelo mojado y ejércitos de cochinillas... ¿al servicio de quién? Justo acababa de hacerse esa pregunta cuando Ofelia escuchó que algo se movía detrás de ella, algo pesado y enorme.

Vio por detrás de su hombro cubierto de lodo y se encontró con un sapo gigantesco a unos cuantos metros de ella. Su cuerpo cubierto de verrugas era tan grande como una vaca y obstruía el túnel entero. El libro del fauno lo representaba a la perfección, ¡pero se veía mucho más pequeño en la ilustración!

—Ho-hola —tartamudeó Ofelia—. Soy la princesa Moanna, y yo... —tomó un largo aliento— no te tengo miedo.

Por supuesto, eso no era cierto, pero con suerte el sapo no sabría leer una cara humana. Sin duda, Ofelia no podía leer la suya. Un eructo ensordecedor salió de su cuerpo hinchado, mientras los ojos dorados parpadeaban como si la enorme bestia no pudiera creer que algo tan lampiño y frágil se hubiera arrastrado hasta su guarida.

Ofelia le sostuvo la mirada mientras abría la bolsa y dejaba caer las tres piedras en la palma de su mano. Todo alrededor, las enormes y húmedas cochinillas se desplazaban por el lodo. También sobre sus brazos y sus piernas.

—¿No te da vergüenza? —le preguntó con una voz aún más temblorosa que sus rodillas—. ¿Vivir aquí abajo comiéndote todos estos bichos,

engordando, mientras el árbol se muere? —se sacudió una cochinilla del brazo mientras otra se desplazaba por su mejilla.

La respuesta del sapo no se hizo esperar. Desplegó su enorme y pegajosa lengua y azotó con ella el rostro de la niña. Atrapó al bicho y le dejó la mejilla llena de saliva escurriendo. Con todo, lo peor fue que a Ofelia se le resbalaron de los dedos las piedras del fauno.

El sapo volvió a enrollar la lengua dentro de su boca gigantesca, mientras Ofelia buscaba desesperadamente las piedras en el lodo, agarrando cualquier cosa que encontrara.

El sapo estaba muy molesto con la lampiña criatura.

Estaba seguro de que el Árbol la había enviado. Croando furioso, abrió la boca y bañó a la intrusa con su saliva venenosa, de modo que pudiera corroer su carne como corroía el corazón de madera del árbol. El sapo estaba muy satisfecho de su labor.

Ofelia no se daba por vencida, a pesar de la baba venenosa que le quemaba brazos y rostro. Abrió la mano, temblorosa, y se dio cuenta de que, junto con las piedras mágicas, había recogido también algunas cochinillas que se enrollaban y desenrollaban en su palma. Enrolladas se veían iguales a las piedras.

—¡Oye! —gritó, sosteniendo en lo alto los bichos revueltos. Sólo deseaba haber recogido las piedras correctas junto con las cochinillas. El lodo hacía que se parecieran todas.

El sapo se lamió los labios mientras observaba con sus ojos dorados la mano estirada.

¡Por fin!

Al menos, la intrusa mostraba algo de respeto. Estaba satisfecho, aunque su ofrenda dejaba mucho que desear. El sapo adoraba devorar a sus sirvientes. El sonido que producía al masticarlos y romperlos en pedazos con sus encías desdentadas le resultaba muy satisfactorio.

Sí, aceptaría la ofrenda.

Ofelia no se movió cuando la enorme lengua cortó el aire como un látigo. Envivió su mano con tanta firmeza que estaba segura de que el sapo se la arrancaría. Pero aún conservaba la mano cuando la lengua se retiró, y, al abrir los dedos que escurrían saliva, ni las cochinillas ni las piedras estaban ahí.

Al sapo le tomó un momento tragar y digerir su presa. El momento duró tanto que Ofelia llegó a convencerse de que había agarrado las piedras equivocadas o que el regalo del fauno había fallado.

Pero luego el sapo abrió la boca.

La abrió más y más y más y más.
Oh, ¡sus intestinos ardían!
¡Como si los hubieran llenado de su propio veneno!

Y su piel... se revolvía, como si todo su ejército de cochinillas comenzara a comérselo vivo. Oh, ¡debió haber estrangulado con la lengua a la criatura de piel pálida! Sólo ahora caía en la cuenta de por qué había ido. Lo vio en sus ojos traidores. ¡Su tesoro dorado! Pero la revelación llegó muy tarde. Con su último estertor expulsó su propio estómago, una masa pulsante de carne color ámbar, y el enorme cuerpo se desinfló como un globo desgarrado, dejando sobre el lodo nada más que un montón de pellejo inerte.

Ofelia se acercó al trozo de carne, aunque el olor y la textura le provocaron náuseas. ¡Y ahí estaba! La llave que el fauno le había pedido estaba adherida a las entrañas del sapo junto con docenas de retorcidas cochinillas. La baba que la cubría se estiraba como los hilos brillantes de una telaraña cuando Ofelia la tomó, pero finalmente logró zafarla.

La llave era más larga que la mano de Ofelia y muy hermosa. La apretó todo el camino de regreso a través del túnel eterno, aunque no era fácil arrastrarse con sólo una mano. Cuando finalmente salió de las entrañas del árbol, ya había oscurecido y la lluvia se colaba por entre las copas de los árboles. ¿Cuánto tiempo había pasado ahí dentro? Toda la alegría que sentía por haber conseguido la llave se desvaneció. ¡La cena! ¡El vestido nuevo! Ofelia avanzó trastabillando hacia la rama en la que había colgado su ropa.

Pero ni el vestido ni el delantal estaban ahí.

El miedo que perforaba su corazón era casi tan horrible como el que había sentido en el túnel del sapo. Lloró mientras buscaba el vestido en el suelo del bosque, apretando contra su pecho la llave, helada de lodo y lluvia. Cuando finalmente encontró el vestido, unos pasos más allá del árbol, la tela verde estaba totalmente enlodada y el delantal blanco tan sucio que era prácticamente invisible en la oscuridad. Arriba, las ramas crujían con el viento y Ofelia creyó oír cómo se rompía el corazón de su madre.

La lluvia ya era tan fuerte que le limpió casi todo el lodo del rostro y las extremidades. Era como si la noche intentara confortarla. En su desesperación, Ofelia sostuvo el vestido y el delantal en alto, bajo la lluvia, pero ni un millón de frías gotas habrían podido devolverles su color original.

XIII

LA ESPOSA DEL SASTRE

Vidal odiaba la lluvia casi tanto como odiaba el bosque. Cuando ésta le tocaba el cuerpo, el cabello y la ropa, lo hacía sentir vulnerable. Humano.

Había alineado a sus soldados hacía más de una hora, pero sus invitados venían todos tarde y sus hombres parecían espantapájaros goteando. Sí. Vidal miró el reloj. Venían tarde. La carátula agrietada le decía eso y otras cosas: que estaba en el lugar equivocado, que la sombra de su padre aún lo hacía tan invisible como los hombres que cazaba, que la lluvia y el bosque lo vencerían.

No. Echó un vistazo al patio, donde la luna menguante se reflejaba en los charcos. No: aunque la lluvia manchara su inmaculado uniforme y cubriera de lodo sus brillantes botas, no permitiría que ese lugar lo venciera. Cuando los faros de dos automóviles penetraron la noche oscura, Vidal lo sintió como la respuesta de un dios sombrío al que le gustaban los hombres perdidos y retorcidos como él. Sus soldados se apresuraron para cubrir a los invitados con paraguas. Todos habían asistido, todos los que se consideraban importantes en ese miserable lugar: el general y uno de sus oficiales al mando; el alcalde y su esposa; una viuda millonaria que había sido parte del partido fascista desde 1935; el sacerdote, y el doctor Ferreiro. Sí, Vidal había invitado también al buen doctor. No sin razón. Le ofreció su paraguas a la esposa del alcalde y la condujo al interior de la casa.

Mercedes había bajado a la madre de Ofelia en su silla de ruedas. Carmen le recordaba a una niña que hubiera aprendido a no contradecir a su padre y que ahora hacía lo mismo por su esposo, empequeñeciéndose incluso sin la silla de ruedas.

—¿La buscaste en el jardín? —murmuró Carmen mientras Mercedes la empujaba hacia el despacho militar que las criadas habían convertido, una vez más, en un comedor.

—Sí, señora.

Mercedes había buscado a Ofelia por todas partes: en el granero, en los establos, incluso en el viejo laberinto. Vio el miedo en los ojos de la mujer, pero no por su hija, no. Tenía miedo de hacer enojar a su nuevo esposo. Todos en el molino estaban seguros de que Vidal sólo se había casado con ella por el hijo que llevaba en su vientre. Mercedes vio esa misma certeza en los rostros de los invitados.

—¿Me permiten presentarles a mi esposa, Carmen?

Vidal no podía ocultar que se avergonzaba de ella. Sus invitadas estaban mucho mejor vestidas, y las joyas que portaban hacían que los aretes de la madre de Ofelia lucieran como joyería de fantasía barata. La esposa del alcalde ocultó su aversión detrás de una amplia sonrisa, pero la viuda decidió no esforzarse. *Mírala*, se leía en su rostro. *¿De dónde la sacó? Es una Cenicienta, ¿o no?*

El doctor Ferreiro intercambió una mirada con Mercedes antes de sentarse a la mesa. Tenía miedo, ella podía verlo en sus ojos. Miedo de haber sido invitado a esa cena, porque Vidal sabía, y Mercedes rezó por que su miedo no los delatara. No sabía a quién le rezaba exactamente: ¿al bosque, a la noche, a la luna? Era un hecho que no le rezaba al dios a quien le rezaban los invitados a esa cena: ése la había abandonado muchas veces.

—¿Sólo uno? —el sacerdote tomó un vale del montón que Vidal le ofrecía y pasó a los demás el resto.

—No estoy seguro de que sea suficiente, capitán —dijo el alcalde—. Tenemos que lidiar con mucha insatisfacción por la constante escasez de los alimentos más básicos.

—Si la gente es cuidadosa —dijo el sacerdote, apresurándose a servir a Vidal—, un vale debe bastar.

Al sacerdote le gustaba complacer a los militares. Las otras criadas que aún iban a misa los domingos le habían contado a Mercedes cómo alababa la obediencia y el orden desde el púlpito a la vez que condenaba en sus sermones a los hombres escondidos en el bosque, como paganos y comunistas, en nada superiores al demonio.

—Tenemos, por supuesto, suficiente comida ahora —dijo Vidal—, pero debemos cerciorarnos de que nadie obtenga suficiente como para alimentar a los rebeldes. Están perdiendo terreno y uno de ellos está herido.

El doctor Ferreiro disimuló el ligero temblor de sus labios limpiándolos con su servilleta.

—¿Herido? —preguntó en tono casual—. ¿Cómo puede estar tan seguro, capitán?

—Porque hoy casi los atrapamos. Y encontramos esto —le mostró uno de los frascos que había encontrado en el bosque.

Mercedes volvió a intercambiar una mirada con Ferreiro. Enderezó la espalda e hizo un gran esfuerzo por no mostrar ninguna preocupación en el rostro para transmitirle confianza, aunque su propio miedo le corría por la boca como vinagre.

—Que el Señor salve sus almas perdidas. Lo que ocurra con su cuerpo al Señor no le importa —el sacerdote clavó su tenedor en una papa horneada.

—Lo ayudaremos de todas las formas posibles, capitán —dijo el alcalde —. Sabemos que no está usted aquí por elección.

Vidal se enderezó en la silla. Era su gesto habitual cuando algo lo molestaba: alistarse para el ataque.

—Se equivoca, señor —dijo con una tiesa sonrisa—. Escojo estar aquí porque quiero que mi hijo nazca en una España nueva y limpia. Nuestros enemigos —hizo una pausa para mirar a sus invitados, uno tras otro— tienen la idea equivocada de que todos fuimos creados iguales. Pero hay una diferencia abismal: ellos perdieron esta guerra, nosotros ganamos. Y si necesitamos aniquilarlos uno por uno para dejarlo claro, eso es lo que haremos. A todos y cada uno —levantó su copa—. ¡Por gusto!

Los invitados alzaron sus copas. El doctor Ferreiro se les unió, sosteniendo la copa firmemente.

—¡Por gusto!

Las voces resonaron en toda la habitación. Mercedes se alegró de no tener que escucharlos más cuando salió por la puerta y volvió a la cocina.

—Pongan el café —ordenó a las ayudantes—. Iré por algo de leña —agregó, tomando su abrigo del perchero junto a la puerta de la cocina.

Todas la observaron silenciosamente cuando, con el cerillo temblándole entre los dedos, encendió un farol y salió a la lluvia.

Pasó cabizbaja junto a los coches y los soldados que los custodiaban, con la esperanza de resultarles invisible como de costumbre, sólo una criada. Pero era muy difícil no apresurar el paso. *Porque hoy casi los atrapamos*.

Mercedes se detuvo al llegar a la orilla del bosque. Volvió a mirar atrás, cerciorándose de que las ramas la ocultaban de las miradas de los guardias; luego levantó el farol y movió la mano arriba y abajo frente a la luz: una, dos, tres veces. Hasta ahora, esa señal había funcionado. Su hermano había designado a un hombre para que siempre mirara en dirección al molino en caso de que Mercedes tuviera un mensaje o noticias para ellos. Sólo al bajar el

farol y darse la vuelta para emprender el regreso a casa se percató de una pequeña silueta entre los árboles. Pequeña y temblorosa en sus ropas mojadas.

—¿Ofelia?

El cuerpo de la niña estaba frío como témpano y sus ojos oscuros, llenos de preocupación. Pero había algo más en ellos: el orgullo y la fuerza que a su madre le faltaban. Ofelia apretaba algo en la mano con fuerza, pero Mercedes no preguntó qué era ni dónde había estado. ¿Quién mejor que ella sabía que el mejor lugar para guardar secretos es dentro de uno mismo? Puso el brazo alrededor de los hombros temblorosos de Ofelia y caminó a su lado de vuelta al molino, esperando que los secretos de la niña no fueran tan peligrosos como los suyos.



—¿Y cómo se conocieron?

La esposa del alcalde sonrió y la madre de Ofelia olvidó el desprecio en los rostros del resto de los invitados. Mala idea: cuando uno se siente débil y pequeño es mucho más seguro permanecer callado e invisible. Pero este era su cuento de hadas y Carmen ansiaba con todas sus fuerzas que terminara bien.

—El padre de Ofelia confeccionaba los uniformes del capitán.

—Ah, ¡ya veo!

Carmen no se dio cuenta de que eso era todo lo que la mujer del alcalde necesitaba saber. La esposa de un sastre... en un segundo matrimonio. Las caras alrededor de la mesa se endurecieron. Pero la madre de Ofelia estaba perdida en su cuento de hadas. *Había una vez...*

Puso su mano tiernamente sobre la de Vidal.

—Cuando mi esposo murió, fui a trabajar al taller, yo sola...

Las demás mujeres bajaron la mirada hacia sus platos. ¡Qué confesión! En su mundo, una mujer sólo trabajaba si era pobre y tenía que mantener a su familia. Pero la madre de Ofelia aún creía que el príncipe había llegado a salvarla de todo eso: la pobreza, la vergüenza, la indefensión... Miró a Vidal con ojos desbordantes de amor.

—Y luego, hace poco más de un año —su mano seguía presionada contra la de su marido—, nos volvimos a encontrar.

—Qué curioso —las perlas que la esposa del alcalde llevaba colgadas al cuello de pronto brillaron como si le hubiera robado al cielo algunas estrellas —. Volver a encontrarse en esas circunstancias...

Había cierta calidez en sus palabras. La esposa del sastre y el soldado... A todo mundo le gustan los cuentos de hadas.

—Curioso. Oh, sí, muy curioso —dijo la viuda rica torciendo la boca. Ella sólo creía en cuentos de hadas donde el héroe vuelve a casa con lingotes de oro.

—Por favor, disculpen a mi esposa —Vidal liberó su mano y tomó la copa—. Cree que a todos nos interesan esas tonterías.

Carmen Cardoso bajó la mirada, avergonzada. Había cuentos de hadas que describían cenas como esta. ¿Quizá su hija debió advertirle que había confundido a un Barba Azul con un príncipe?

Al entrar de nuevo al salón, Mercedes observó los hombros hundidos de Carmen y se alegró de poder susurrarle buenas noticias al oído.

—Les ruego me disculpen —susurró Carmen Cardoso—. Mi hija, ella... —no terminó la frase. Nadie la miró cuando Mercedes alejó de la mesa la silla de ruedas.

—¿Ya le había comentado que conocí a su padre, capitán? —preguntó el general mientras Mercedes empujaba la silla de ruedas hacia la puerta—. Luchamos juntos en Marruecos. Lo conocí brevemente, pero me dejó una honda impresión.

—¿De verdad? No tenía idea.

Mercedes se dio cuenta de que a Vidal le había incomodado esa pregunta.

—Sus soldados decían —continuó el general— que cuando el general Vidal murió en el campo de batalla, estrelló su reloj de bolsillo contra una roca para que su hijo supiera la hora exacta de su muerte. Y para mostrarle cómo muere un valiente.

—¡Tonterías! —dijo Vidal—. Mi padre nunca tuvo un reloj de bolsillo.

Mercedes deseó sacar el reloj del bolsillo de su chaqueta para mostrarles cuán roto estaba y cuán mentiroso era él. Sin embargo, se conformó con sacar la silla de ruedas del salón. La niña esperaba. Mercedes había dejado a Ofelia tomando un baño caliente para ahuyentar el frío, y había tratado de lavar el vestido, pero estaba arruinado.

Ofelia evadió los ojos de su madre cuando Mercedes empujó la silla de ruedas al interior del cuarto de baño. Aún había en su rostro un rastro de orgullo, y una rebeldía de la que Mercedes no se había percatado antes. Le gustaba mucho más que la tristeza, que había acompañado a Ofelia como una sombra cuando llegó al molino. Carmen no pensaba lo mismo. Recogió el vestido roto de las baldosas del piso y recorrió con su mano la tela manchada.

—Me has lastimado, Ofelia.

Mercedes las dejó solas y Ofelia se sumergió en el agua caliente. Aún sentía cómo las cochinillas le recorrían los brazos y las piernas, pero había completado la primera tarea que le asignó el fauno. Nada más importaba, ni siquiera el semblante molesto de su madre.

—Cuando salgas del baño irás a la cama sin cenar, Ofelia —escuchó decir a su madre—. ¿Me estás oyendo? A veces creo que jamás aprenderás a comportarte.

Ofelia seguía sin mirarla a los ojos. La espuma del agua mostraba su reflejo en medio de mil burbujas brillantes. Princesa Moanna.

—Me estás decepcionando, Ofelia. Y a tu padre también.

No era fácil dar la vuelta con la silla de ruedas sobre las baldosas del baño. Cuando Ofelia levantó la cabeza, su madre ya estaba en la puerta.

Su padre... Ofelia sonrió. Su padre era un sastre. Y un rey.

Escuchó un suave aleteo justo en el momento en que su madre cerraba la puerta del baño. El hada aterrizó en el borde de la tina. Traía puesto su cuerpo de insecto otra vez.

—¡Tengo la llave! —le dijo Ofelia—. ¡Llévame al laberinto!



Hace mucho tiempo, cuando la magia no se escondía de los ojos humanos tan plenamente como hoy, había un molino en medio de un bosque, sobre el que se decía que había caído una maldición debido a la muerte de una bruja ahogada en su estanque a manos de los soldados de un noble.

La harina que producía el molino se ponía negra cada año en el aniversario luctuoso de la bruja, y como ni siquiera los gatos encargados de ahuyentar a los ratones se atrevían a acercarse, Javier, el molinero, arrojaba al bosque la harina estropeada. La harina siempre desaparecía a la mañana siguiente, como si los árboles la devoraran con sus raíces.

Esto se prolongó por siete años. La bruja había muerto un brumoso día de octubre, y al amanecer el día de su octavo aniversario luctuoso, el suelo detrás del molino estaba cubierto de nieve blanquísimas recién caída. La harina que había tirado el molinero en el suelo congelado del bosque era aún más negra que la del año anterior, tan negra que parecía que la noche misma hubiese caído del cielo para dar paso al día.

Como de costumbre, a la mañana siguiente la harina había desaparecido, pero esa vez algunos restos de harina oscura dejaron al descubierto un camino de huellas. El molinero las siguió hasta la represa del molino. La fina capa de hielo estaba rota y había harina negra flotando en la superficie como ceniza.

El corazón del molinero se llenó de un miedo tan frío como el hielo roto, y casi se tropezó sobre sus pasos al alejarse del estanque. Había sido testigo del ahogamiento de Rocío ocho años antes. Había tratado de sacar a flote su cuerpo inerte cuando se hubieron retirado los soldados del noble, pero las enredaderas que crecían en el estanque, tan densas como el cabello verde de un tritón, se habían apoderado con fuerza inusitada del cuerpo de la mujer. Cuando el molinero finalmente remó con su bote para sacarla, el cuerpo ya se había hundido hasta el fondo del estanque. *¿Y qué tal si sigue ahí?*, se preguntó. *¿Y si Rocío volvía para vengarse de él porque no la salvó de sus asesinos a pesar de que se conocían desde la infancia y de que incluso ella había curado a su mujer de una fiebre terrible en alguna ocasión?*

El molinero se acercó al agua para echar un vistazo a la criatura cuyas huellas, oscurecidas por la harina embrujada, parecían tan humanas. *¡Ten*

cuidado, Javier!, susurraban los árboles con sus estériles ramas. Lo que ahí yace fue engendrado por el asesinato y la crueldad. Los pecados de los hombres no se olvidan: traen consigo frutos envenenados. Pero los hombres no escuchan lo que susurran los árboles. Han olvidado ya cómo escuchar a las criaturas salvajes, así que el molinero dio otro paso hacia el estanque. Algo se movió debajo del hielo y los nenúfares se estremecieron: la figura era tan plateada y brillante como la luna bajo la cual Rocío solía bailar.

El rostro que emergió del agua parecía de mujer, y tan hermoso que el molinero dio otro paso al frente. Los ojos de la criatura semejaban los ojos dorados de un sapo, y las manos que se alzaban hacia él tenían membranas entre los dedos. Al molinero no le importó: ansiaba tocar esas manos mucho más de lo que jamás había deseado a su esposa, más de lo que jamás había anhelado nada. Se sumergió en el agua y estrechó el cuerpo brillante a pesar de que se sentía como hielo entre sus brazos. Los labios de la criatura estaban cubiertos de harina negra y al besarla el molinero sintió que su corazón se volvía tan frío y tan plateado como el de ella, pero no pudo soltarse y ambos se hundieron en lo más profundo del estanque, unidos en un feroz abrazo.

La esposa del molinero salió a buscarlo al percatarse de que no había vuelto a casa. Siguió dos series de huellas distintas; una de ellas, la de su esposo, por el bosque y hasta el estanque, donde lo llamó por su nombre sobre el agua ennegrecida. Al no recibir respuesta, salió corriendo hacia la aldea donde vivían sus padres y gritó en el mercado que la bruja del estanque había devorado a su marido.

La enfurecida multitud se dirigió enseguida al estanque con redes, horquillas y garrotes. Se detuvieron en la orilla, donde los pasos del molinero desaparecían camino al agua. Algo brillaba en las profundidades del estanque como un tesoro plateado, y los aldeanos pronto olvidaron las lágrimas de la esposa del molinero. Lo único en que podían pensar era en la plata y, cuando sus redes no pudieron extraerla, prendieron fuego a sus garrotes y a todas las ramas que encontraron sobre el suelo congelado, para luego arrojarlos sobre el estanque hasta que éste se cubrió de llamas y el agua se convirtió en humo blancuzco.

Los aldeanos avivaron el fuego hasta que hubieron talado y quemado todos los árboles circundantes, y lo único que quedó del estanque fueron peces muertos y guijarros cubiertos de hollín. Entre ellos yacía una figura plateada que semejaba dos amantes fundidos.

Los aldeanos dieron un paso atrás y la esposa del molinero gritó y cayó de rodillas al reconocer a su esposo en uno de los rostros fundidos en un beso.

Nadie se atrevió a tocar la plata. La mujer volvió a la aldea con los demás y jamás regresó.

Desde entonces el molino quedó desierto, pues ¿de qué sirve un molino sin un estanque? Luego, después de casi noventa años, un hombre se mudó a él. Se rumoraba que alguna vez fue un relojero famoso en la grandiosa y remota ciudad de Madrid. Sus perros perseguían a todo hombre, mujer o niño que se acercara al molino. Había quien incluso aseguraba que estaba protegido por una manada de lobos devoradores de hombres. Un cazador de conejos logró asomarse por las ventanas sin ser desgarrado por los lobos y, cuando le vendió sus conejos al carnicero, le contó que el nuevo propietario del molino había extraído la escultura plateada del fondo del molino y la fundía para fabricar sus relojes.

XIV

GUARDA LA LLAVE

El corazón del laberinto seguía igual, un lugar olvidado en el fondo del mundo. Pero esta vez Ofelia no se decidía a descender los escalones que llevaban a la columna. Suele ser más sencillo hallar algo que enfrentarse a lo que se halla.

Los muros que flanqueaban la escalera estaban cubiertos de nichos. Ofelia no los había notado en su primera visita. Parecían sitios votivos aguardando ofrendas para un dios olvidado, o las ventanas tapiadas de una torre hundida. Todo en el laberinto hablaba de cosas olvidadas..., aunque quizás no estuvieran olvidadas del todo. Quizás todo aquello estaba simplemente bajo resguardo.

El hada estaba a todas luces contenta de haber vuelto. Se arremolinaba y revoloteaba como alguien muy feliz de estar en casa. Mientras esperaban al fauno, Ofelia miró de cerca la columna. En la piedra estaba grabada una niña cargando un bebé: no tenía rostro, el tiempo había arrasado con él, pero la figura detrás de ella, con las garras en el hombro de la niña, era claramente la del fauno: protegiéndola, abrazándola... o reteniéndola.

Ofelia pasaba apenas sus dedos sobre el rostro del bebé cuando el fauno surgió de entre las sombras. Se veía distinto: más joven, más fuerte. Más peligroso.

—Tengo la llave —dijo Ofelia orgullosa, sosteniéndola en el aire.

El fauno sólo asintió. Ofelia esperaba un poco más que eso. Después de todo, se había enfrentado a un sapo gigante y había salvado a la higuera, sin mencionar que había ofendido a su madre. El fauno, no obstante, parecía mucho más emocionado por lo que estaba comiendo. Ofelia no supo bien a bien qué era: sólo vio que se trataba de algo crudo y sangriento, quizás un pájaro muerto o un roedor.

El fauno arrancó un buen bocado con sus dientes puntiagudos y afilados y dio un par de saltos hacia ella.

—¡Ese soy yo! —apuntó a la columna—. Y la niña sois vos.

Tomó otro bocado de su comida sangrienta.

—¿Y el bebé?

El fauno ignoró la pregunta.

—Y bien —dijo el fauno—: tenéis la llave —se inclinó hacia adelante hasta que Ofelia pudo verse reflejada en sus pálidos ojos azules—. Me alegra.

Se enderezó y tendió la mano al hada. Ésta se posó con gracia sobre su dedo extendido y el fauno rio con deleite cuando le dio un ávido mordisco a su pedazo de carne.

—Ella creyó en vos desde el principio. ¡Y miradla! ¡Está tan contenta! —el hada se alzó revoloteando y el fauno la siguió con la mirada con la ternura con que un padre observa a su hijo travieso—. ¡Está tan emocionada de que lo hayáis logrado!

Se rio, pero Ofelia notó la rigidez de su rostro cuando su mirada se dirigió a ella.

—Guardad la llave. La necesitaréis muy pronto —su larga mano dibujó una advertencia en la noche. Siempre ponía énfasis en sus palabras con los dedos: estirándolos, señalando, trazando signos invisibles, lo que parecía revelar más que su lengua—. Y esto —le tendió a Ofelia una tiza blanca—: ¡lo necesitaréis también! Aún quedan dos tareas y la luna estará llena muy pronto.

Ofelia no pudo evitar estremecerse cuando el fauno le acarició el rostro con sus garras.

—Sed paciente, princesa —dijo ronroneando y sonriendo a la vez—. Pronto atravesaremos los Siete Jardines Concéntricos de vuestro palacio, pasearemos por sus sinuosos caminos cubiertos de ónix y de alabastro...

Había algo de malicia en sus ojos felinos. Ofelia no sabía si estaba ahí desde su primer encuentro y simplemente no la había notado.

—¿Cómo sé que lo que dices es cierto?

El fauno sacudió la cornuda cabeza como si lo hubiese insultado terriblemente.

—¿Por qué os mentiría un pobre fauno como yo?

Trazó el camino de una lágrima invisible en su mejilla, pero sus ojos seguían siendo los de un felino al acecho, listo para atacar.

Ofelia dio un paso atrás, con el corazón batiente a toda velocidad. No era miedo. No. Era peor. Observó la llave dorada en su mano: ¿era un tesoro? ¿O una carga? De pronto sintió que no había nadie en quien pudiera confiar, nadie en el mundo. Su madre la había traicionado para complacer al Lobo; ¿qué le había hecho pensar que ahora podía confiar en el fauno?

XV

SANGRE

La llave que Vidal usaba para abrir el granero no era de oro. Sin embargo, para los campesinos que aguardaban ante las estropeadas puertas, la llave abría la puerta de un tesoro aún mayor. Era todavía muy temprano, pero la larga fila de campesinos se extendía hasta lo alto del patio; muchos iban acompañados de sus hijos. La hambruna era un invitado frecuente a su mesa, tanto como los miembros de la familia, y las palabras *hambre, sal, frijoles* o *patatas* resonaban con más magia en sus oídos que cualquier tesoro descrito en los cuentos de hadas de su infancia.

Vidal tenía a dos soldados resguardando las puertas del granero, mientras que otro, sentado en una mesa que habían traído del interior de la casa, revisaba los vales.

—¡Tengan sus tarjetas de racionamiento listas para la inspección!

El teniente Aznar, a quien se le había encomendado la tarea de entregar los vales, ladraba con la confianza que sólo un uniforme puede otorgar. No sabía lo que era pasar horas en una fila sólo para llenar un estómago vacío. Provenía de una familia de carniceros, y las desgastadas siluetas de rostros exhaustos y espaldas vencidas le parecían una especie inferior. Seguro que no eran de su clase.

—¡Dese prisa! —le gritó a un anciano, arrebatándole el vale de la mano extendida—. Nombre y apellido —el padre del teniente jamás se había visto como este hombre: tan agotado, tan maltratado por la vida.

—Narciso Peña Soriano... a sus órdenes —respondió el anciano. Estaban todos a sus órdenes. Todas sus vidas.

Aznar le indicó que pasara al granero.

—¡Nombres! —gritaba, y la fila avanzaba en silencio.

Mercedes y dos ayudantes llegaron con canastas rebosantes de pan fresco. El teniente Medem, quien había llevado todo el tesoro al molino, tomó una hogaza de pan de la canasta de Mercedes.

—¡Este es nuestro pan de cada día en la España de Franco! —su voz resonó a lo largo y ancho del patio—. A buen resguardo en este molino. Los Rojos mienten al deciros que os estamos matando de hambre...

Las palabras de Medem llegaron hasta la habitación que Ofelia compartía con su madre, despertándola de un sueño muy pesado con el fauno y el sapo y la llave que abriría... ¿qué cosa? Ofelia no estaba segura de querer saberlo.

Las palabras provenientes del exterior seguían colándose por la ventana.

—¡En una España unida, todos los hogares...

Ofelia se escabulló en silencio de la cama para no despertar a su madre. Hogar...

—... todos los hogares tienen fuego y pan!

Pan. La palabra le despertó el apetito. Tenía mucha hambre. Después de todo, la habían mandado a la cama sin cenar después de una aventura muy agotadora.

«Todos los hogares tienen fuego y pan»: hasta Ofelia sabía que era una mentira, a pesar de que todo lo pregonaran con tanta seguridad. ¿En qué momento los niños se dan cuenta de que los adultos mienten?

¿Mentía el fauno? Se veía aún más siniestro en los sueños de Ofelia. ¿Cómo sé que lo que dices es cierto? Su madre se quejaba en sueños y su rostro estaba empapado en sudor a pesar de que los rayos del sol aún no calentaban la casa. No se despertó cuando Ofelia entró de puntitas al baño sobre los polvorrientos tablones bañados por la luz de la mañana, pero aun así Ofelia cerró bien la puerta antes de sacar el libro del fauno de atrás del radiador. Sus páginas, otra vez, blancas como la nieve.

—¡Vamos! —susurró Ofelia—. ¿Qué pasa después? ¡Muéstrame!

Y el libro obedeció.

Una mancha roja apareció en la esquina superior izquierda. Otra se filtró por la página derecha. Ambas se esparcieron tan rápido como la tinta en papel mojado. Rojo. Rojo corriendo sobre las páginas blancas, hasta que se llenó la grieta entre ambas manchas y el rojo comenzó a gotear sobre los pies descalzos de Ofelia.

Ofelia supo inmediatamente lo que esto significaba, aunque desconocía por qué. Levantó la mirada y vio fijamente hacia la puerta, detrás de la cual dormía su madre.

Las páginas enrojecidas dejaron escapar un grito ahogado.

Ofelia dejó caer el libro al suelo y se precipitó a la puerta. La abrió a empujones y descubrió a su madre recargada con pesadez sobre la cabecera y

presionando la mano contra su vientre. El camisón blanco estaba empapado de sangre.

—¡O-Ofelia! —balbuceó con voz ronca, alzando una mano suplicante, con los dedos rojos de su propia sangre—. ¡Ayúdame!

Acto seguido se desplomó.



Vidal estaba en el patio, mirando su reloj, escondiendo la carátula rota bajo su negro guante de piel. Cuánto más tomaría alimentar a estos campesinos. Tanto tiempo perdido sólo porque no se podía confiar en ellos. Vidal habría apostado su uniforme a que algunos llevarían sus provisiones a las montañas para alimentar a algún pariente o amante que se hubiera unido a los traidores. Cómo deseaba poder estallar, sin más, y matarlos a todos como a los cazadores de conejos.

—¡Capitán!

Se dio la vuelta.

¿Había perdido la cabeza? La niña corría hacia él con su camisón. Solía esconderse de él como una criatura que sabía que convenía más ser invisible ante sus ojos. Su madre no hizo caso cuando él sugirió dejarla un tiempo con sus abuelos. Esa hija era una debilidad suya y el único asunto sobre el cual se atrevía a contradecirlo, pero él no tenía la más mínima intención de criar a la hija de un sastre muerto.

Los pasos de Vidal estaban cargados de ira mientras caminaba en dirección a la niña, pero cuando se detuvo frente a ella se dio cuenta de que el miedo en el rostro de Ofelia no se debía a él.

—¡Venga rápido! —imploró ella—. ¡Por favor!

Sólo entonces Vidal se percató de la sangre en el camisón. Evidentemente, la sangre no era de la niña. El miedo se clavó hondo en su corazón, miedo y rabia. Mujer estúpida. Le fallaría, a él y al hijo que puso en su vientre. Le gritó a Serrano para que el médico acudiera urgentemente.



El cielo se había abierto y volvía a empapar el mundo con su lluvia. Era el clima idóneo para el estado de ánimo del doctor Ferrara mientras cruzaba el patio para informar sobre su paciente.

Encontró a Vidal de pie frente al granero, observando las carpas y los camiones que había llevado al molino. A Ferreiro le parecían juguetes abandonados a la sombra de los abetos que se alzaban imponentes sobre ellos. Se puso la chaqueta. Tenía manchas de sangre en las mangas.

—Su esposa necesita descanso ininterrumpido. Debería estar sedada la mayor parte del tiempo de aquí al momento de dar a luz.

Nunca debiste haberla traído aquí, agregó en su mente. *Nunca debiste permitir que su hija la viera como está*. Pero se limitó a decir:

—La niña debe dormir en otro lado. Me quedaré aquí hasta que nazca la criatura.

Vidal seguía mirando hacia el patio.

—Cúrela —le dijo mirando la lluvia—. No me importa lo que cueste o lo que usted necesite.

Cuando por fin volteó a ver a Ferreiro, tenía el rostro paralizado de rabia. ¿Rabia por qué?, se preguntó Ferreiro. ¿Por la vida? ¿Contra sí mismo por haber llevado allí a su mujer embarazada? No. Un hombre como Vidal jamás se culpaba por nada. Probablemente estaba furioso con la madre de su futuro hijo por ser tan débil.

—Cúrela —repitió Vidal—. Que no le pase nada.

Era una orden. Y una amenaza.

XVI

UNA CANCIÓN DE CUNA

La habitación en el ático que Mercedes pidió a las criadas convertir en recámara de Ofelia tenía una ventana redonda en la pared que semejaba el rostro de la luna llena. No obstante, ese cuarto estaba aún más desolado que el que Ofelia compartía con su madre: los rincones atestados de cajas y de muebles cubiertos de velos fantasmales que el tiempo y el descuido habían vuelto amarillos.

—¿Quieres algo de cenar? —preguntó Mercedes.

—No, gracias —rehusó Ofelia con la cabeza.

Mercedes había llevado a otra criada para que tendiera la cama con sábanas y almohadas limpias. La madera oscura de la cabecera hacía que las telas semejaran nieve. Todos los muebles del molino estaban hechos de madera y, por un momento, Ofelia imaginó que los árboles alrededor se levantaban y derribaban las paredes y cobraban venganza en nombre de sus hermanos, talados para construir camas, mesas y sillas.

—No has comido nada —dijo Mercedes.

¿Cómo iba a comer? Estaba profundamente triste. En silencio, Ofelia colocó sus libros sobre la mesita de noche y se sentó encima el edredón. Blanco. Todo lo blanco, a partir de ahora, la remitiría al rojo.

—No te preocupes —Mercedes se acercó a la cama y tocó el hombro de Ofelia—. Tu madre se curará pronto. Ya verás. Tener un bebé es complicado.

—Entonces nunca tendrá uno.

Ofelia no había llorado desde que encontró a su madre bañada en sangre, pero la dulce voz de Mercedes hizo que las lágrimas finalmente corrieran por sus mejillas con la densidad con que la sangre se había esparcido por las páginas del libro del fauno. ¿Por qué el libro no le advirtió a tiempo? ¿Por qué le mostró algo que ya estaba ocurriendo? *Porque el libro es cruel*, murmuró algo dentro de Ofelia, *tan cruel como su astuto amo. Incluso el hada es cruel*.

Sí, lo era. Ofelia se estremeció al recordar cómo el hada hundió los dientes en la sangrienta comida del fauno. Las hadas de sus cuentos no tenían

dientes como éhos, ¿o sí?

Mercedes se sentó a su lado y le acarició el cabello. Era tan negro como el de su madre. Tan negro como el carbón, tan blanco como la nieve, tan rojo como la sangre...

—Tú ayudas a los hombres del bosque, ¿verdad? —susurró Ofelia.

Mercedes apartó las manos.

—¿Le has dicho a alguien?

Ofelia se dio cuenta de que Mercedes evadía su mirada.

—No. No quiero que nada malo te pase.

Apoyó la cabeza en el hombro de Mercedes y cerró los ojos. Quería esconderse en sus brazos: del mundo, de la sangre, del Lobo, del fauno. No había Reino Subterráneo al cual escapar. Todo era mentira. Sólo existía este mundo y era profundamente oscuro.

Mercedes no estaba acostumbrada a abrazar a una niña, aunque seguía siendo lo suficientemente joven como para tener una. Cuando finalmente rodeó a Ofelia con los brazos, la ternura que sintió en el corazón la asustó. Era peligroso conmoverse en un mundo como ese.

—¡Y yo no quiero que nada malo te pase a ti! —le respondió, acunándola en sus brazos, aunque parte de ella aún le advertía de la ternura a la que sucumbía. Alguna vez había deseado una hija, pero la guerra la obligó a renunciar a la idea. La guerra la obligó a olvidar muchas cosas.

—¿Te sabes alguna canción de cuna? —preguntó Ofelia.

¿Se sabía alguna? Sí...

—Sólo una. Pero no recuerdo la letra.

—No importa. De todas formas quiero oírla —Ofelia la miró suplicante.

Entonces Mercedes cerró los ojos y, mientras dulcemente arrullaba a la hija de otra mujer, comenzó a tararear la canción de cuna que su madre alguna vez les cantó a ella y a su hermano. La melodía sin palabras pronto las colmó con la dulzura del amor, como si fuera la primera canción cantada al primer bebé nacido en la tierra. Hablaba del amor y del dolor que éste conlleva. Y de la fuerza, incluso en la oscuridad más profunda.

Mercedes tarareó la canción de cuna tanto para Ofelia como para sí misma.

Arrulló sus miedos.

Pero la paz no duraría.

XVII

HERMANO Y HERMANA

M ercedes se quedó con Ofelia hasta que la niña se durmió por fin, a pesar de estar tan preocupada por su madre, a pesar del terror que invadía el viejo molino como el polvo de harina negra.

La casa estaba en silencio cuando Mercedes bajó las escaleras a hurtadillas. Todo el mundo dormía, a excepción de los guardias en el exterior. Vigilaban el bosque y no la vieron ponerse de rodillas en el piso de la cocina para limpiar el polvo que cubría las baldosas y levantar una de ellas. El atado de cartas que había escondido debajo seguía ahí, al igual que la lata llena de las cosas que había guardado para los hombres escondidos en el bosque. Colocaba las cosas en su morral cuando quedó paralizada al oír pasos en las escaleras.

—Soy yo, Mercedes —susurró el doctor Ferreiro.

Bajó las escaleras muy despacio, como si dudara de consumar el plan que fraguaba con Mercedes desde hacía días.

—¿Está listo? —*Por favor diga que sí*, rogó Mercedes con los ojos. *No puedo hacerlo sola.*

Ferreiro asintió.



Mercedes dirigió la expedición. Caminó a través del arroyo para no dejar rastro. La luz de la luna se colaba entre los árboles y convertía el agua en plata líquida.

—Es una reverenda locura —murmuró Ferreiro mientras el agua helada se colaba por sus zapatos—. Si se entera de lo que estamos haciendo nos matará a todos —desde luego, ambos sabían de quién hablaba—. Aunque supongo que eso ya lo pensaste, ¿no?

¿Habría Mercedes pensado en algo más?

Mercedes escuchaba a través de la noche.

—¿Le tiene tanto miedo?

Ferreiro no pudo sino sonreír. Mercedes era tan hermosa. Portaba su valentía como un manto real sobre los hombros.

—No. No es miedo —respondió con franqueza—. Al menos no por mí...

Se calló en el instante en que Mercedes puso un dedo admonitorio sobre sus labios.

Algo se movía en el bosque.

Mercedes soltó un suspiro de alivio cuando un joven salió de atrás de un árbol, tan silencioso como las sombras que la luna menguante pintaba sobre el suelo cubierto de musgo. Una gorra negra cubría su pelo oscuro, y sus ropas evidenciaban que llevaba mucho tiempo en el bosque. Mercedes no le quitó los ojos de encima mientras se abría paso hacia ellos entre los helechos. Su hermano era sólo unos años más joven que ella, pero cuando eran niños esos años habían hecho toda la diferencia.

—¡Pedro! —tocó con ternura su amado rostro cuando se detuvo frente a ella. Mercedes siempre olvidaba lo alto que era.

Su hermano la abrazó largo rato. Alguna vez había precisado de su protección sólo ante la mano firme de su madre o su propia temeridad, pero en estos días era mucho más peligroso ser la hermana a cargo del hermano menor. Algunas veces, Pedro deseaba que su hermana mayor fuera menos valiente y se procurara más a sí misma. Él mismo le había pedido que ya no los ayudara más, pero a Mercedes no le importaba lo que los otros dijieran. Ella dictaba sus propias reglas. Siempre lo había hecho, desde que era niña. La amaba muchísimo.



Hace mucho, mucho tiempo, cuando la mayoría de los hombres medía los días por el sol, había en Madrid un rey obsesionado con el tiempo y los relojes. Mandó hacer relojes de arena, de pulsera, de pared y de sol con relojeros famosos de todo el mundo, y para pagar las delicadas piezas vendía sus súbditos a otros reyes, como soldados o mano de obra barata. El sonido del paso de la arena a través de los relojes de cristal inundaba los pasillos del palacio, e incluso los relojes de sol anuncianaban el paso de las horas a lo largo y ancho de los jardines del palacio por medio de las sombras que proyectaban. Había relojes que imitaban el canto de las aves favoritas del rey y otros que desplegaban, al cumplirse cada hora, caballeros y dragones en miniatura. Incluso en los rincones más remotos del mundo su palacio en Madrid era conocido como el Palacio del Tiempo.

La bella esposa del rey, Olvido, le había dado un hijo y una hija, pero no se les permitía jugar ni reír como a otros niños. Sus días se medían y se regían por los relojes que el rey les había dado, que les ordenaban puntualmente, a través de las esferas doradas y plateadas, cuándo levantarse, cuándo comer, cuándo jugar y dormir.

Un día, el bufón favorito del rey se atrevió a hacer un chiste: dijo que su amo estaba obsesionado con los relojes porque temía a la muerte y ansiaba mantenerla lejos midiendo el tiempo.

El rey no era un hombre que perdonara fácilmente. Al día siguiente, sus soldados encadenaron al bufón al engranaje del reloj más grande y el rey observó, sin atisbo de compasión, cómo la rueda fue rompiendo cada uno de los huesos del que fuera su bufón favorito. Por más que lo intentaron, los sirvientes no lograron retirar toda la sangre de la rueda dentada, razón por la cual, a partir de entonces, al reloj se le conoció como el Reloj Rojo, y la gente murmuraba que el tic tac susurraba el nombre del bufón muerto.

Diez años transcurrieron. El príncipe y la princesa crecieron y la colección de relojes del rey era mundialmente envidiada. Un día (se cumplía el décimo año del asesinato del bufón) llegó al palacio un obsequio de remitente desconocido: un hermoso reloj de bolsillo en una caja de cristal. La carcasa plateada estaba abierta, dejando al descubierto las iniciales del rey grabadas

en su interior y dos delgadas manecillas de plata que se movían de un minuto a otro, con un tic tac tan sutil como los pasos de una libélula.

Cuando el rey sacó el reloj de la caja, halló una hoja de papel cuidadosamente doblada y sellada. Se quedó helado al leer el mensaje, escrito con letra firme y hermosa:

Su majestad:

Cuando este reloj se detenga, usted morirá. El reloj sabe la hora, el minuto y el segundo preciso, ya que he guardado su muerte dentro de él. No trate de romperlo: su vida sólo terminaría antes.

El relojero

El rey observó fijamente el reloj en su mano. Sentía como si las manecillas apuñalaran su corazón a cada segundo. Estaba paralizado. No podía comer, beber ni dormir. Su cabello y su barba encanecieron en cuestión de días, y lo único que podía hacer era observar el reloj.

El príncipe envió a los soldados de su padre en busca del mensajero que había entregado el regalo mortal. Lo encontraron en una aldea cercana pero el hombre desconocía el nombre del relojero. Juró que le habían entregado la caja en un molino deserto en medio del viejo bosque, pero cuando llegaron ahí, los soldados del rey no encontraron sino un taller abandonado. Las repisas y las mesas de trabajo estaban vacías excepto por una pequeña escultura plateada de un bufón danzante. Se encontraba en un cuenco de sangre. Los soldados corrieron de vuelta al castillo para compartir su hallazgo, pero ya era demasiado tarde. El rey estaba muerto, aún sentado en su trono, con el reloj aferrado en su puño helado. El reloj se detuvo exactamente a la misma hora, minuto y segundo en que el bufón había muerto.

Sólo entonces el príncipe recordó que el bufón también tenía un hijo.

XVIII

LA SEGUNDA TAREA

Esta vez a Ofelia no la despertó un hada aleteando en la oscuridad. Por un instante, el sonido que se colaba en sus sueños le hizo preguntarse si el bosque no se habría infiltrado en su habitación. Cuando se sentó, sin embargo, el fauno estaba parado a los pies de su cama; sus extremidades crujían como las ramas de un viejo árbol al viento.

—No habéis llevado a cabo la siguiente tarea —gruñó.

Una vez más, se veía distinto. Más fuerte. Más joven..., Esta vez la hizo pensar en un león muy molesto, con sus ojos felinos, sus orejas perfectamente redondeadas, su largo cabello amarillento pálido, que parecía más una melena. León, cabra, hombre..., era todos y ninguno. Era... el fauno.

—¡No pude! —Ofelia se defendió—. ¡Mi madre está enferma! ¡Muy enferma!

—¡Eso no es pretexto para la negligencia! —rugió el fauno, trazando su rabia sobre la noche con las manos—. Bueno —agregó después de una pausa—, os perdono por esta vez. Y he traído algo que ayudará a vuestra madre.

La pálida raíz grumosa que sostenía era más grande que su puño, y a Ofelia le pareció como si estuviera estirando sus piernas y brazos retorcidos. Como un bebé congelado en un grito a mitad del parto.

—Esta es una raíz de mandrágora —explicó el fauno, entregándole la extraña criatura a Ofelia—, una planta que soñó con ser humana. Ponedla debajo de la cama de vuestra madre en un cuenco con leche fresca y alimentadla cada mañana con dos gotas de sangre.

A Ofelia le desagradaba el olor de la raíz tanto como su extraña silueta humana. Parecía un bebé que sólo hubiera nacido con boca: sin manos ni piernas.

—¡Ahora! ¡No más retrasos! ¡No hay tiempo que perder! —el fauno aplaudió—. La luna llena nos pisa los talones. Oh, sí —abrió su bolso de madera—. ¡Casi me olvido! Necesitaréis a mis niñas para que os guíen.

Ofelia oyó el parloteo de las hadas en el interior del bolso cuando el fauno lo puso sobre la cama.

—Sí. Vais a un lugar muy peligroso —el fauno levantó un dedo en señal de advertencia; las líneas de su frente se arremolinaban como la corriente de un río sin fondo—, mucho más peligroso que el último, ¡así que tened cuidado!

Por un momento pareció genuinamente preocupado por ella.

—La cosa que duerme en ese lugar —sacudió la cornuda cabeza y frunció el ceño con disgusto— no es humana aunque lo parezca. Es muy vieja y está repleta de malicia y crueldad... y tiene mucha hambre.

Hizo aparecer un enorme reloj de arena en el aire y lo dejó caer sobre la cama de Ofelia.

—Tened. También necesitaréis esto. Veréis un sumptuoso banquete, pero no comáis ni bebáis nada. ¡Nada! —esta vez se valió de ambas manos para trazar un signo de advertencia en la noche—. ¡Absolutamente nada!

Ofelia observó los objetos sobre el edredón: la raíz de mandrágora, el bolso, el reloj de arena. Tres regalos... justo como los que solían recibir los héroes en sus cuentos de hadas. Estos obsequios siempre resultaban de mucha ayuda, a menos que uno los perdiera o los usara de forma incorrecta.

—¡Ab-so-lu-ta-men-te nada! —repitió el fauno, atravesando la noche con sus garras—. Os va la vida en ello.

Y antes de que Ofelia pudiera preguntarle nada, había desaparecido.

XIX

UNA CUEVA EN EL BOSQUE

Los rebeldes habían hallado refugio en una cueva situada a más o menos media hora a pie del molino. Los árboles la escondían bien y había suficiente espacio para la docena de hombres y sus pertenencias: unos cuantos bultos de ropa hecha jirones, un montón de libros destrozados y mantas demasiado delgadas para mantener el frío a raya; los últimos remanentes de vida que esos hombres habían dejado atrás porque se negaban a marchar para la España limpia de Franco. Escoger la libertad suele tener un precio muy alto.

—Traje orujo —Mercedes sacó de su morral la botella del licor favorito de Vidal—. Y tabaco y queso. Y algunas cartas.

Los hombres que habían recibido cartas cogieron los sobres con manos temblorosas. Mientras avanzaban hacia el fondo de la cueva para leer lo que sus seres queridos habían escrito, otros olisqueaban anhelantes el queso que Mercedes se había robado. El aroma los transportó a tiempos mejores, cuando fabricaban su propio queso con la leche de sus cabras y la libertad no era un lujo que se pagaba con miedo y miseria.

El paciente por el que Mercedes había llevado al doctor Ferreiro estaba acostado en un catre, leyendo un libro deshojado, con la cabeza apoyada en un saco de dormir. Los demás lo llamaban Francés y sus anteojos eran la pertenencia más valiosa que había logrado salvar. No levantó la mirada de su libro cuando el doctor Ferreiro se inclinó sobre su pierna vendada.

—¿Qué opina? —preguntó a Ferreiro—. La voy a perder, ¿verdad?

El médico se quitó la chaqueta y se arremangó.

—Veamos.

A Ferreiro lo consolaba su profesión en tiempos oscuros: le gustaba sanar mientras la mayoría destruía, pero incluso salvar a los demás se había convertido en una tarea mortal. El hombre al que había venido a ayudar había firmado su sentencia de muerte al unirse a esos hombres en el bosque, y Ferreiro sabía que él lo hacía también al ayudar a los rebeldes.

Dudó por un momento antes de retirar el vendaje lleno de sangre. Ni siquiera después de tantos años podía acostumbrarse al hecho de que a menudo era necesario causar dolor para ayudar. Reprimiendo un gemido, el Francés se estremeció al desprenderse el vendaje, y Ferreiro se preguntó cuántos de esos hombres en el bosque se arrepentían de sumarse a una batalla que cada vez más parecía una causa perdida.

Mercedes le llevó un periódico y Tarta, amigo de Pedro, los distrajo un poco leyendo en voz alta. Nadie sabía por qué su lengua era incapaz de formar palabras sin fragmentarlas. En experiencia de Ferreiro, el tartamudeo evidenciaba una piel demasiado delgada para mantener a raya la oscuridad del mundo. El tartamudeo lo desarrollan los dulces y sensibles, los que no pueden impedir verlo y sentirlo todo. Tarta seguía pareciendo un niño, siempre con un dejo de melancolía en su rostro amable, sus ojos oscuros observando el mundo con asombro y perplejidad.

—«Las tropas británicas y c-c-canadienses desembarcaron en una pequeña playa al norte de Fr-Fr...».

—Francia, idiota —le espetó uno de los otros arrebatándole el periódico, tratando de esconder con ira y crueldad sus propios miedos ante las noticias que el periódico traería esta vez.

—«Más de 150 000 soldados nos dan esperanzas» —leyó.

Esperanza... Ferreiro miró la pierna destrozada del Francés. Una bala había ocasionado el daño, desde luego. Las heridas de bala eran ya una visión demasiado familiar para el doctor, y ésta se veía terrible. Afortunadamente, el viejo no podía ver el daño. ¿Viejo? Ferreiro se burló de sí mismo. El Francés era probablemente de su edad.

—«Bajo las órdenes del general Dwight D. Eisenhower...».

El Francés dio un grito ahogado en el instante en que Ferreiro le tocó la pierna:

—¿Está tan mal como pienso?

—Mira, Francés —la voz de Ferreiro era dulce y compasiva. Se quitó los lentes en un vano intento por ver las cosas con menos claridad por un momento—: no hay forma de salvar esta pierna.

La cueva se llenó de silencio. Y del pavor del hombre herido.

Los otros rodearon al Francés mientras Ferreiro abría su maletín. Al menos cargaba con su instrumental, pues ya había atendido a los soldados que causaron esa herida. Pero no tenía anestesia.

Mercedes hizo que el Francés bebiera la mitad de la botella del licor de Vidal; no era un gran alivio para un hombre a quien estaban por serrucharle la

pierna.

—Haré esto tan rápido como pueda, con tan pocos cortes como me sea posible —Ferreiro deseó poder prometer algo menos patético.

El Francés asintió y tomó la mano de Mercedes. Sin ser madre, era la segunda vez que desempeñaba ese papel esa misma noche: primero, con Ofelia; ahora, con un hombre al que apenas conocía. Madre, hermana, esposa... Mercedes era la única mujer que los hombres escondidos en el bosque habían visto en mucho tiempo, y para algunos cubría todos esos roles. Como la mayoría de los hombres, también cerró los ojos cuando Ferreiro presionó su serrucho contra la pierna hinchada del Francés. —¡Un segundo, doctor! Sólo un segundo.

El Francés echó un último vistazo a su pierna. Su decisión de oponerse al régimen lo convertiría en un lisiado. Ferreiro se preguntó cómo lo haría sentir eso respecto a su decisión. El Francés inhaló profundamente y apretó los labios con fuerza, como si eso pudiera mantener a buen resguardo los gritos: los gritos, la desesperación, el miedo... Luego asintió nuevamente.

Esta vez fue Ferreiro quien tuvo que contener el aliento para sobreponerse a la carnicería que estaba por ejecutar. A veces, incluso quien cura se convierte en carnicero debido a la oscuridad de este mundo.

XX

EL HOMBRE PÁLIDO

En el ático de Ofelia no había ya necesidad de esconder el libro del fauno. Lo guardaba en la mesita de noche, donde sólo se diferenciaba del resto de los libros por su tamaño. Las criadas sentían lástima por ella porque la habían enviado al ático; Ofelia lo adivinaba en sus ojos cuando le llevaban comida. Pero, en realidad, a Ofelia no le importaba. Cada día era más complicado dormir junto a su madre, cuya accidentada respiración y creciente aflicción la llenaban de ira contra su hermano aún no nacido, al punto de que cuando intentaba imaginarse cómo sería su rostro, lo veía idéntico al de su padre.

Al principio apenas pudo lograr que sus dedos abrieran el libro. El recuerdo de la sangre escurriéndose por sus páginas la perseguía, pero su deseo de saber en qué consistía la siguiente tarea era más grande que su miedo. El fauno le había enseñado ya su primera lección: era muy valiente, puesto que había reptado a través de los interminables túneles del sapo. Y esta vez se pondría el abrigo para cerciorarse de que durante la siguiente tarea portara una prenda que la mantuviera abrigada y que no se arruinara en caso de ensuciarse.

Esta vez el libro reveló sus secretos rápidamente. La página izquierda se llenó primero: líneas delgadas mostraron la esquelética figura de un hombre pálido, calvo y sin nariz, con hoyos en vez de ojos sobre una boca entreabierta. La tinta marrón dibujó un hada, luego una puerta. La imagen fue detallándose a medida que Ofelia leía las palabras que aparecían en la página derecha:

Usa la tiza para dibujar una puerta en tu habitación.

Tiza. Ofelia introdujo la mano en el bolsillo de su abrigo para extraer la tiza que le había dado el fauno. Por un momento temió haberlo perdido, pero sus dedos finalmente lo encontraron. La imagen del libro seguía formándose. La niña con vestido verde y delantal blanco apareció detrás del Hombre Pálido, sus ropas tan limpias como si Ofelia jamás las hubiera arruinado en el

bosque. Las tres hadas estaban a su lado. La niña le sonrió a Ofelia. Luego se puso de rodillas con la tiza en la mano y dibujó una puerta en la pared. Y más palabras aparecieron:

*Una vez que la puerta esté abierta, volteá el reloj de arena
y deja que el hada te guíe...*

La puerta abierta, ahora enmarcada por un arco de piedra, estaba sostenida por dos columnas que tomaron forma debajo del brazo derecho del Hombre Pálido.

*No comas ni bebas nada durante tu estancia,
advertían las palabras en la página derecha,
y vuelve antes de que caiga el último grano de arena.*

Más imágenes se dibujaban sobre el papel, pero para Ofelia ya era demasiado lo que debía recordar, así que cerró el libro y se arrodilló con la tiza en la mano, tal como había hecho la niña de la ilustración. Los muros del ático estaban cubiertos de telarañas y eran muy irregulares, pero la tiza dejó una línea clara sobre el yeso. Se convirtió en espuma blanca y, con un suave silbido, grabó una puerta en la pared, que dio paso a Ofelia cuando presionó su mano sobre ella, como si se tratara de la puerta de una tumba antigua. La abertura era tan estrecha que tuvo que ponerse de rodillas, pero cuando miró a través de ella pudo vislumbrar un amplio corredor, de techos muy altos y el suelo al menos dos metros por debajo de ella. El corredor estaba bordeado de columnas, con muros de un rojo tan oscuro como la sangre seca. Rayos de luz se colaban a través de pequeñas ventanas sobre el piso de baldosas de color blanco y marrón.

Como estaba a demasiada altura para saltar, Ofelia tomó una silla del ático y la bajó por la abertura. Luego se puso el bolso del fauno al hombro y colocó el reloj de arena en el piso, junto a su cama. Tan pronto como Ofelia lo volteó, una pequeña cantidad de pálida arena roja comenzó a caer, con preocupante rapidez, a la parte inferior del reloj. La silla le sirvió muy bien de escalera. Cuando Ofelia saltó de ahí al piso de baldosas, escuchó un jadeo a la distancia... como si alguien respirara con mucha dificultad mientras dormía. El sonido se mezcló con el eco de sus pasos a medida que avanzaba por el corredor, que parecía serpentejar como un río mientras las columnas proyectaban sombras sobre el piso como una línea interminable de árboles

petrificados. Ofelia sentía que ya había caminado horas y horas cuando el corredor se abrió de pronto a una habitación oscura y sin ventanas.

Por un momento, la niña se preguntó si se había perdido en el tiempo y vuelto a un pasado remoto y olvidado. La habitación parecía muy antigua bajo ese techo pintado, pero Ofelia no se fijó en las borrosas imágenes sobre su cabeza. Lo único que vio fue la larga mesa al centro de la habitación. Estaba cubierta de cuencos dorados y platos colmados de frutas, pasteles y carnes asadas, pero sólo la silla en la cabecera estaba ocupada. El Hombre Pálido estaba sentado en ella, iluminado por las llamas danzantes de la chimenea a su espalda.

No se movió cuando Ofelia se acercó a la mesa. De hecho parecía que llevara siglos sin moverse, mientras que la comida lucía tan fresca como si recién la hubieran preparado. Ofelia no podía quitar los ojos de encima de todos los pasteles, pudines y asados decorados con fruta y flores comestibles, y los platos dorados que se reflejaban en copas de cristal rebosantes de vino tinto. Rojo y dorado... La habitación entera estaba llena de esos colores, incluso el fuego les hacía eco. ¡Y los aromas irresistibles! Hicieron que Ofelia se olvidara de todo, incluso de la aterradora criatura que estaba sentada en silencio frente a su plato, a sólo unos metros de ella.

Sólo lo recordó al acercarse a su extremo de la mesa. Mirarlo de cerca la dejó sin aliento. Estaba desnudo, tal como en el libro; su piel pálida colgaba sobre sus huesos como una mortaja demasiado grande para él. Era una visión aterradora, pero lo peor era su rostro... o su falta de rostro.

La cara de la criatura era un vacío obsceno, desfigurada sólo por dos fosas nasales y una boca fina como navaja: una hendidura manchada de sangre, enmarcada por pliegues de piel colgante. Y sus manos, inmóviles a los lados de su plato dorado, terminaban en garras negras y puntiagudas, con la piel de los dedos enrojecida de sangre.

El hecho de que el monstruo no se moviera dotó a Ofelia de audacia. Miró por encima del plato, entre las manos terribles, curiosa porque sobre el plato había dos canicas, y se retiró apresuradamente al descubrir que no eran canicas, sino ojos. Sólo entonces se fijó con detenimiento en las imágenes del techo. Lo que revelaron hizo que Ofelia se alejara de la mesa a pesar de todas las delicias que contenía: las imágenes revelaban la profesión del Hombre Pálido.

Algunas mostraban niños implorando piedad con las manos en el aire. Otras mostraban al monstruo perforándolos con cuchillos y espadas, o arrancándoles las extremidades y alimentando su hambre insaciable con su

carne. Las escenas eran tan vívidas que a Ofelia le pareció que incluso podía escuchar los gritos de las víctimas. ¡Era demasiado! Pero al bajar la mirada para evadir las espeluznantes imágenes se topó con la estremecedora visión de cientos de zapatitos apilados contra las paredes.

Ofelia apenas podía asimilar la verdad, pero ahí estaba. El Hombre Pálido era un Devorador de Niños.

Sí, lo era.

Pero si come niños... ¿para qué toda la comida?, se preguntó Ofelia. ¿Por qué el lujoso banquete?

No encontró respuesta ni en las tremebundas imágenes ni en los platos dorados. Lo único que tenía que hacer era alejarse de la mesa y tomar el bolso del fauno, pues recordó que el libro le había aconsejado permitir que el hada la guiara. Las tres hadas la saludaron con un alegre gorjeo e, ignorando al aterrador anfitrión en la mesa, aletearon a toda prisa hacia el extremo izquierdo de la habitación, donde se encontraba un conjunto de tres puertas rodeado de relieves de bocas abiertas, ojos al acecho y llamas, sobre la imagen de un laberinto.

Las puertas eran apenas un poco más grandes que la mano de Ofelia y cada una era ligeramente distinta de la otra: las tres hadas, sin embargo, señalaron la puertecilla de en medio. Era hermosa: brillante, cubierta de oro.

Ofelia extrajo la llave del sapo de su bolsillo, pero de pronto recordó lo que había aprendido en sus cuentos de hadas: *Ante tres opciones, siempre hay que optar por la más engañosa. La más humilde.*

—Oh, ¡se equivocan! —susurró a las hadas—. ¡Esta no es la puerta correcta!

Y sin tomar en cuenta la irritación en sus vocecillas de hada, Ofelia introdujo la llave en la puerta más sencilla, hecha de madera rústica y clavos de madera. La llave entró sin ningún esfuerzo. Ofelia miró triunfante a sus compañeras aladas antes de abrir la diminuta puerta; las hadas, pendientes de la arena rojiza que corría a través del reloj, se arremolinaron en torno a ella, instándola a que se diera prisa.

El compartimento detrás de la puertecilla era profundo, casi demasiado profundo para que Ofelia pudiera alcanzar lo que estaba ahí escondido. Finalmente, sus manos tocaron telas suaves y frío metal. El objeto que sacó estaba envuelto en terciopelo rojo, y casi lo tira al darse cuenta de lo que tenía entre las manos.

Era una daga: su larga hoja plateada como la luna, su mango dorado con la imagen labrada de un fauno.

Y un bebé.

Una vez más, las hadas se arremolinaron en torno a Ofelia, apurándola, pero era muy difícil tener presente el reloj de arena estando en esa antigua habitación donde todo parecía estar congelado en el tiempo, hasta el pálido Devorador de Niños. Una de las hadas, para cerciorarse de que el monstruo siguiera inmóvil, se le acercó tanto que sus alas casi rozaron su piel, pero el Devorador de Niños permaneció petrificado, como si fuera su propio monumento, un memorial de todas sus atroces fechorías.

Ofelia metió la daga al bolso del fauno y trató de mantener los ojos fijos en el Hombre Pálido mientras regresaba a la mesa. La comida se veía muy apetitosa. No pudo recordar cuándo había visto por última vez un pastel o una fruta así. ¡Nunca! Y estaba hambrienta. *Muy hambrienta*, le susurró su corazón mientras elevaba la mano. *¡No comas ni bebas nada!* Pero Ofelia vio las uvas y las granadas y comidas cuyo nombre desconocía. Todos prometían una dulzura tan deliciosa que no quiso escuchar las advertencias de las aterradas hadas.

No. Ofelia las hizo a un lado. Una uva, sólo una. Nadie se daría cuenta en medio de un banquete tan abundante. ¿Quién se daría cuenta de que faltaba una sola uva?

Ofelia arrancó una uva con cuidado y se la puso en la boca. El hada que la había encontrado en el bosque se cubrió el rostro, desesperada.

Estaban condenadas a muerte.

El Hombre Pálido cobró vida. Las negras puntas de sus dedos, afiladas como espinas, se movieron con un crujiente espasmo. Su boca entreabierta tomó aliento tortuosamente, y cogió uno de los ojos de su plato con la mano derecha mientras la mano izquierda giraba y extendía sus dedos como una flor terrible. El ojo cupo perfectamente en el agujero abierto en su palma izquierda, y cuando la derecha recibió el segundo ojo, de pupila tan roja como la uva que Ofelia se había comido, el Hombre Pálido levantó ambas manos y las colocó sobre su rostro sin ojos para ver quién lo había despertado.

Ofelia no era consciente de lo que había hecho. El embrujo de la mesa era demasiado fuerte, y el hada que la había llevado hasta el laberinto no pudo impedir que tomara otra de las traicioneras uvas.

¡Oh! ¡Esa niña!

¿Por qué hacía que ayudarla fuera tan difícil? El amo cornudo se pondría furioso. El hada aleteó frente al rostro de la niña para romper el hechizo, e incluso logró arrebatarle la uva de los dedos. Y Ofelia, ¿estaba agradecida? Oh, no: estaba enojada. *¿Qué no entendían?*, pensó, recuperando la uva que le

había quitado el hada. Todo lo que quería era hundirse en esa dulzura, que la fruta la hiciera olvidar todo: toda la amargura, todo el dolor y todo el miedo que llenaban su vida.

El Hombre Pálido se puso de pie y salió de atrás de la mesa; sus piernas se movían con una rigidez tal que parecía que habían olvidado cómo transportar ese esquelético cuerpo. Mantenía las manos sobre la cara, los ojos abiertos en las palmas para dar con el ladrón que lo había despertado y había robado de su mesa.

Primero los ojos encontraron a las hadas.

Luego a Ofelia.

Que seguía sin darse cuenta de lo que había hecho.

Oh, cómo gritaban ahora las hadas. Pero sus voces eran apenas más audibles que el canto de los grillos y Ofelia tomó otra uva mientras el Hombre Pálido se acercaba, con la piel colgando de sus huesudas extremidades como ropas cosidas de carne. Las hadas revoloteaban alrededor de la espantosa cabeza del Devorador de Niños, desesperadas por distraerlo de la niña. El miedo agudizó tanto sus voces que finalmente lograron romper el encantamiento.

Ofelia volteó, pero era demasiado tarde. El Devorador de Niños cazaba ya a las hadas con sus dedos manchados de sangre. Primero lograron escapar, pero el Hombre Pálido era un cazador experimentado. Las dos hadas que atrapó lucharon desesperadas por sus vidas, pero su captor no desistió y Ofelia tuvo que ver cómo el monstruo introducía a la primera entre sus encías desdentadas. Le arrancó la cabeza con tan poco esfuerzo como si arrancara una flor del tallo, y la sangre del hada corrió por su pálido mentón. La segunda hada, luchando estérilmente contra su puño firme, compartió el destino de su hermana, con las alas y las extremidades aplastadas entre los labios sin color. El Hombre Pálido lamía la sangre de sus dedos cuando Ofelia por fin consiguió mover los pies.

Se echó a correr hacia el pasillo pero pronto escuchó los inestables pasos del Hombre Pálido tras ella. Al girarse, vio su escabrosa figura entre las columnas, sus ojos se movían frenéticos en sus manos alzadas. *¡Corran!*, exigió Ofelia a sus pies. *¡Corran!* Pero sus rodillas temblaban, y resbaló y cayó al suelo de baldosas.

La última hada, la única sobreviviente, revoloteó al lado de Ofelia. *¡Tus hermanas están muertas por mi culpa!*, pensó Ofelia, tropezándose. No. No podía pensar en eso ahora. Aún no lograba ver el final del corredor, y arriba en el ático la arena seguía cayendo en el reloj de cristal del fauno.

Quizás era mejor que Ofelia no pudiera ver cuán poca arena quedaba. Su corazón latía a toda prisa cuando alcanzó la última curva del pasadizo. Ahí estaba la silla, y sobre ella la puerta que había abierto con la tiza.

Pero el hada oyó el correr de la arena.

Ofelia estaba a sólo dos pasos de la silla cuando la puerta comenzó a cerrarse lentamente.

—¡No! —gritó Ofelia—. ¡No!

Respirando con dificultad, trepó a la silla. Cuando lo logró, la puerta había desaparecido, y aunque Ofelia golpeó fuertemente el muro con los puños, la puerta no reaparecía. ¿Qué habría hecho que su mente febril se acordara de la tiza? ¿Quizás el hada se lo recordó en un susurro?

Ofelia buscó en el bolso del fauno.

Nada.

Buscó en el bolsillo de su abrigo: tuvo más suerte.

Los pasos del Hombre Pálido resonaban más y más a lo largo del corredor, y los dedos de Ofelia estaban tan tensos de miedo que rompió la tiza en dos. Apenas podía sujetar el pequeño pedazo que quedaba en su mano.

Detrás de ella, el Hombre Pálido dio la vuelta a la esquina. Levantó la mano derecha para observarla fijamente. Ahí estaba. Oh, le encantaba cuando sus víctimas intentaban escapar. Disfrutaba la persecución tanto como matarlos.

El hada lanzó un chirrido de terror, pero no se alejó de Ofelia cuando subió al respaldo de la silla para alcanzar el techo.

Más cerca. El Hombre Pálido se tambaleaba cada vez más cerca, persiguiéndola con sus piernas esqueléticas, sus ojos destellantes en las palmas de sus manos.

Finalmente, Ofelia logró dibujar un recuadro sobre los mosaicos que cubrían el techo. Empujó la puerta con todas las fuerzas que le quedaban y las marcas de tiza finalmente cedieron, pero cuando Ofelia se impulsó hacia arriba, con la esperanza de que esta puerta la condujera de vuelta a su habitación, la silla se cayó y sus pies quedaron colgando en el aire. El hada revoloteó a su lado mientras Ofelia luchaba por arrastrarse hacia arriba y escapar de esas manos terribles. Las uñas del Hombre Pálido rozaron sus piernas, pero como usó las manos para atrapar a Ofelia, no podía ver, y la niña finalmente logró arrastrarse hasta el suelo polvoriento del ático. Empujó la trampilla que se había abierto gracias a la tiza hasta que sólo una delgada línea de luz delató la abertura que la había salvado.

Ofelia se puso de pie.

Un gruñido resonó a través del suelo: el gemido de una boca hambrienta manchada de sangre, y cuando dio un paso atrás, Ofelia sintió cómo el Hombre Pálido empujaba las tablas del suelo. Los peores temores siempre están debajo de nosotros, ocultos, sacudiendo el terreno que desearíamos firme y seguro.

Temblando, Ofelia se sentó en la cama para levantar los pies del suelo, y escuchó. Cuando el hada aterrizó en su hombro, el calor de su cuerpo diminuto fue reconfortante y acusatorio a la vez. Después de todo, la imprudencia de Ofelia había matado a sus hermanas.

Un último golpe brutal sacudió el piso.

Y luego..., por fin..., silencio.

XXI

SIN ALTERNATIVA

A penas había amanecido cuando Pedro llevó a Mercedes y al doctor Ferreiro al claro cerca del arroyo donde los había recogido. Lucía lleno de confianza, con la luz de la mañana en el rostro, y el aire fresco traía consigo la promesa de un nuevo comienzo.

—¡Pronto llegarán refuerzos de Jaca! Cincuenta hombres o más —no había duda ni miedo en su voz, a pesar de la desesperación que todos habían visto en el rostro del Francés la noche anterior—. Tan pronto como lleguen, nos veremos frente a frente con Vidal.

Ferreiro había visto esto antes: el entusiasmo que podía traer un nuevo día después de la noche más oscura. Algunas veces tenía fuerza suficiente para durar, pero la mayoría de las veces se extinguía antes del crepúsculo. Ferreiro aún no se había sobrepuerto a la amputación de la pierna del Francés. Todo ese dolor, la desesperanza de un hombre herido y sus camaradas, su propia impotencia...

—¿Se verán frente a frente con él y luego qué? —no pudo evitar preguntar—. Matarán a Vidal y enviarán a otro igual a él. Y luego a otro...

Ferreiro había sido testigo de demasiadas falsas esperanzas en su vida. ¿En serio había vivido sólo cuarenta y ocho años? Sentía que cargaba mil años a cuestas y estaba cansado de todos esos jóvenes que querían luchar, incluso cuando los asistía la razón.

Pedro no se molestó en responder su pregunta. Sólo lo miró con su fresco rostro juvenil. ¿Qué vio? Quizá sólo a un triste viejo.

—¡No pueden ganar! —exclamó Ferreiro—. ¡No tienen armas, no tienen un refugio seguro! Terminarán todos como el Francés, o peor —se arrodilló a la orilla del riachuelo para lavar la sangre de su serrucho y escalpelo. Seguro que pronto necesitaría esas herramientas nuevamente. El agua fría se precipitó sobre sus manos. Tan fría como el mundo.

—No necesitas más hombres —dijo—. ¡Los que tienen necesitan comida! ¡Y medicina!

Pedro seguía sin decir palabra. Detrás de ellos los rebeldes recolectaban leña y cualquier cosa que el bosque pudiera ofrecerles.

—Estados Unidos, Rusia, Inglaterra... Todos nos ayudarán —dijo al fin—. Una vez que ganen la gran guerra contra los fascistas alemanes, nos ayudarán a acabar con ellos aquí en España. Franco apoyó a Hitler, pero nosotros apoyamos a los aliados. Muchos de los nuestros perdieron la vida apoyando la resistencia; saboteamos las minas de tungsteno en Galicia, los alemanes las necesitaban para que sus fábricas siguieran trabajando y... ¿tú crees que los aliados olvidarían eso?

Ferreiro se enderezó y puso su instrumental nuevamente en el botiquín. Sí, lo olvidarían. Se sintió exhausto y molesto. Quizá su ira era sobre todo producto de su cansancio y de su falta de esperanza. *Y no olvides el miedo*, se dijo a sí mismo. El miedo de que las buenas causas nunca ganan, sólo resisten.

—¿Y qué hay de Mercedes? —no, aunque lo molestaba su propia voz, no podía pasarlo por alto—. Si de verdad la amaras, cruzarías la frontera con ella. ¡Es una causa perdida!

Pedro inclinó la cabeza, como si escuchara su corazón para saber si en parte estaba de acuerdo. Luego miró a Ferreiro nuevamente.

—Aquí me quedo, doctor —dijo—. No hay alternativa.

Su voz era tan decidida como su rostro: ni rastro de duda o miedo.

Nos creemos inmortales cuando somos jóvenes. ¿O será que más bien a esa edad la muerte nos importa poco?

Cuando Pedro partió para encontrarse con su hermana, Ferreiro siguió con la mirada a los jóvenes guerrilleros. ¿Alguna vez había sido como ellos?, se preguntó. No. O quizás sí. Cuando aún era niño y el mundo era blanco y negro y había bondad y maldad. ¿Cuándo comenzó a complicarse el mundo? ¿O era sólo la percepción de su corazón exhausto?

Mercedes recogía moras mientras su hermano hablaba con Ferreiro. El bosque tenía mucho que ofrecer a quienes lo honraban. Mercedes nunca había temido al bosque, ni siquiera cuando era pequeña y su madre intentaba infundirle temor contándole historias de árboles vivientes, tritones y brujas. Para ella el bosque siempre había representado alimento, cobijo y vida... No le sorprendía que ahora protegiera a su hermano. Pedro se veía tan grande, como si fuera el mayor. Quizás ahora lo era, pensó Mercedes cuando lo vio caminando hacia ella.

—Hermana, tienes que irte.

Le puso las manos en los hombros. El gesto traicionó las emociones que su voz quería ocultar. Mercedes metió la mano en su bolsillo y le entregó la llave del granero. La había robado un día antes del cajón del capitán mientras limpiaba su cuarto.

—Espera unos días más —le advirtió—. Que asalten el granero ahora es justo lo que él espera.

Su hermano tomó la llave con una sonrisa triunfante. Por un momento dejó de ser un hombre para convertirse en el niño entusiasta que Mercedes recordaba tan bien.

—No te preocupes. Déjalo en mis manos. Seré cuidadoso —le rodeó los hombros con el brazo y la besó en la mejilla.

Cuidadoso. Nunca había sido cuidadoso. No conocía el significado de esa palabra. Mercedes lo tomó de la mano, prologando ese instante precioso. Eso era lo que los mantenía con vida: los momentos robados.

—Soy una cobarde —susurró ella.

La sorpresa en la cara de Pedro casi la hizo sonreír.

—¡Claro que no lo eres!

—Sí, lo soy. Una cobarde... por vivir junto a esa bestia de hombre, lavarle la ropa, tenderle la cama, alimentarlo... ¿Qué tal si el doctor tiene razón y no podemos ganar?

Pedro inclinó la cabeza. Finalmente, asintió.

—Entonces al menos se lo pondremos más difícil a ese maldito hijo de puta.



En una cabaña del viejo bosque vivió alguna vez una mujer llamada Rocío, a quien los aldeanos de los pueblos de alrededor llamaban bruja. Tenía un hijo y una hija de un hombre al que había dejado después de que él golpeara a los niños con el cinturón.

—Es probable que tenga que dejarlos pronto —les dijo unos días después de que su hijo cumpliera doce años y a escasos dos meses de que su hija cumpliera once—. Vi mi muerte en sueños anoche. No tengo miedo de ir al Reino Subterráneo, pero me preocupa que vosotros dos seáis demasiado jóvenes para lidiar con este mundo, así que os daré a ambos regalos que os mantendrán a salvo en caso de que mi sueño se haga realidad.

Los niños intercambiaron una mirada de temor. Los sueños de su madre siempre se cumplían.

Rocío tomó la mano de su hija y envolvió con los dedos de la niña el delicado mango de madera de un pequeño cuchillo de cocina.

—Este acero te protegerá de cualquier peligro, Luisa —dijo la bruja—. Y hará más por ti. Es un cuchillo que puede cortar las máscaras de los hombres y revelar los rostros verdaderos que siempre tratan de ocultar.

Luisa tuvo que contener el llanto, ya que amaba mucho a su madre, pero tomó el cuchillo y lo escondió en los pliegues de su delantal.

—Para ti, Miguel, tengo otro tipo de hoja —dijo la bruja a su hijo, envolviendo con sus dedos el mango plateado de una cuchilla de afeitar—. Esto te servirá tanto como el cuchillo de cocina le sirve a tu hermana. Te protegerá de todo daño con su hoja afilada, y cuando seas lo suficientemente mayor para afeitarte, esta cuchilla no sólo te quitará la barba de varios días, sino que te librará de dolorosos recuerdos. Cada vez que la uses hará que tu corazón se sienta tan joven como un rostro recién afeitado. Pero ten cuidado. Aunque algunos recuerdos calen hondo, a veces necesitamos guardarlos. Usa, pues, mi regalo sabiamente, hijo mío, y no muy a menudo.

Al día siguiente, Rocío no volvió del rincón del bosque donde recolectaba hierbas frescas cada día. No fue hasta una mañana después cuando sus hijos se enteraron de que un noble había ordenado a sus soldados que la ahogaran

en el estanque del molino, adonde ella los había llevado varias veces para hacerle preguntas al agua sobre el pasado y sobre el futuro.

A sabiendas de que los hijos de una bruja rara vez lograban sobrevivir, Luisa y Miguel empacaron rápidamente lo poco que tenían y dejaron la cabaña que llamaban hogar. Encontraron una cueva al otro lado del bosque, a buena distancia del molino donde había muerto su madre. La cueva los protegía de la lluvia y de los afilados colmillos de la noche, y las dos armas les dieron comida e incluso los protegieron del Hombre Pálido el día que éste pasó junto a su cueva mientras vagaba por el bosque.

El aire olía ya a nieve cuando un campesino que cazaba conejos los encontró en el bosque. Ya que no podía tener hijos con su esposa, se los llevó a casa sin preguntarles de dónde venían. La solitaria pareja los amó y los crió como a sus propios hijos. Cuando crecieron, Luisa se convirtió en ayudante de cocina y Miguel aprendió el oficio de barbero, así que las dos armas que les había entregado su madre siguieron protegiéndolos y dándoles de comer.

Luisa y Miguel atesoraron los regalos de su madre toda la vida y cuando, muchos años después, entregaron estos regalos a sus hijos, tanto el cuchillo como la navaja de afeitar seguían tan afilados y brillantes como cuando Rocío los puso por primera vez en las manos de sus hijos. Ya que ambos tuvieron sólo hijas, la navaja de afeitar de Miguel le fue heredada a su yerno, cuyo corazón era oscuro y cruel. Un día, en un arranque de ira, puso la navaja en la garganta de su mujer. La cuchilla no lo obedeció y, por el contrario, le cortó la mano, pero desde ese día, en vez de llevarse los recuerdos dolorosos, la navaja de afeitar los traía de vuelta a los hombres que la usaban, y los envenenaba con su propia oscuridad.

XXII

LOS REINOS DE LA MUERTE Y DEL AMOR

Vidal no había dormido bien, y mientras raspaba su piel recién lavada con la cuchilla de afeitar, se sorprendió deseando que la navaja lo librara no sólo de su barba, sino de los tormentosos sueños que aún anidaban en las sombras que la mañana dibujaba en la polvorienta habitación.

A medida que enjuagaba la navaja, el agua se pintaba de blanco, como la leche. ¿Por qué eso le recordaba a su hijo no nacido y a su madre ensangrentada? Junto al cuenco se encontraba el reloj de bolsillo que a cada segundo le arrebataba la vida. *¡Muerte!*, parecían decirle las manecillas de plata. Quizá la muerte era el único amor para el corazón de Vidal. Su romance más grande. Nada se comparaba a ella. Tan grande, tan absoluta, una celebración de las tinieblas, de la rendición final y completa. Incluso en la muerte, desde luego, existía el miedo de fracasar, de desvanecerse sin ser visto y sin gloria, con la cara hundida en la tierra, o peor, terminar como su madre, en la cama, con la enfermedad carcomiendo su cuerpo. Las mujeres morían así. Los hombres no.

Vidal se miró fijamente en el espejo. La crema de afeitar restante lo hacía ver como si su carne estuviera ya pudriéndose. Levantó la navaja tan cerca del espejo que la hoja parecía cortarle la garganta. ¿Había miedo en sus ojos?

No.

Dejó caer la mano abruptamente e invocó la máscara de confianza en sí mismo que se había convertido en su segundo rostro: despiadado, decidido. La Muerte es una amante que atemoriza, y sólo había una forma de superar ese miedo: ser un verdugo a su servicio.

Quizá Vidal, a solas frente al espejo, cortejándola con su navaja, sintió que la Muerte había llegado al molino. Quizás escuchó sus pasos silenciosos en los escalones de la habitación donde su mujer embarazada se revolvía inquieta entre las sábanas empapadas en sudor.

Ofelia también escuchó los pasos de la Muerte. Estaba de pie a un costado de la cama, acariciándole el rostro a su madre. Estaba tan caliente que parecía que la vida estuviera incinerándose en su interior. ¿Su hermano no nacido tendría miedo también? Ofelia puso la mano en la curva que su diminuto cuerpo dibujaba bajo las sábanas. ¿Sentía el ardor de la fiebre de su madre en su pequeño rostro? Ofelia estaba harta de estar enojada con él. Era ese lugar lo que enfermaba a su madre, no él, y el único culpable era el Lobo. De hecho, se sorprendió a sí misma ansiendo la compañía de su hermano, para abrazarlo y cuidarlo del modo en que la niña esculpida en la columna del laberinto cuidaba al bebé en sus brazos. Algunas veces necesitamos ver lo que sentimos para enterarnos de que existe.

Ofelia había ido a la habitación de su madre para hacer lo que el fauno le dijo que hiciera. Había llevado un cuenco con leche y la mandrágora que él le dio, aunque la raíz aún le producía asco. Comenzó a moverse en el instante en que entró en contacto con la leche, estirando sus pálidas extremidades como un recién nacido. Sus brazos y sus piernas eran tan regordetes como los de un bebé; incluso los ruidos que hacía le recordaban los chillidos ahogados de un recién nacido. Y cuando Carmen se quejaba en la cama, la mandrágora giraba como un niño hacia el sonido, como si pudiera escuchar la voz de su madre.

Ofelia sonrió a pesar de su desagrado. La raíz siguió chillando quedo mientras ella llevaba el cuenco a la cama. No fue fácil ponerlo en su lugar sin derramar la leche. Ofelia tuvo que arrastrarse debajo de la cama para empujar el cuenco sin que nadie lo viera y por un momento le preocupó que la mandrágora despertara a su madre, pues se puso a llorar como bebé. Como bebé hambriento. ¡Por supuesto! Ofelia se mordió el dedo y apretó hasta que dos gotas de sangre se derramaron en la leche. Sólo entonces, mientras seguía recostada bajo la cama, escuchó los pasos.

Alguien entró en la habitación y se puso de pie junto a la cama de su madre. A Ofelia le alivió reconocer los zapatos del doctor Ferreiro. Pero Ferreiro no estaba solo.

—¡Capitán! —dijo—. ¡Bajó la fiebre! No sé cómo, pero bajó.

Ferreiro estaba aliviado. Desde que la niña encontró a su madre sangrando, le preocupaba que pronto se convirtiera en huérfana y que fuera a perder también a su hermano no nacido. Ferreiro había intentado disimular esos temores frente a Ofelia, pero había visto el miedo en sus ojos, tan oscuros como los de su madre. Y el doctor sabía que, si su madre moría, él no podría protegerla del hombre que ahora estaba a su lado. La niña escondida debajo de la cama de su madre, con el corazón acelerado...

—¿Y? Aún tiene fiebre —Ofelia no percibió alivio ni preocupación en la voz del Lobo. Ni amor.

—Sí, pero es un buen síntoma —escuchó decir al doctor—. Su cuerpo responde al tratamiento.

Ofelia sintió cómo su madre se movía encima de ella mientras dormía.

—Escúcheme, Ferreiro... —la voz del Lobo era fría—. Si tiene que escoger, salve al bebé. ¿Entendido?

Ofelia no podía respirar. Su corazón gritaba. Cada palabra del Lobo era una bofetada en el rostro enfebrecido de su madre.

—Ese niño —prosiguió— llevará mi nombre. Y el nombre de mi padre. Sálvelo. Si él...

Una explosión súbita lo obligó a guardar silencio. Ofelia estaba segura de que provenía del bosque. La Muerte no estaba sólo dentro del molino.



Cuando Vidal salió de la casa encontró a sus soldados reunidos en el patio. Una bola de fuego se alzaba por encima de las copas de los árboles, pintando el cielo de humo gris.

Ofelia oyó dos explosiones más cuando se arrastró para salir de debajo de la cama. No le importó. El rostro de su madre estaba en paz por primera vez desde que su camisón se empapara de sangre, y Ofelia presionó con amor la oreja contra la barriga de su madre.

—¡Hermano! —susurró—. Hermanito, si puedes escucharme, las cosas aquí afuera no están muy bien. Pero tienes que salir pronto.

Estaba cansada de llorar, pero las lágrimas inundaron sus ojos sin que pudiera evitarlo.

—Has hecho que mamá se ponga muy enferma.

Si tiene que escoger, salve al bebé. Las palabras del Lobo la llenaron de rabia nuevamente, pero Ofelia no quería eso. De ahora en adelante serían ellos tres contra él. Madre, hermana, hermano. Así es como tenía que ser.

—¡Quiero pedirte un favor! —suplicó—. Para cuando salgas. Sólo uno. Por favor, no la lastimes —las lágrimas de Ofelia mojaron las sábanas de su madre, como si toda la tristeza que sentía se transformara en agua—. Ya verás cuando la conozcas —dijo—. Mamá es muy hermosa, aunque a veces pasa muchos días triste. Y cuando sonríe... Yo sé que vas a amarla. ¡Estoy segura!

No hubo respuesta, pero Ofelia estaba segura de escuchar el corazón de su hermano latiendo debajo de la piel de su madre.

—¡Escucha! —dotó a sus palabras de todo el peso que requiere una promesa solemne—. Si haces lo que te digo, te llevaré a mi reino y te convertiré en un príncipe. ¡Te lo prometo! Un príncipe.

Debajo de la cama, la mandrágora soltó un suave chillido.

XXIII

LA ÚNICA FORMA HONORABLE DE MORIR

Los rebeldes habían volado las vías férreas de las colinas, y a uno de los trenes que transportaban provisiones del ejército hacia una guarnición cercana. La locomotora estaba enredada entre hebras de hierro fundido, sus flancos metálicos cubiertos de ceniza y de la tierra en la que quedó hundida tras descarrilarse.

—¡Hice sonar el silbato pero no se movieron!

El maquinista estaba desesperado por convencer a todos de que no había sido su culpa. Trastabillaba mientras Vidal recorría junto a Serrano los vagones dañados.

—¡Traté de frenar! ¡Lo juro! Pero ya era demasiado tarde.

Idiota. Sólo un culpable habla tan rápido. Vidal quería sepultarlo bajo el tren destrozado o patearlo hasta que quedara tan inmóvil como su locomotora. Pero el idiota continuó con sus atropelladas plegarias.

—¡El bombero y yo saltamos justo a tiempo, pero miren el desastre que hicieron!

Vidal miró las vías quemadas, el tren dinamitado. Roto. Inservible. Eso era lo que los bastardos del bosque querían: caos. Se detuvo frente a un vagón que de alguna forma había quedado intacto.

—¿Qué se robaron? —preguntó a uno de los encargados del transporte.

—Nada, capitán. No abrieron un solo vagón —el hombre se limpió el hollín de la cara. Estaba mucho más tranquilo que el maquinista. Estaba dando buenas noticias.

—¿De qué demonios hablas?

—Todo este desastre... No abrieron ninguno de los vagones. No se llevaron nada. Sólo Dios sabe lo que querían, más allá de hacernos perder el tiempo.

Vidal observó a sus soldados pulular en torno al tren destrozado como hormigas alrededor de su hormiguero pisoteado. *Perder el tiempo*. Esas palabras sonaban terriblemente falsas. No. Los rebeldes no gastarían explosivos valiosos sólo para molestarlo. ¿O sí? La respuesta se la dio el bosque antes de que terminara su reflexión.

Otra explosión los hizo darse la vuelta. Otra bola de fuego se alzaba desde los árboles y no cabía la menor duda del lugar del que venía.

¡Engañados! ¡Todo había sido una trampa, una distracción!

Pero esto ya era la guerra.



La lucha seguía en pie cuando llegaron al molino: explosiones que destrozaban los jeeps de los soldados, los camiones, las carpas; cuerpos ensangrentados regados por todo el patio... Vidal apenas reconoció a Garcés cuando emergió del humo, cubierto de sangre y hollín.

—¡Aparecieron de la nada, capitán!

Vidal lo apartó de un empujón.

Llovía a cántaros, como si el cielo estuviera del lado de las bestias rebeldes. Sí, así los llamaría de ahora en adelante: bestias del bosque. La lluvia se mezclaba con el humo e impedía que viera de dónde venía el ataque, pero a pesar de ello Vidal no se quitó los lentes oscuros. Su propio reflejo en ellos era lo único que quería que sus hombres vieran hasta que recobrara el control de sus emociones. Su máscara se venía abajo y sus ojos eran los primeros en traicionar la ira y el miedo que escondían tras ella.

Les habían tendido una trampa, como un zorro a un montón de conejos: su equipo, sus hombres, todo reducido a un montón de basura mojada. Vidal podía escuchar al bosque burlándose de él: el bosque y los cobardes escondidos entre sus árboles.

—¡Tienen granadas, capitán! —los ojos de Garcés desbordaban pavor—. No pudimos hacer nada —todos los soldados sabían que su capitán hallaría un culpable a quien hacer sangrar por eso.

Sólo entonces se dio cuenta Vidal de que las puertas del granero estaban abiertas de par en par.

Casi rompió sus lentes al quitárselos con la mano enguantada. Garcés no se atrevió a seguirlo hasta el granero. Las provisiones, las medicinas... Los rebeldes se habían llevado todo, hasta su tabaco. Las puertas, sin embargo,

estaban intactas. Ni rastro de explosivos. Vidal inspeccionó el candado. Nadie lo había forzado.

—¡Capitán! —Serrano corrió a su lado. Su rostro no pudo ocultar el alivio de que hubiera sido Garcés y no él quien estuviera a cargo del molino esa mañana—. Rodeamos una pequeña unidad. Se atrincheraron en lo alto de la colina.

La colina. Bien. Eso convertiría a las bestias en débiles conejos. Vidal enderezó la gorra sobre su cabello mojado. Sí. Esta vez no permitiría que se le escaparan.



No era una gran colina adonde habían llegado. Las pocas rocas en lo alto eran la única protección que tenían los rebeldes.

Vidal dirigió el ataque personalmente, disparando mientras corría de árbol en árbol. Esta vez los mataría antes de que el bosque pudiera esconderlos de nuevo. Como siempre que se lanzaba a la batalla, sostenía el reloj de su padre en la mano izquierda. Era su amuleto de la buena suerte, la carátula rota presionada contra la palma de su mano, el tic tac que lo instaba a seguir. A veces parecía un susurro metálico: *Vamos, Vidal. Vi la muerte de tu padre, quiero ver la tuya. ¿Cuánto tiempo más tendré que esperar?*

Ordenó a sus soldados que atacaran la posición de los rebeldes desde todos los flancos. La corteza de los árboles volaba hecha astillas en el fuego cruzado, pero sabía que sus enemigos pronto se quedarían sin municiones. Eran probablemente una docena, quizás menos. No tenían esperanza: eran superados por mucho en número.

La cacería no le supo tan bien como en otras ocasiones. Vidal se había permitido ser engañado por su presa. Ninguna venganza borraría esa vergüenza. Pero al menos se aseguraría de que nadie viviera para contar esa historia. Se escondió detrás de un árbol para recargar su pistola. Serrano se cubrió detrás de otro a su izquierda.

—¡Vamos, Serrano! —gritó Vidal, exponiéndose para hacer más disparos —. ¡No hay por qué tener miedo! ¡Esta es la única forma decente de morir!

Se ocultó de nuevo y respiró hondo mientras metía el reloj en su bolsillo. Aún lo protegía. Obviamente, su hora de morir aún no había llegado. Unos cuantos tiros más, balas que pasaban a centímetros de él, mientras sus soldados gritaban a su alrededor y caían de espaldas para mirar las ramas de los árboles y la lluvia implacable con ojos vacíos. Otra vez atrás de un árbol

para cargar la pistola con balas nuevas, y otra vez al ataque a través de la lluvia de metal, hacia lo alto de la colina, persiguiendo a su presa tras las rocas, forzándolos a arrepentirse de haberse burlado de él.

Vidal se puso a cubierto una última vez. La lluvia caía desde el pico de su gorra hasta sus ojos. Los cadáveres extendían sus extremidades sobre las rocas como raíces pálidas arrancadas del suelo. Sólo dos rebeldes seguían luchando, pero cuando Vidal ordenó otro ataque, cayeron con gritos ahogados, atravesados por incontables balas.

Oh, el silencio de la muerte. No había nada como eso. A menudo, Vidal deseaba poder grabarlo en un disco y escucharlo mientras se afeitaba. Su silencio sólo se interrumpía por el sonido de la lluvia que caía a cántaros a través de los árboles sobre los cadáveres, empapando sus ropas hasta que parecía que se derretían en el suelo.

Vidal caminó el último trecho de la colina, seguido por los soldados que habían sobrevivido al ataque. Sus pérdidas no eran nada en comparación con las de los rebeldes. El primer cuerpo con que Vidal se encontró no se movía. Se cercioró de que estuviera muerto disparándole dos veces en el rostro silente. Se sintió bien. Cada tiro neutralizaba algo del veneno que la vergüenza había dejado en su sangre. Pero necesitaba encontrar alguno que aún pudiera hablar.

Serrano se acercó corriendo como perro bien entrenado, como siempre, en cuanto Vidal lo llamó a su lado. Encontraron otros dos enemigos tirados entre las rocas en lo alto de la colina. Eran sólo unos chicos, quizás de quince años. Uno estaba muerto, pero el segundo aún se movía. Presionaba su mano derecha contra una bala que le había perforado el cuello, con su pistola a un costado. Vidal la pateó.

—Déjame ver —dijo, apartando la mano ensangrentada del muchacho de su herida. Lo dijo casi con amabilidad. A Vidal le gustaba tomarse su tiempo con su presa.

El chico todavía oponía cierta resistencia, pero fue sencillo retirar su mano de la herida. No le quedaban fuerzas y tampoco mucho tiempo de vida. La garganta estaba cubierta de sangre.

—¿Puedes hablar?

El muchacho trató de tomar aire, observando las nubes que cubrían de lluvia su rostro.

—Maldita sea —Vidal se puso de pie y tomó su pistola.

Cuando apuntó a la cabeza del muchacho, el tonto levantó su mano ensangrentada para hacer a un lado el arma, con los ojos desfallecientes llenos

de rebeldía, casi de burla. Vidal movió el arma y volvió a apuntar. Esta vez el muchacho puso la mano sobre la boca del arma, pero la bala atravesó carne y hueso sin dificultad. Vidal disparó un segundo tiro en su cabeza rebelde.

—Éstos no sirven. Ninguno puede hablar —señaló con un gesto de la mano los cuerpos que cubrían el suelo a su alrededor—. Dispárenles a todos.

Serrano había presenciado la ejecución del muchacho con nerviosismo. Vidal sospechaba que Serrano a veces imaginaba su propia cabeza bajo el arma de su capitán. Garcés, por el contrario, no pensaba en eso. Ése trabajaba como se le ordenaba.

—¡Capitán! —gritó—. Éste está vivo. Sólo una herida en la pierna.

Vidal dio un paso hacia él. Un vistazo al rebelde herido fue suficiente para hacerlo sonreír.

—Sí. Éste sirve.

XXIV

MALAS NOTICIAS, BUENAS NOTICIAS

Los soldados suelen estar en silencio después de perder una batalla. Los hombres de Vidal, sin embargo, gritaban y reían al volver del bosque. Mercedes sabía que algo terrible debía haber pasado. Las otras ayudantes estaban de pie en la puerta de la cocina observando el ajetreo en el patio cuando ella entró corriendo.

—¿Qué pasó? —apenas podía hablar, pues el terror la había dejado sin aliento. ¿Cuándo fue la última vez que respiró con tranquilidad? No recordaba.

—Atraparon a uno. Atraparon a uno vivo —Rosa tenía la voz aguda de pánico. Se rumoraba que tenía un sobrino en el bosque—. ¡Lo llevan al granero!

Todas sabían lo que eso significaba.

Mariana trató de impedir que Mercedes saliera en medio de la lluvia torrencial, pero ella no podía ser precavida. Ya no, no ese día. El miedo que sentía era una bestia que le devoraba el corazón.

—¡Mercedes! ¡Regresa! —gritó Mariana con voz ronca. Las otras criadas rodearon a la cocinera como una bandada de gallinas, sus rostros tiesos de miedo y esperanza: miedo de que los hombres de Vidal arrastraran a Mercedes al interior del granero; esperanza de que pudiera enterarse de quién era el prisionero.

¿A quién habían atrapado?

¡Pedro!

Mercedes susurraba el nombre de su hermano mientras sus pies resbalaban en el lodo.

¡Pedro!

Estaba a punto de llegar al granero cuando vio a los soldados arrastrar por la puerta abierta a su prisionero, cuyas piernas impotentes araban el lodo tras él. Mercedes avanzó otro paso para echar un vistazo al granero, pero lo único que podía atisbar era los soldados, sus impermeables que destellaban en la

oscuridad mientras ataban una silueta flácida a una de las vigas de madera del interior.

—¿Mercedes?

Vidal estaba de pie detrás de ella, con Serrano a su lado.

—Capitán —estaba sorprendida de que sus labios pudieran emitir algo que tuviera sentido. Apenas podía quitarle la vista de encima al prisionero. Su cabeza estaba colgando y su rostro escondido bajo una gorra oscura. Su hermano usaba una gorra como esa—. Necesito... revisar las provisiones del granero.

Sin duda se dio cuenta de cuán desesperada estaba. Incluso a sus propios oídos, Mercedes sonaba como una niñita perdida. Afortunadamente, Vidal estaba demasiado ansioso de encargarse del prisionero como para ponerle atención.

—Ahora no, Mercedes —respondió impaciente—. No quiero a nadie ni en el patio ni en el granero. Ve a ver a mi esposa, si eres tan amable...

Asintió obediente, pero no podía moverse. Se quedó ahí y observó cómo Vidal retiraba la gorra de la cabeza agachada del prisionero. Él levantó la cabeza y la vio.

Tarta.

Sus ojos estaban tan abiertos como los de un cordero cuando lo arrastran al matadero. Como platos, con la certeza de lo que estaba por ocurrir. Mercedes sintió su mirada como una mano que buscaba las suyas, pero Tarta no la delató. No gritó pidiendo ayuda: apretó los labios con fuerza, decidido a ser valiente; esos labios que rompián las palabras como arcilla porosa.

Mercedes seguía de pie bajo la lluvia cuando Serrano cerró las puertas del granero. Se avergonzó de sentir alivio al constatar que habían atrapado a Tarta y no a Pedro. El alivio, sin embargo, duró sólo un instante. Tarta sabía dónde estaba Pedro, y sabía también todo sobre ella y sobre el doctor.

Sabía todo.

A Mercedes le sorprendió que sus pies anduvieran el camino de vuelta a la cocina. Las otras picaban verduras para la sopa que servirían a los asesinos. *¿Sigue mi hermano con vida?* Mercedes se hacía la pregunta cuando se sumó a las demás para picar raíces y perejil. *¿Y qué había de los otros?* *¿Estaban todos muertos en el bosque, su sangre mezclándose con la lluvia?* ¡*No!*, se dijo a sí misma. *No, Mercedes: no habrían mantenido a Tarta con vida si los hubieran matado a todos.*

Despacio, como si no confiara en sus dedos, cortó otra raíz en pálidas rebanadas con el cuchillo que guardaba en el delantal. Lo único que veía era

el filo del cuchillo. ¿Qué estaba ocurriendo en el granero? Hizo acopio de todas sus fuerzas para impedir que sus pensamientos regresaran al muchacho de ojos muy abiertos y a lo que le harían.

Mariana la observaba con su cara redonda marcada por la vida.

—Es suficiente, querida —dijo cuando Mercedes colocó las verduras picadas en la mesa y alcanzó otra raíz. ¿Qué línea dibujaba la vida en sus rostros en ese momento? Muchas: la del miedo, la del dolor... A Mercedes le sorprendía que siguiera siendo hermosa.

Mariana sostenía una charola de comida que había preparado para Ofelia y su madre.

—¿La subo?

Mariana no tenía seres queridos en el bosque, pero tenía dos hijos prácticamente de la misma edad que Tarta. —Yo lo hago —dijo Mercedes quitándole la charola. Lo que fuera con tal de evitar que su imaginación se desatara, pero no funcionaba. *¿Qué le pasó a Pedro?* La pregunta se repetía a cada escalón. *¿Qué les dice Tarta?*

El doctor Ferreiro estaba con la madre de Ofelia. Levantó la mirada del vaso de medicina que preparaba cuando Mercedes entró. *¿Se acuerda de Tarta?, quería preguntarle. ¿Recuerda cómo no podía leerles rápido el periódico a los demás? Ahora puede delatarnos a todos si lo hacen hablar.*

Ofelia no se percató del miedo de Mercedes.

Estaba demasiado contenta para notarlo. Ese día su madre se sentía lo suficientemente bien para jugar cartas. Cuando el doctor le extendió a Carmen el vaso de medicina, ésta negó con la cabeza.

—No creo necesitarlo, doctor —dijo—. Me siento mucho mejor.

—Esa es la razón por la cual le doy sólo media dosis, y sí, se encuentra usted mucho mejor —respondió el médico con una sonrisa—. No comprendo por qué, pero me alegra.

Ofelia sabía por qué. Miró la jarra de leche fresca que Mercedes había traído. La mandrágora pronto la necesitaría, junto con unas gotas de sangre. Todo estaría bien a pesar de haber desobedecido al fauno y haberles causado la muerte a sus hadas. Aún escuchaba los gritos en sus sueños, pero su madre sonreía otra vez y, después de todo, había cumplido la segunda tarea y había llevado consigo la daga del Hombre Pálido.

Sí, el fauno entendería.

En su corazón, Ofelia sabía que no era cierto. Pero estaba demasiado feliz ahora como para permitir que las preocupaciones la ensombrecieran.

XXV

TARTA

Vidal se tomaba su tiempo. Interrogar a un prisionero era un proceso complejo. Era una especie de danza, un paso lento hacia atrás, luego uno rápido hacia delante, y hacia atrás de nuevo. Despacio, rápido, despacio.

Su prisionero temblaba y tenía el rostro empapado en sudor, aunque sólo le habían dado una pequeña paliza. El miedo había hecho la mayor parte del trabajo hasta ahora, miedo de lo que estaba por venir. Sería fácil quebrarlo.

—Carajo, qué buen cigarrillo. Tabaco de verdad. Difícil de encontrar — Vidal sostuvo el cigarrillo tan cerca de la cara del muchacho que éste pudo sentir el calor del tabaco ardiente.

Tarta reclinó la cabeza hacia atrás cuando su captor presionó el cigarrillo contra sus temblorosos labios.

—V-v-vete al infierno.

—¿Puede creerlo, Garcés? —Vidal se dirigió a su oficial—. Atrapamos uno y resulta tartamudo. Estaremos aquí toda la noche.

—El tiempo que sea necesario —respondió Garcés.

Tarta se dio cuenta de que el oficial no disfrutaba la situación tanto como su capitán, que era el tipo de demonio con uniforme al que Tarta siempre había tenido pavor de conocer. Estaba en sus manos y sabía lo que esas manos le harían. *Si algún día te atrapan, piensa en alguien a quien tengas que proteger*, le había dicho Pedro cuando practicaban cómo guardar silencio bajo tortura. *Alguien por quien morirías. Quizá no sirva de nada, pero no importa. Piensa en alguien, Tarta. ¿En quién? Quizás en su madre. Sí. Aunque quizás pensar en ella sólo lo empeoraría, pues podía imaginar lo mucho que ella lloraría si lo perdiera.*

Tarta bajó la cabeza. Si tan sólo sus extremidades dejaran de temblar. Aun si el consejo de Pedro lo ayudaba a controlar su mente, su cuerpo delataba su temor.

—Garcés tiene razón —dijo el capitán—: el tiempo que sea necesario.

Se desabotonó la camisa, con el cigarrillo colgando de sus labios. Tarta se preguntaba si se la había quitado para no arruinarla con su sangre.

—Más te valdría decirnos todo. Pero para asegurarme de que lo hagas, traje conmigo unas herramientas..., cosas que recoge uno en el camino.

Vidal sacó un martillo. Había puesto en perfecto orden sus herramientas sobre una vieja mesa de madera.

Temblaba. ¿No decía la gente que uno podía morirse de miedo? Tarta deseaba saber cómo hacer que su miedo terminara con él.

—Al principio no podré confiar en ti —el Diablo sopesaba el martillo en su mano. Estaba claramente orgulloso de sus habilidades para la tortura—. Pero luego de usar esto, habrás ganado cierto terreno. Para cuando lleguemos a éstos... —levantó un par de alicates—, habremos desarrollado... ¿Cómo decirlo?

Tarta detectó cierta incomodidad, incluso compasión en el rostro del oficial. Tenía el mismo bigote que el padre de Tarta.

—Digámoslo así —el Diablo abrió y cerró los alicates—: nos habremos hecho mucho más cercanos para entonces..., como hermanos. Y cuando lleguemos a éste —levantó un destornillador—, creeré todo lo que me digas.

Tarta empezó a llorar. Trató de evitarlo con todas sus fuerzas, pero sentía demasiado miedo, demasiada soledad y demasiada desesperanza. Tenía que canalizarlo de algún modo, aunque fuera a través de las lágrimas.

Su captor inhaló otra bocanada de su cigarro con satisfacción y puso el destornillador de vuelta en la mesa. Luego tomó el martillo otra vez y se acercó a Tarta.

—Hagamos un trato —le dijo, presionando fuertemente el martillo contra el tembloroso hombro de Tarta—. Si cuentas hasta tres sin tartamudear, te puedes ir.

Tarta levantó la cabeza para mirar a su torturador, aunque sabía que sus ojos delatarían cuán ansioso estaba su corazón aterrado de recibir una señal de esperanza. También la buscó en el rostro de Garcés... Garcés, sí, ese era su nombre. Tarta se alegró de que los rebeldes no se revelaran su nombre real; era demasiado bueno para recordarlos.

La cara bigotuda de Garcés estaba exenta de cualquier expresión.

—¡No lo veas a él! —exclamó el Diablo—. Mírame a mí. Por encima de mí no hay nadie. ¿Garcés?

—Sí, capitán?

—Si yo digo que este imbécil se puede ir, ¿alguien me contradiría?

—Nadie, capitán. Si usted lo dice, se puede ir —Garcés le devolvió la mirada al muchacho tembloroso. *Es todo lo que puedo hacer por ti*, parecía decir con los ojos. *Sostenerte la mirada*.

Vidal le dio otra calada a su cigarrillo. Ay, disfrutaba tanto todo eso.

—Ahí lo tienes —nuevamente acercó su rostro al de Tarta—. Vamos, cuenta hasta tres.

Los labios temblorosos de Tarta trataron de formar el primer número, mientras su cuerpo se retorcía de miedo.

—... Uno.

—¡Bien!

Tarta miró fijamente al piso, como si pudiera encontrar ahí las últimas hebras de dignidad. Sus labios lo intentaron de nuevo y entonces logró empujar otra sílaba.

—... Dos.

Vidal sonrió.

—¡Bien! Uno más y serás libre.

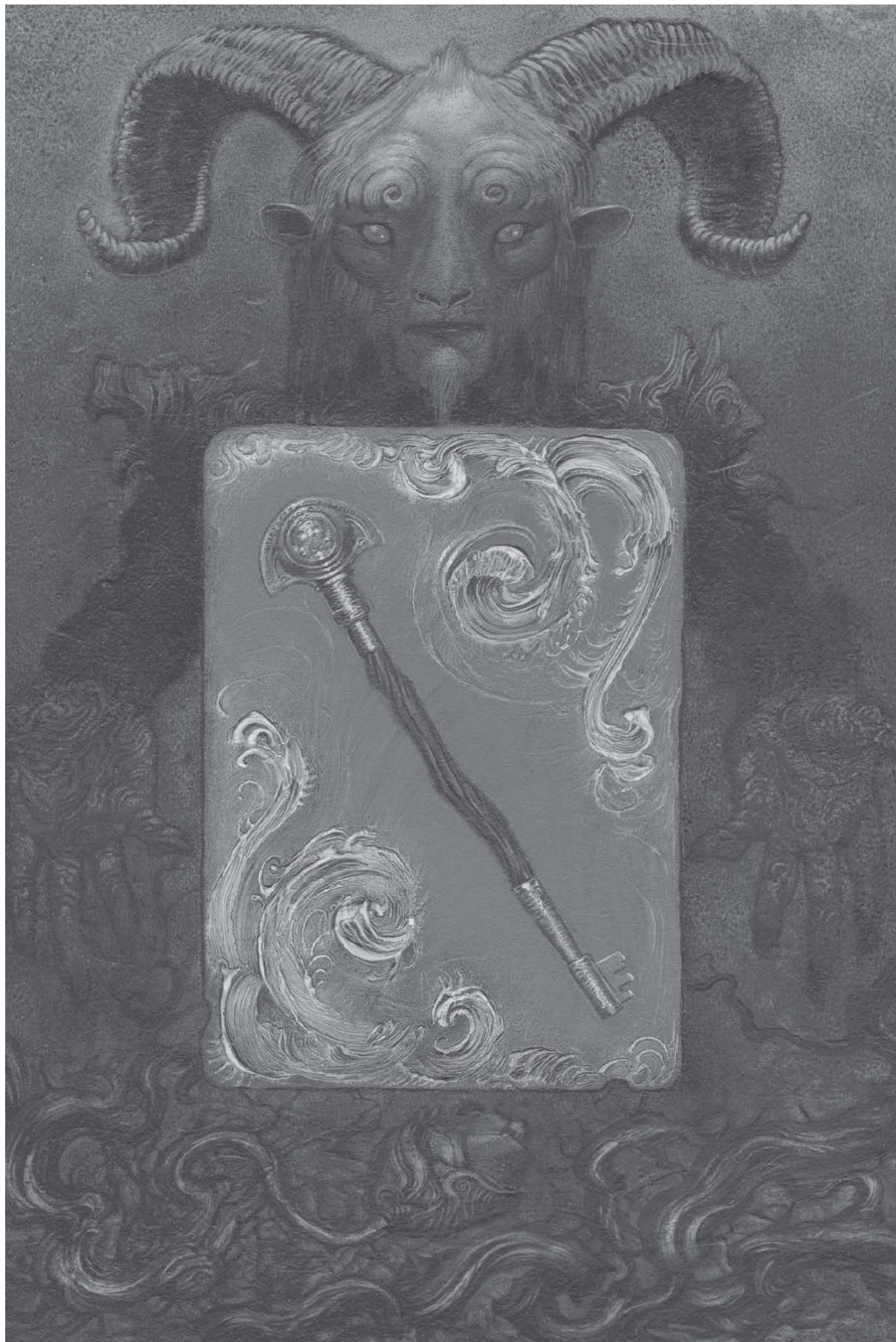
La boca de Tarta se retorcía por el esfuerzo de hablar con claridad: tratar de ofrecerle palabras enteras al hombre lo desintegraría. Pero esta vez su lengua no lo obedeció. Lo único que logró extraer fue un «T-t», el temblor de algo que se resquebrajaba.

Levantó la cara para ver al Diablo, implorando piedad con los ojos.

—Qué pena —dijo Vidal con tono compasivo para coronar su actuación.

Luego llevó el martillo hasta el rostro implorante.





Había una vez un encuadernador de nombre Aldus Caramez, tal maestro en su oficio que la reina del Reino Subterráneo le encomendó que encuadernara todos los libros de su famosa biblioteca de cristal. Toda la vida de Caramez estaba en esos volúmenes, ya que era muy joven —todavía un niño— cuando la reina le pidió que encuadernara el primer libro, un tomo que contenía dibujos de su madre.

El encuadernador aún recordaba cómo le temblaban las manos al esparcir los delicados dibujos de hadas, ogros y enanos en su mesa de trabajo; de sapos (por los que la madre de la reina sentía un afecto especial), libélulas y polillas que anidaban en las raíces de los árboles que cubrían los techos del palacio como si fueran cortinas de encaje viviente. Para encuadernarlo, Caramez había elegido la piel de un lagarto sin ojos cuyas escamas reflejaban la luz de las velas casi con tanta exuberancia como la plata. Esos lagartos eran criaturas ferozes, pero los cazadores del rey mataban uno de vez en cuando, si atacaban alguno de los pavorreales de la reina, y Caramez siempre reclamaba su piel para su oficio, imaginando que los dotaba de ojos al convertirlos en libros. Una idea muy ingenua, pero le gustaba.

La reina amaba tanto ese libro que lo guardaba en su mesita de noche junto con un volumen que Caramez había encuadernado para su hija, Moanna, apenas unas semanas antes de su desaparición. Caramez había creado toda una biblioteca para la princesa perdida, que almacenaba cientos de los libros más bellamente ilustrados sobre los animales del Reino Subterráneo, sus criaturas fantásticas, sus plantas a menudo milagrosas, sus vastos paisajes, y todos sus distintos pueblos y gobernantes.

Moanna acababa de cumplir siete años —oh, sí, Caramez recordaba muy bien esos días— cuando le pidió un libro sobre el Reino Superior.

—¿Qué leen los niños allá arriba, Aldus? —preguntó—. ¿Cómo es la luna? Alguien me dijo que cuelga del cielo como un farol inmenso. ¿Y el sol? ¿Es verdad que es una enorme bola de fuego que nada en un océano de cielos azules? Y las estrellas... ¿de verdad parecen luciérnagas?

Caramez recordaba el agudo dolor que oprimió su corazón cuando la joven princesa le hizo esas preguntas. Muchos años antes, su hermano mayor

había preguntado lo mismo, y un año después había desaparecido para no regresar jamás. Cuando el encuadernador compartió su preocupación con la reina, ésta respondió:

—Cread y encuadernad el libro que os pide, Caramez. Cercioraos de que contenga todo lo que quiere saber, pues así no sentirá necesidad de ver con sus propios ojos la luna y el sol.

Pero el rey no estaba de acuerdo con su esposa. Le prohibió a Caramez cumplir el deseo de su hija, y la reina decidió no oponerse a su decisión, pues tuvo que admitir que la petición de su hija también le preocupaba.

La princesa Moanna, sin embargo, siguió haciendo preguntas.

—¿Quién te habló del Reino Superior, mi princesa? —le preguntó Caramez cuando ella volvió a visitar su taller para pedirle que al menos le hiciera un libro pequeño sobre las aves del Reino Superior. Moanna nunca había visto un ave. Los murciélagos eran las únicas criaturas aladas que habitaban el Reino Subterráneo. Y las hadas.

La princesa respondió la pregunta de Caramez entregándole un libro. ¡Desde luego! ¡La biblioteca de sus padres! Las bibliotecas no guardan secretos: los revelan. El libro que Moanna le entregó al encuadernador contenía crónicas de los ancestros de su madre, que habían viajado extensamente por el Reino Superior.

—Quédatelo —dijo Moanna, cuando Caramez escondió el libro rápidamente detrás de su espalda—. No necesito el libro. Basta con escuchar a las raíces de los árboles: ¡ellas saben todo sobre el Reino Superior!

Fue la última vez que el encuadernador habló con la princesa antes de que desapareciera. Caramez aún recordaba su voz, a pesar de que había días en que no lograba recordar su rostro. De vez en cuando se sorprendía haciendo un libro para Moanna, lleno de cuentos que le susurraban las hadas o de historias que le contaban las pieles de los lagartos sin ojos.

Quizás el fauno había oído hablar de esos libros. No solía visitar el taller de Caramez. El fauno no creía en los libros. Era mucho más viejo que el más viejo de los manuscritos de la biblioteca de la reina, y con todo derecho podía asegurar que él sabía mucho más sobre el mundo que todas esas páginas amarillentas. No obstante, un día apareció de pronto en la puerta del taller del encuadernador. A Caramez, el fauno lo asustaba un poco. Nunca estuvo muy seguro de poder confiar en esos pálidos ojos azules. De hecho, no le hubiera sorprendido saber que los faunos comían encuadernadores.

—Necesito que encuadernéis un libro para mí, Caramez —dijo el fauno dulcemente. Su voz podía ser tan suave como el terciopelo o tan afilada como

los colmillos de un lagarto.

—¿Qué tipo de libro, mi señor cornudo? —preguntó Caramez con una reverencia respetuosa.

—Un libro que contenga todo lo que sé pero que sólo muestre lo que quiero revelar.

Caramez frunció el ceño. No estaba seguro de que le gustara la idea de un libro así.

—Este libro ayudará a que la princesa Moanna vuelva a casa —agregó el fauno.

Desde luego. Sabía cuánto quería Caramez a la princesa perdida. El fauno sabía todo.

—Haré mi mejor esfuerzo —respondió el encuadrador.

El fauno asintió con su cabeza cornuda, como si eso fuera todo lo que necesitaba, y le entregó un fardo de hojas. Caramez las miró con sorpresa.

—¡Pero estas hojas están en blanco! —dijo.

—No, no lo están —respondió el fauno con una sonrisa misteriosa—. Este papel se hizo con ropa que dejó la princesa Moanna, y el pegamento añadido contiene toda la sabiduría que poseo sobre el Reino Superior.

Levantó las garras y mágicamente sacó del aire un rollo de cuero marrón.

—Esta piel —dijo— fue arrancada de una bestia que se alimentaba de la verdad y de muchos hombres temerarios. Quiero que la uses para la tapa del libro. De ese modo, la piel le dará valor a la princesa cada vez que lo toque.

Caramez desenrolló la piel en su mesa de trabajo y frotó las hojas vacías entre sus dedos. Ambos materiales eran de la más alta calidad. Sería un libro precioso, aunque el papel aún le parecía vacío.

—Poneos a trabajar de inmediato —ordenó el fauno—. Acabo de enterarme de que necesitaré ese libro muy pronto.

Caramez obedeció. Se puso a trabajar enseguida. Pero agregó un ingrediente sobre el que nada le dijo al fauno: unas cuantas lágrimas suyas mezcladas con el pegamento para la encuadernación, ya que estaba seguro de que la princesa no sólo precisaría de valor y sabiduría para volver a casa, sino también de amor.

XXVI

SÓLO DOS UVAS

Esta vez a Ofelia la despertó una risa: una risa suave y ronca que hacía eco en la oscuridad que inundaba su habitación como leche negra.

—Veo que vuestra madre está mucho mejor, Alteza —el fauno se veía sumamente complacido consigo mismo—. ¡Sin duda debéis estar aliviada!

Se veía aún más joven, aunque sus patas de cabra aún crujían con cada paso que daba en dirección a la cama de Ofelia. A pesar de los trazos antiguos que cubrían su frente y sus mejillas, su piel era tan suave que reflejaba la luz de la luna casi llena.

—Sí, gracias —respondió Ofelia, echándole una mirada nerviosa al bolso del fauno, que sobresalía de debajo de las sábanas—, aunque las cosas no salieron muy bien. No todas las cosas, quiero decir.

—¿Ah, no? —Los azules ojos felinos se abrieron con asombro.

Ofelia estaba segura de que él ya sabía. Había llegado a creer que el fauno lo sabía todo sobre este mundo y sobre cualquier otro.

—Tuve un accidente —musitó, entregándole el bolso. El hada sobreviviente parloteaba en el interior.

Ofelia no se había atrevido a dejarla salir, temerosa de que algo malo le pasara a ella también.

—¿Un *accidente*? —repitió el fauno con incredulidad.

Abrió el bolso y emitió un rugido.

El hada salió aleteando y aterrizó en su hombro. Mientras más la escuchaba el fauno, más siniestra era su expresión, hasta que finalmente mostró sus afilados colmillos y bramó lleno de ira.

—¡Rompisteis las reglas! —gritó, apuntó a Ofelia con su garra.

—¡Sólo fueron dos uvas! —respondió ella, sacando apresuradamente la daga envuelta en terciopelo rojo de debajo de su almohada—. ¡Pensé que nadie lo notaría!

El fauno le arrebató la daga y sacudió la cabeza con rabia.

—¡Cometimos un error!

—¿Un error? —Ofelia apenas podía oír su propia voz.

—¡Fallasteis! —gruñó el fauno, elevándose sobre ella—. ¡Jamás podréis volver!

Ofelia sintió que la noche se la tragaba con su boca oscura.

—¡Pero fue un accidente!

—¡No! —rugió el fauno, con los ojos entrecerrados, llenos de ira y desprecio—. ¡Jamás-podréis-volver! ¡Jamás! —cada palabra golpeaba a Ofelia como una piedra—. ¡Habrá luna llena en tres días! Vuestro espíritu está condenado a permanecer para siempre con los humanos.

Se inclinó hacia ella hasta que su rostro casi tocó el de Ofelia.

—Envejeceréis como ellos. ¡Moriréis como ellos! Y vuestro recuerdo... —dio un paso atrás, con la mano levantada como para enfatizar la profecía— desaparecerá en el tiempo. En cuanto a nosotros —señaló acusatoriamente al hada y a su propio pecho—. Desapareceremos con vos. ¡Jamás volveréis a vernos!

Luego su cuerpo se desvaneció en la noche, como si la desobediencia de Ofelia los hubiera convertido, a él y al hada, en meras sobras disueltas por la luz de la luna menguante. Y Ofelia se sentó en su cama, llenando con un llanto desesperado el silencio que dejaron tras de sí.

XXVII

ROTO

El doctor Ferreiro supo lo que Vidal necesitaba de él en el momento en que Garcés tocó a su puerta. Por un instante estuvo tentado a simular que no había oído los golpes, aunque sin duda le habían asignado la habitación más vieja. ¿Qué lo había llevado a ese puesto remoto del infierno?, se preguntaba Ferreiro mientras seguía a Garcés bajo la lluvia: ¿el destino o sus propias decisiones? Había llovido toda la noche y el día prometía continuar bajo un cielo lloroso.

Apropriado.

Vidal estaba de pie frente al granero, lavándose las manos en un cuenco de agua. Ferreiro no se sorprendió de ver la sangre en sus dedos. Sí, era exactamente lo que esperaba. Otro hombre roto.

—Buenos días, doctor —una vez más, Vidal era todo pose viril. A veces era difícil no reírse de él, pero Vidal era un hombre demasiado temible como para permitirse esa licencia—. Disculpe que lo levante tan temprano —dijo mientras se acomodaba las mangas—, pero me parece que necesitamos su ayuda.

Su camisa estaba limpia. Vidal siempre se cercioraba de ello. La apariencia es de suma importancia para quienes rara vez se quitan la máscara, y Ferreiro nunca lo había visto sin la suya. ¿Cuál habría sido su apariencia de niño? ¿Estaría ya su mirada desprovista de emociones como ahora? ¿Habría llamado a alguien su amigo? La máscara no ofrecía respuestas.

Mientras seguía a Garcés bajo la lluvia, Ferreiro había tratado de prepararse imaginando lo que le habrían hecho al prisionero. Su imaginación le falló. Prácticamente no reconoció al muchacho que había tratado de leer el periódico en la cueva en medio del bosque.

Ferreiro apenas pudo contener el temblor de sus manos mientras abría su botiquín. Cuánta rabia, tristeza y repugnancia sintió mientras extraía los vendajes y el desinfectante para limpiar las heridas que Vidal le había infligido con sus herramientas. El muchacho estaba sentado en el piso, su

espalda contra la viga a la que lo habían atado, sosteniéndose la mano, si es que a eso todavía se le podía llamar mano. La sangre corría por su boca, y uno de sus ojos estaba tan hinchado que Ferreiro tenía la duda de que siguiera ahí.

Tarta... Sí, ese era el apodo que los otros le habían dado. Se quejó cuando Ferreiro tomó su brazo suavemente para echar un vistazo a la mano hecha añicos. Los dedos estaban rotos, todos ellos. Uno no era más que un muñón sangriento.

—Dios mío, ¿qué le hicieron? —las palabras no pudieron quedarse dentro de su boca, aunque Ferreiro sabía que era imprudente emitir un comentario como ese. Pero lo que vio convertía incluso la prudencia en estupidez, una inútil distracción de la crueldad de los hombres.

—¿Qué le hemos hecho? No mucho —había un claro toque de orgullo en la voz de Vidal—. Pero las cosas van mejorando.

Vidal caminó hasta donde estaba Ferreiro y extrajo de su botiquín un frasco idéntico a los que había encontrado en el campamento de los rebeldes. De rodillas junto al muchacho, Ferreiro no se dio cuenta. Todo lo que veía era la cara hinchada del muchacho, el ojo abierto nublado de miedo y dolor, observándolo.

—Me gusta tenerlo a la mano, doctor —dijo Vidal detrás de él—. Tiene sus ventajas.

Ferreiro estaba muy ocupado para escuchar el tono burlón. Cuatro costillas de Tarta estaban rotas, probablemente a patadas. Escuchó a Vidal ordenarle a Garcés que volviera a la casa con él.

¡Bien! ¡Lárguense!, pensó Ferreiro cuando lo dejaron solo con el muchacho roto. *Antes de que los llame como lo que son, si es que existe un nombre para eso.*

—Hablé —murmuró Tarta—. No mucho. P-p-pero hablé.

El ojo visible del muchacho pedía perdón. Hizo jirones el corazón de Ferreiro como si se tratara de un pedazo de tela desgastada. Tanta oscuridad. Demasiada.

—Lo siento mucho, hijo —murmuró—. Lo siento muchísimo.

Los labios cubiertos en sangre intentaron nuevamente formar algunas palabras. La tortura no facilitaba las cosas, pero finalmente los sonidos surgieron de su boca.

—¡Máteme! —imploró el muchacho—. Máteme ya. Por favor.
Demasiado.

XXVIII

LA MAGIA NO EXISTE

Vidal había guardado en un cajón de su escritorio los frascos que había encontrado en el campamento del bosque. Cuando volvió a su habitación para compararlos con el que había sacado del maletín del doctor Ferreiro, no le sorprendió que fueran idénticos.

—¡Hijo de puta! —dijo con la respiración entrecortada.

Se había dejado engañar por el dulce semblante del buen doctor. Otro error. Pero esta vez se encargaría de arreglarlo.

Ferreiro seguía con Tarta cuando Vidal regresó los frascos al cajón de su escritorio.

El doctor estaba de rodillas junto a Tarta, sin saber que su traición había sido descubierta. El líquido con que había llenado una jeringa era tan dorado como la llave que Ofelia le había quitado al sapo. Tarta tenía cerrado el ojo, el que Vidal había dejado intacto, pero su boca estaba abierta. Cada respiro era un acto de valor, pues implicaba mucho dolor, y cuando Ferreiro dudó en introducir la jeringa, Tarta lo tomó del brazo con su mano buena para cerciorarse de que la aguja penetrara su piel. Levantó la cabeza para echar un último vistazo: el agradecimiento silencioso de un muchacho cuya vida había sido maldecida por una lengua que no le obedecía y que, al final, lo hizo traicionar a los únicos amigos que tuvo en la vida.

—Verás, esto te quitará el dolor —hablarle al muchacho como si se tratara de un paciente cualquiera le daba cierta paz a Ferreiro. Los ojos de Tarta estaban cerrados de nuevo y la sangre le goteaba del cabello negro sobre el rostro.

—Sí, ya casi se acaba —dijo el doctor suavemente.

Se lo dijo a sí mismo. La muerte ya había cubierto los hombros de Tarta con su capa de misericordia.



Vidal no comprendía a los hombres como Ferreiro. No le cabía la menor duda de que un hombre que ayudaba a los rebeldes mataría también a su hijo no nacido.

Ofelia estaba debajo de la cama de su madre revisando la mandrágora cuando Vidal subió corriendo las escaleras para cerciorarse de que su hijo siguiera con vida. Sus pasos apresurados llenaron el molino con el eco de su miedo, pero Ofelia no lo escuchaba. Estaba demasiado preocupada por la mandrágora; la raíz ya no se movía a pesar de que le había puesto leche fresca y agregado unas gotas de sangre.

—¿Estás enferma?

Se inclinó sobre el cuenco cuando de pronto sintió que alguien la tomaba de las piernas. Guantes. El Lobo la jaló con brusquedad de los tobillos y Ofelia, impotente, se sintió arrastrada de debajo de la cama.

—¿Qué hacías allí abajo? —tiró de ella y la sacudió con tanta violencia que Ofelia pudo saborear el odio como un brebaje venenoso en su boca.

Desde luego, encontró el cuenco. Olió la leche agria, que le provocó arcadas de asco.

—¿Qué diablos es esto?

Ofelia sólo sacudió la cabeza. No lo entendería.

Gritó cuando Vidal tomó la mandrágora; Ofelia intentó agarrar la raíz, pero él la mantenía lejos de su alcance; la leche le escurría por el brazo mientras mantenía aprisionada a Ofelia con la otra mano.

Los gritos de Ofelia despertaron a su madre.

—¿Qué haces? Ernesto, déjala —dijo su madre débilmente, apartando las mantas—. ¡Déjala en paz, por favor!

El Lobo le puso la mandrágora goteante frente al rostro.

—¡Mira esto! —la leche salpicó el camisón de Carmen cuando el Lobo le puso la raíz en las manos—. ¿Qué te parece, eh? ¡La tenía bajo tu cama!

Ofelia no se atrevió a mirar a su madre a los ojos. Estaba pálida de repulsión.

—¡¿Ofelia?! —dijo, sus ojos suplicaban una explicación—. ¿Qué hacía esa cosa debajo de mi cama?

El Lobo caminó hacia la puerta, sus pasos tiesos de rabia.

—¡Es una raíz mágica! —dijo Ofelia llorando—. El fauno me la dio.

—Eso pasa porque la dejas leer toda esa basura —el Lobo estaba de pie junto a la puerta, pero Ofelia aún sentía el ardor de sus dedos alrededor de su brazo.

—¡Déjanos, por favor! ¡Hablaré con ella, mi amor!

Ofelia odiaba la ternura en la voz de su madre y su desesperación por complacer a un hombre que apenas la miraba.

Los niños se dan cuenta de esas cosas, ya que lo único que pueden hacer es observar y esconderse de las tormentas que crean los adultos. Las tormentas y los inviernos.

—Como quieras —dijo Vidal, recordándose a sí mismo que había asuntos más importantes que atender, no a una viuda solitaria que consentía a su hija. Las cosas cambiarían tan pronto naciera su hijo.

Ofelia estaba temblando cuando Vidal finalmente la dejó a solas con su madre. Tanta ira, primero la del fauno y ahora la del Lobo. No sabía a quién le temía más.

—¡Me dijiste que te pondrías bien! —lloraba—. ¡Y mejoraste!

—¡Ofelia! —su madre puso la mandrágora en la cama y acarició el rostro de su hija—. ¡Tienes que escuchar a tu padre! ¡Todo esto tiene que acabar!

Padre. Era tan difícil no odiarla por llamarlo así, y por ser tan débil para protegerla. Ofelia la rodeó con los brazos y presionó su rostro contra su hombro. El camisón de su madre olía al lugar que solía llamar hogar, donde se había sentido a salvo y feliz.

—¡Por favor, sácame de aquí! —suplicó—. ¡Sólo vámonos, por favor! ¡Por favor! —pero esas eran las palabras incorrectas.

Su madre se zafó de su abrazo.

—Las cosas no son tan sencillas, Ofelia —esta vez no había ternura en su voz. Era una voz dura e impaciente—. Te estás haciendo mayor. Pronto comprenderás que la vida no se parece a tus cuentos de hadas —tomó la mandrágora y se dirigió a la chimenea con pasos dolorosamente lentos—. El mundo es un lugar cruel, Ofelia. Y tienes que entenderlo, aunque duela.

Luego arrojó la mandrágora al fuego.

—¡No! —Ofelia intentó alcanzar la raíz que se retorcía, pero su madre la tomó de los hombros.

—¡Ofelia! ¡La magia no existe! —su voz estaba ronca de agotamiento y rabia por todos los sueños que nunca se hicieron realidad—. ¡Ni para ti ni para mí! ¡Para nadie!

Un agudo chillido se alzó desde el fuego. Era la mandrágora que ardía, se retorcía de dolor y gritaba como un recién nacido mientras las llamas devoraban sus pálidas extremidades.

Carmen volteó hacia el fuego y, por un momento, Ofelia habría jurado que su madre presenciaba la magia ante sus ojos: que escuchaba los gritos, que veía la raíz retorcerse...

Pero de pronto perdió el aliento y se agarró del estribo de la cama. Sus piernas se vencieron y cayó al suelo, con los ojos como platos de pánico e incredulidad, mientras la mandrágora seguía chillando entre las llamas.

Sangre. La sangre brotaba de entre las piernas de Carmen y manchaba su piel, su camisón, el suelo.

—¡Mamá! —Ofelia se arrodilló a su lado—. ¡Auxilio! —gritó—. ¡Auxilio!

Abajo, en la cocina, las criadas dejaron sus cuchillos. Todas estaban preocupadas por la madre de Ofelia y su hijo no nacido. El doctor los ayudaría. Pudieron adivinar el mismo pensamiento en los rostros de las demás.

Pero el doctor Ferreiro estaba en el granero, arrodillado junto a un muchacho muerto, con una jeringa vacía en la mano.

XXIX

UN HOMBRE DIFERENTE

Ferreiro se incorporó cuando escuchó los pasos que se aproximaban en la lluvia. Garcés fue el primero en entrar al granero: era corpulento, de piel gruesa y podía mantener cómodamente el dolor de los otros lejos de su propio corazón. Observó al muchacho torturado, cuyo rostro desfigurado yacía calmo y en paz desde la muerte, mientras los otros soldados se reunían frente a las puertas del granero, guareciéndose de la lluvia bajo sus sombrillas, artilugios extrañamente inofensivos en contraste con sus uniformes.

Vidal fue el último en llegar. Se arrodilló junto a Tarta para escudriñar el cadáver mientras el doctor Ferreiro volvía a guardar la jeringa en su maletín y lo cerraba con la calma de un hombre que ha hecho su deber.

—¿Por qué lo hizo? —Vidal se puso de pie.

—Era lo único que podía hacer.

—¿Qué quiere decir? —había un dejo de sorpresa en la voz de Vidal. Estupefacción, curiosidad... — ¡Pudo haberme obedecido!

Caminó hacia Ferreiro con la lentitud de un depredador que acecha a su presa, y se detuvo justo frente a él. No era fácil mirarlo. Pero existen muchos tipos de valentía. Ferreiro había temido a ese hombre durante tanto tiempo —había sido testigo de sus carnicerías y sanado las heridas que infligía—, que se sentía aliviado de ya no tener que fingir que estaba de su lado.

—Sí, es verdad, pude haberlo obedecido —dijo tranquilo—. Pero no lo hice.

Vidal lo examinó como si se tratara de un animal extraño que nunca hubiera visto.

—Hubiera sido mejor para usted. Lo sabe. ¿Por qué me desobedeció?

Había casi un rastro de miedo en su voz y en la forma en que apretaba sus delgados labios. En su reino de oscuridad, todos se rendían ante el miedo: ¿qué pasaba con ese hombrecito blando de anteojos, que apenas se atrevía a hablar en su presencia?

—Obedecer... —Ferreiro escogió sus palabras cuidadosamente— sólo porque sí, sólo por obedecer, sin cuestionar..., eso es algo que sólo la gente como usted puede hacer, capitán.

Se dio la vuelta para recoger su maletín, luego salió para enfrentarse a la lluvia. Desde luego sabía lo que le iba a pasar, pero, ¿por qué no regalarse ese momento, el momento de liberarse, al fin, del miedo? Sintió la lluvia helada sobre el rostro a medida que se alejaba del granero. Pasos tan preciados, tan libres, tan pacíficos.

Miró sobre su hombro justo cuando Vidal salió del granero con el paso rápido y determinado del cazador. Ferreiro no volteó ni se detuvo cuando Vidal sacó su pistola. Siguió caminando. Cuando la primera bala le dio en la espalda, se quitó los lentes y se frotó los ojos, aunque sabía que la niebla que los empañaba era el aliento de la muerte. Dos pasos más. Luego sus piernas se vencieron y sólo quedaron el lodo y la lluvia. Ferreiro escuchaba su propia respiración. Tenía frío. Mucho frío. Ningún recuerdo vino a su mente, ninguna palabra de aliento. Por alguna inexplicable razón, lo único que notó fue una araña escondida entre las piedras en una pared a escasos metros de él. El animalillo apareció ante sus ojos como un milagro: podía ver cada articulación, cada folículo y cada bulto quitinoso. La arquitectura de la araña, su gracia, belleza y apetito, todo se conjugaba en una sola cosa: la última criatura viva. Ferreiro inhaló y tragó agua lodosa. Trató de toser, pero al intentarlo, su corazón se detuvo.

Un tiro limpio.

Vidal se acercó al cuerpo extendido y destrozó los lentes junto a él con la suela de su bota. Todavía no entendía por qué el imbécil no lo había obedecido, pero se sentía extrañamente aliviado de que el buen doctor estuviera muerto y de no tener que mirarse nunca más en esos ojos lánguidos y demasiado pensativos.

—¡Capitán!

Dos de las criadas estaban de pie frente al granero, con los rostros pálidos de preocupación. Vidal metió de nuevo la pistola en la funda. Apenas comprendía lo que decían. Su esposa no estaba bien, eso es lo que finalmente extrajo de su temeroso parloteo, y que su hijo venía en camino, mientras el doctor que debía ayudar con el alumbramiento yacía muerto en el suelo lodoso detrás de él.





Hay en Galicia un bosque tan antiguo que algunos de los árboles recuerdan un tiempo en que los animales adquirían forma humana y a los humanos les crecían alas y pelaje. Algunos hombres —susurran los árboles— incluso se convirtieron en roble y haya y laurel y clavaron sus raíces tan profundamente en el suelo que hasta olvidaron su nombre. Hay una hoguera en especial cuya historia gustan de contar los otros cuando el viento hace murmurar sus hojas. Está en una colina en el corazón del desierto. Es fácil reconocerla, pues las dos ramas principales se doblan como los cuernos de un chivo y el tronco está partido a la mitad, como si diera a luz a algo que crece bajo su corteza.

¡Sí! susurra el bosque. Esa es la razón por la cual el tronco tiene una abertura como una herida. Este árbol sí dio a luz, pues alguna vez fue una mujer que bailaba y cantaba bajo las copas de mis árboles. Arrancaba mis moras y trenzaba su cabello con mis flores. Pero un día conoció a un fauno al que le gustaba tocar su flauta bajo mis árboles a la luz de la luna. Había hecho la flauta con los huesos de los dedos de un ogro, y sus melodías versaban sobre el oscuro reino subterráneo del que provenía, muy distinto de la luz que la mujer llevaba en su interior.

Todo esto es cierto y, a pesar de todo, la mujer se enamoró del fauno. Era un amor profundo como un pozo del cual resultaba imposible escapar, y el fauno la correspondía. Sin embargo, cuando por fin la invitó a acompañarlo a su mundo subterráneo, ella se sintió aterrada ante la idea de pasar el resto de su vida sin poder ver jamás las estrellas ni sentir el viento sobre su piel. Así que decidió quedarse y verlo partir. No obstante, el amor que sentía la invadió de una añoranza tal que de sus pies brotaron raíces para seguir a su amado hasta el subsuelo, mientras que sus brazos trataban de alcanzar el cielo y las estrellas que prefirió en vez de él.

¡Ay, qué congoja sintió! Su suave piel se convirtió en corteza. Sus suspiros se volvieron el susurro del viento entre un millar de hojas, y cuando el fauno regresó una noche de luna para tocarle la flauta a su amada, lo único que encontró fue un árbol que murmuraba el nombre que sólo le había revelado a ella.

El fauno se sentó entre las raíces del árbol y sintió el rocío de sus propias lágrimas sobre el rostro. Las ramas bajo las cuales se encontraba le ofrecían flores, pero su amada ya no podía abrazarlo ni besar sus labios. Sintió tal dolor en su corazón salvaje y temerario, que al acariciar el árbol, su propia piel, otrora cubierta por un sedoso pelaje, se hizo tan áspera y leñosa como la corteza de su amor perdido.

El fauno se sentó bajo el árbol toda la noche hasta que asomó el sol y lo obligó a partir. Su luz brillante jamás le había sentado bien, y cuando regresó al sombrío útero de la tierra, el árbol, en su tristeza, dobló sus ramas hasta parecerse a la cornuda cabeza de su amado.

Ocho meses después, en una noche de luna llena, el tronco del árbol se abrió con un suave gemido y un niño emergió de él. El pequeño tenía la belleza de su madre, mientras que los cuernos sobre su cabello verde y las pezuñas en sus esbeltas piernas delataban la herencia de su padre. Saltó de gusto y bailó cuesta abajo en la colina, tal como su madre alguna vez lo hiciera bajo los árboles, y confeccionó una flauta de huesos de pájaro para llenar el bosque con una canción sobre el amor y la pérdida.

Deabajo, en lo más profundo de la tierra, donde instruía a una princesa sobre los quehaceres en la corte de sus padres, el fauno escuchó el sonido de la flauta. Se disculpó y se escabulló rápidamente a través de pasadizos secretos que sólo él conocía y que desembocaban en el Reino Superior. Pero cuando llegó, el sonido de la flauta ya no se escuchaba por ninguna parte, y lo único que encontró fue un camino de pequeñas pezuñas sobre el musgo húmedo, que la lluvia deslavaba después de unos pocos pasos de baile.

XXX

NO LA LASTIMES

Su madre seguía gritando. Ofelia estaba sentada en una banca que una de las criadas había colocado a la salida de la habitación de su madre, y podía escucharlo todo a través de la pared. El Lobo estaba sentado junto a ella, a sólo un brazo de distancia, mirando fijamente la barandilla de madera por la que ella alguna vez había observado a las criadas en la planta inferior. ¿Acaso él también sentía ganas de arrojarse por el barandal cada vez que su madre lanzaba uno de sus atormentados gritos?, se preguntaba Ofelia. ¿Y así hacer añicos su corazón adolorido contra las baldosas de piedra, con tal de aliviarse de todo el miedo y el dolor? Pero la vida es aún más fuerte que la muerte, de modo que Ofelia permaneció quieta en la banca junto al Lobo que había atraído a su madre a esa casa para hacerla gritar y sangrar.

Ofelia estaba segura de que todo habría salido bien si su madre no hubiera arrojado la mandrágora al fuego. O si Ofelia la hubiera escondido mejor. Y si se hubiera abstenido de comer las uvas del Hombre Pálido...

Otro grito.

¿Deseaba la muerte de su hermano por hacer tanto daño a su madre? No lo sabía. Ya no estaba segura de nada. Su corazón estaba demasiado adormecido por todo el miedo y el dolor. ¿Su hermano hacía gritar a su madre porque era tan cruel como su padre? No. Probablemente no podía evitarlo. Después de todo, nadie le había preguntado si quería nacer. Quizás era más feliz donde estaba antes. Quizá venía del mismo mundo al que el fauno decía que ella pertenecía. En ese caso, tendría que decirle a su hermano cuán difícil sería volver ahí.

Una de las criadas entró corriendo con una jarra de agua.

Vidal la siguió con los ojos.

Su hijo. Perdería a su hijo. No le importaba la mujer que gritaba en esa habitación. La mujer de un sastre... Malas decisiones a lo largo de toda su vida. Debió haber sabido que era demasiado débil para mantener a salvo a su hijo. Necesitaba a ese hijo.

En la alcoba detrás de él, Mercedes luchaba contra la muerte junto con el médico y otras criadas. Todo estaba pintado de sangre: las sábanas de la cama, las manos del médico, acostumbrado a los gritos de los soldados heridos pero no al dolor que causaba la vida al entrar en este mundo, y el camisón blanco que el padre de Ofelia había confeccionado para Carmen.

Mercedes se apartó de la cama.

Sangre... Parecía estar por todas partes. Para entonces, Mercedes ya sabía que Ferreiro yacía en el lodo, su sangre mezclándose con la lluvia; y sabía de Tarta, cuya sangre teñía la paja sobre el suelo del granero. Mercedes fue a cerrar la puerta a pesar de que la niña sentada afuera podía escuchar los gritos a través de la pared. Cuánta tristeza sentía por ella. El dolor de la niña la lastimaba mucho más que el de la madre.

Otro grito.

Ofelia lo sintió como un cuchillo que cortaba una rebanada de su corazón. Otra criada salió corriendo con un montón de sábanas empapadas en sangre. Y luego... los gritos y los quejidos se debilitaron..., se desvanecieron... y se detuvieron.

Un terrible silencio se filtró por las paredes e inundó el corredor.

Luego, el estridente llanto de un bebé lo rompió.

El médico salió de la habitación, con el delantal y las manos cubiertas en sangre. El Lobo se puso de pie.

—Su esposa está muerta.

El médico bajó la voz, pero Ofelia lo escuchó.

El mundo era tan duro e inhóspito como la banca sobre la cual estaba sentada, tan vacío como las paredes encaladas de su alrededor. Sintió las lágrimas como una lluvia helada sobre su rostro. Nunca antes había entendido lo que significaba estar sola, profunda y totalmente sola en el mundo.

De algún modo, Ofelia logró ponerse de pie y caminar lentamente sobre los tablones desgastados por los pasos de gente de otros tiempos hacia la habitación de su madre, donde lloraba el bebé. Los gritos del recién nacido semejaban los chillidos de la mandrágora. Sí. Quizá la magia sí existía después de todo. Por un momento, Ofelia llegó a pensar que su hermano la llamaba por su nombre, pero luego vio el rostro vacío de su madre. Sus ojos opacos, apagados como un espejo viejo.

No, no había magia en el mundo.

Enterraron a Carmen al día siguiente, justo detrás del molino. Era una mañana gris y, al pararse junto a la tumba, Ofelia sintió como si nunca hubiera tenido

madre. O que quizá simplemente se había escapado por el bosque. Ofelia no podía imaginarla en ese sencillo ataúd, construido apresuradamente con unos cuantos tablones de madera por un carpintero de una aldea cercana a quien el Lobo había llamado.

El cura era un viejecillo diminuto. Parecía el próximo en la lista de la Muerte.

—*Porque la esencia de su perdón radica en sus palabras y su misterio...*

Ofelia escuchaba las palabras, pero no tenían sentido. Estaba sola, completamente sola, pese a que Mercedes estaba de pie detrás de ella y a que ahora tenía un hermano. El Lobo lo cargaba en brazos. Un hijo... eso era todo lo que había necesitado de la madre de Ofelia.

El sacerdote seguía hablando, y Ofelia observaba fijamente el agujero que los soldados habían cavado en el suelo lodoso. Quizás era esto por lo que ella y su madre habían venido al molino: para encontrar su sepultura, para toparse nuevamente con la Muerte. No había escapatoria. La Muerte gobernaba en todas partes. ¿Cuándo se habría dado cuenta su madre, se preguntaba Ofelia, de que nunca saldría de ese lugar?

—*Porque Dios nos manda un mensaje, y es nuestra labor descifrarlo.*

Las palabras del cura sonaban a juicio tanto como las palabras que el fauno le había gritado en su arrebato de ira. Sí, su madre también había sido juzgada. Ofelia no podía quitarse eso de la cabeza mientras veía a su hermano dormido en los brazos de su padre. No quería mirarlos. Habían matado a su madre.

—*En la tumba se queda sólo una cáscara vacía y desprovista de sentido. Muy lejos de aquí está ya el alma en su gloria eterna ...*

Ofelia no quería lejos al alma de su madre, pero cuando volvió a su recámara, no pudo encontrarla ahí. Muy, muy lejos...

Algunos de sus libros de cuentos seguían en la mesita de noche, como si nada hubiera cambiado; como si aún tuviera madre.

Porque es en el dolor... la voz del cura susurraba en su cabeza, donde encontramos el significado de vida y el estado de gracia que perdemos al nacer. El frasco con las gotas que el doctor Ferreiro le había recetado a su madre para ayudarla a dormir también estaba en la mesita de noche. Ofelia lo acercó a la ventana y dejó que el líquido ámbar captara la poca luz que había esa mañana.

Dios, en Su sabiduría infinita, pone la solución en nuestras manos.

Ofelia puso el frasco en la maleta que Mercedes había empacado con las pocas pertenencias de su madre y recogió sus libros. Había otra maleta sobre

la mesa donde su madre solía tomar el té, y bajo la ventana se encontraba la silla de ruedas.

Porque es sólo en su ausencia física que el lugar que Él ocupa en nuestra alma se reafirma.

Mientras Ofelia observaba la silla vacía, dos cuervos pasaron volando por la ventana: tan hermosos, tan libres. ¿A dónde habría ido su madre? ¿Estaría con su padre ahora? ¿La perdonaría él por haber muerto mientras alumbraba al hijo de otro hombre?

Ofelia le dio la espalda a la ventana.

No. No había Dios. No había magia.

Sólo existía la muerte.

XXXI

EL GATO Y EL RATÓN

La noche había llegado, envolviendo los últimos restos del día en negros ropajes funerarios. Mercedes estaba en la habitación de Vidal, cargando al bebé, el bebé sin madre, deseando que el niño también se quedara sin padre, que nunca conociera al hombre que estaba reclinado sobre su mesa, indiferente e indolente frente a la muerte de su esposa. Mercedes nunca había conocido a su padre, pero observar a éste la hacía sentirse afortunada. ¿En qué tipo de hombre se convertiría su hijo bajo la influencia de tanta maldad?

Con mucho cuidado volvió a poner al bebé en la cuna y lo cubrió con una manta. Su padre sostenía uno de los discos que solía poner durante todo el día y hasta bien entrada la noche. Mercedes ahora escuchaba esa música hasta en sueños. Las manos de Vidal eran tan delicadas con los discos que uno podía incluso pensar que había usado otro par de manos para romper los huesos de Tarta y asesinar al doctor por la espalda. Mercedes extrañaba a Ferreiro. Era el único en quien había podido confiar en el molino.

—Conocías bien al doctor Ferreiro, ¿no es así, Mercedes?

Vidal limpió el disco con la manga de su uniforme, el uniforme que ella había tallado durante horas y horas para borrar la sangre.

No muestres miedo, Mercedes.

—Todos lo conocíamos, señor. Todos por aquí.

Él se limitó a mirarla. ¡Qué bien conocía sus juegos a estas alturas! *No muestres miedo, Mercedes.*

—El tartamudo habló de un informante —dijo con toda calma, como si conversaran sobre lo que cenarían esa noche—. Aquí en el granero. ¿Lo puedes creer? —sus brazos rozaron los suyos cuando pasó junto a ella—. En mi cara.

Mercedes se miró los pies. No los sentía. El miedo los adormecía. Vidal puso el disco en el fonógrafo.

No lo veas. Se dará cuenta, ¡lo sabrá!

El pánico envolvió su garganta, y por más que intentaba tragarse saliva, sentía el miedo como una cuerda que la estrangulaba. Detrás de ella, el bebé comenzó a emitir un quejido suave, casi ahogado, como si aún no supiera llorar.

—Mercedes, por favor —Vidal señaló la silla que estaba frente a la mesa.

Era muy difícil hacer que se movieran sus pies, aunque sabía que cualquier atisbo de duda la traicionaría. De cualquier forma, quizás era demasiado tarde. Quizá Tarta los había delatado a todos. Pobre, quebrado Tarta.

—¿Qué debes pensar de mí? —Vidal llenó un vaso con el brandy que guardaba en el último cajón. El gato jugaba con el ratón; Mercedes lo conocía demasiado bien como para fantasear sobre el resultado de este juego. El miedo le llenaba la garganta de vidrio roto mientras se sentaba de perfil para no tener que encarar a Vidal. Y para mantener la ilusión de que en algún momento podría ponerse de pie y echarse a correr.

—Debes pensar que soy un monstruo —le ofreció el vaso.

¡Sí!, quería gritar. ¡Sí! Porque eso es lo que eres. Pero sus labios lograron decir las palabras que él con suerte, esperaba escuchar:

—No importa lo que piense alguien como yo, señor.

Tomó el vaso rápidamente, esperando que Vidal no reparara en su mano temblorosa. Él llenó otro vaso para sí mismo y se bebió el brandy de un trago. Mercedes seguía sin tocar el suyo. ¿Cómo podría beber con los vidrios en la garganta? *Lo sabe...*

—Quiero que me traigas más licor. Del granero —empujó el corcho al interior de la botella—. Por favor.

—Sí, señor —Mercedes dejó su vaso sin tocar en la mesa—. Buenas noches, señor.

Se puso de pie.

—Mercedes...

Pobre ratón. El gato siempre le da un momento de esperanza.

—¿No se te olvida algo?

—¿Señor? —se dio la vuelta lentamente: la mosca atrapada en el ámbar, la savia del árbol endureciéndose a su alrededor.

Vidal abrió el cajón superior de su escritorio.

—La llave —la sostuvo en el aire—. Yo tengo la única copia, ¿no?

El terror le tensó el cuello, pero logró asentir.

—Sí, señor.

Vidal se puso de pie, sopesando la llave en su mano mientras caminaba alrededor de la mesa.

—¿Sabes? Hay un detalle extraño que me molesta. Quizá no sea importante, pero... —se detuvo justo enfrente de ella—. El día que los rebeldes asaltaron el granero con todas esas granadas y esos explosivos... el candado no estaba forzado.

Devolverle la mirada requirió todo su valor. Todo.

—Como te decía —sus ojos eran tan negros como la boca de la pistola con que había matado a Ferreiro—, quizás no sea importante.

Envolvió los dedos de Mercedes en los suyos cuando le entregó la llave, los mismos dedos que habían quebrado los de Tarta con un martillo.

—Ten mucho cuidado.

Obviamente, el gato no quería que el juego terminara aún. ¿Por qué otra razón le daría una advertencia? Sí. Quería verla correr y dispararle por la espalda como a Ferreiro. O corretearla como a un ciervo luego de sacarla del matorral en el que se escondía.

Vidal le soltó la mano, con los ojos aún sobre ella.

—Buenas noches, señor —de nuevo se dio la vuelta, sorprendida de que sus piernas la obedecieran. *¡Camina, Mercedes!*

Vidal la observó partir. Todos los gatos disfrutan soltar al ratón. Por un rato. Después de que ha sentido sus garras.

Caminó hacia el fonógrafo y dejó caer la aguja sobre el disco. Podría haber bailado al ritmo de la música. Era apropiado, puesto que acababa de iniciar otro vals mortal y esta vez la presa era especialmente hermosa.

Vidal se acercó a la cuna y miró a su hijo.

La mujer que lo había engendrado también había sido hermosa, pero Mercedes era más fuerte. Lo que significaba que disfrutaría mucho más romperla a ella; sin duda sería mucho más entretenido que torturar al tartamudo o dispararle al noble idiota del doctor. Y ahora tenía un hijo. Alguien a quien mostrarle de qué se trataba la vida.

Le enseñaría esa danza cruel. Paso a paso.

XXXII

NO ES NADA

A pesar de que Mercedes anhelaba correr, bajó las escaleras caminando, tratando de no tropezarse con sus propios pies. El capitán no la siguió, aún no, pero no faltaba mucho.

Apartó una baldosa del suelo de la cocina y sacó el último puñado de cartas que le habían sido encomendadas para repartirlas entre los hombres en el bosque: misivas de madres, padres, hermanas, amantes. Una voz de mujer llegaba hasta la cocina desde la habitación de Vidal, cantando suavemente sobre el amor y sus tormentos. Era como si la hostigara con su música, y cada nota se sentía como la punta de un cuchillo presionado contra su cuello.

Lo sabe.

Sí, lo sabía, y ella terminaría como Ferreiro, con la cara en el lodo; aunque quizá Vidal preferiría que ella muriera bocarriba, como la madre de Ofelia, dándole otro hijo. Por un momento, Mercedes se detuvo en la oscura cocina, petrificada por la canción que descendía por las escaleras, como si sus dedos aún presionaran su mano, esos dedos asesinos manchados de sangre.

Vete, Mercedes. No puedes amarrarte con una canción. No. Pero no podía dejar a la niña. No sin despedirse.

Ofelia estaba profundamente dormida, aunque la noche apenas comenzaba, cuando Mercedes se deslizó al interior del ático, la misma noche del entierro de su madre. La pena agota el corazón. La música de Vidal ahogó el traicionero crujido de la puerta y el sonido de los pasos de Mercedes cuando se acercó a la cama. Por lo general le parecía que el molino estaba de parte de los soldados, pero a veces Mercedes encontraba en la vieja casa una amiga.

—¡Ofelia! ¡Ofelia! ¡Despierta!

Mercedes tomó a la niña del hombro sin apartar los ojos de la puerta.

—¡Ofelia! *Por favor, por favor, despierta...*

Los párpados de la niña, pesados de sueño, finalmente se abrieron. Mercedes se reclinó sobre ella, tomándola de la mano.

—Me voy, Ofelia.

Sus ojos se abrieron como platos, esos ojos tan hermosos, tan bellos como los de su madre. Pero la belleza era un regalo peligroso en este mundo.

—¿A dónde vas?

—No puedo decirte. No puedo.

Mercedes echó otra ojeada a la puerta. La música seguía colándose, como si Vidal tejiera su telaraña alrededor de la noche.

—¡Llévame contigo! —Ofelia la tomó del brazo—. ¡Por favor!

—¡No, no! —Mercedes susurró, acariciando su rostro asustado—. ¡No puedo!

La niña le rodeó el cuello con los brazos. Era demasiado joven para estar sola en el mundo, demasiado joven.

Mercedes besó su cabello, tan negro como el suyo, y la abrazó como alguna vez deseó abrazar a una hija propia.

—¡No puedo, mi niña! Volveré por ti, lo prometo.

Pero Ofelia no la soltó. La abrazó con tanta fuerza que Mercedes pudo sentir los latidos de su corazón.

—¡Llévame contigo! —imploró—. ¡Llévame contigo! —exclamó una y otra vez.

¿Cómo podía alguien negarse en vista de tanta soledad?



Dando tumbos a través de la noche, siguieron el riachuelo, temblando bajo otra helada llovizna. La vieja sombrilla que llevaba Mercedes apenas las protegía. En una ocasión creyó escuchar los pasos de Ferreiro detrás de ella, y tuvo que obligarse a recordar que estaba muerto, como Tarta y tantos otros. *Muerto*. ¿La palabra se volvía más o menos real cada vez que se asociaba con un ser querido?

—¡Espera! —Mercedes se detuvo, abrazando con firmeza los hombros de Ofelia.

Le pareció oír el relincho de un caballo, pero cuando se concentró para escuchar los sonidos nocturnos, lo único que distinguió fue el ruido de la lluvia tamborileando sobre los árboles y goteando desde las hojas encima de ellas.

—¡No es nada! —susurró, abrazando con fuerza a Ofelia—. No te preocupes. Vamos.

Pero el juego había terminado.

Al darse la vuelta, con la sombrilla en el aire, Mercedes vio el rostro de Vidal. Garcés estaba detrás de él, y al menos veinte soldados más. ¿Cómo es que no los había escuchado? La noche está siempre del lado del cazador.

—Mercedes —Vidal convirtió su nombre en una pesada soga alrededor de su cuello. Dejó que su mirada recorriera su rostro, paralizado de terror, y luego miró a la niña.

—Ofelia.

No intentó disimular su odio.

Tomó a la niña del brazo y dejó que Garcés se ocupara de Mercedes.

La van a matar. Era lo único que pensaba Ofelia mientras el Lobo la arrastraba de vuelta al molino, a través del bosque, sobre el patio cubierto de lodo, donde su madre había muerto. *Van a matar a Mercedes como mataron a mi madre.*

El Lobo la condujo escaleras arriba con manos de hierro. Ordenó que uno de sus soldados vigilara la puerta antes de empujarla violentamente al interior de la habitación.

—¿Cuánto hace que sabes de ella?

Le dio una bofetada. El rostro de Ofelia seguía mojado por la lluvia, ¿o acaso eran lágrimas las que cubrían sus mejillas? No importaba. Las gotas de lluvia también eran lágrimas. El mundo entero lloraba.

—¿Cuánto hace que te ríes de mí, pequeña bruja?

El Lobo la sacudió y Ofelia percibió su deseo de hacerle más daño. Romperla. Rajarla como a uno de esos conejos que la cocinera preparaba para él y sus hombres. Finalmente la soltó profiriendo una terrible grosería y se quitó la gorra, respirando con pesadez, alisándose el pelo. Por primera vez había una grieta en su máscara, y eso asustó mucho más a Ofelia que la furia del fauno. El Lobo jamás perdonaría que hubiera visto su debilidad, así como jamás perdonaría que no le hubiera contado lo de Mercedes.

—¡Vigílala! —le gritó al soldado que estaba en la puerta—. Y si alguien intenta entrar —se puso la gorra nuevamente, alisándola, componiendo la máscara—, mátala primero.

La mejilla de Ofelia comenzó a arder como si la bofetada le hubiera partido la piel. Comenzó a llorar en cuanto el Lobo cerró la puerta, tantas lágrimas: por su madre, por Mercedes, por ella misma.

XXXIII

SÓLO UNA MUJER

Yahí estaba, atada a la viga manchada con la sangre de Tarta mientras afuera amanecía un nuevo día. Mercedes no miró a Garcés cuando le apretó las cuerdas y le amarró las manos frente al cuerpo, del mismo modo en que había atado las de Tarta.

Vidal se ocupaba en revisar su bolso. Se había quitado los guantes. Solía hacerlo cuando interrogaba a un prisionero: resultaba muy difícil limpiar la sangre de los guantes de piel. Mercedes lo sabía: lo había hecho ella misma varias veces.

—Chorizo... —arrojó al piso el fiambre—. Con esto no iban a alimentarse sólo tú y la niña, ¿cierto? Y desde luego que esto no lo robaste para la niña —olió un pequeño paquete—. Mi mejor tabaco. Debiste habérmelo pedido. Te lo habría dado, Mercedes.

Garcés sonreía mientras hacía otro nudo, al tiempo que su capitán revisaba las cartas que Mercedes iba a llevar a los hombres en el bosque.

—Quiero los nombres de quienes hayan escrito estas misivas. Los quiero para mañana —entregó las cartas a Garcés.

—Sí, capitán.

¿Por qué no había dejado las cartas? Todos los seres queridos contra quienes ahora se lanzarían los soldados... Nada lastimaría más a los hombres en el bosque. Todas esas palabras de amor se convertirían en armas contra aquellos a quienes pretendían reconfortar.

Mercedes trató de ahogar el llanto. La desesperación se le acumuló como agua envenenada en el corazón. El amor es una trampa tan terriblemente eficiente. Y la más cruel de todas las verdades sobre la guerra es que convierte al amor en un riesgo de muerte. *Mataremos a tu madre. Violaremos a tu hermana. Le romperemos los huesos a tu hermano ...*

Mercedes se recargó contra la madera astillada. ¿Qué más daba si la mataban ahora? Había temido este momento durante mucho tiempo. Su corazón estaba tan exhausto por todo el miedo que ya no sentía nada más que

arrepentimiento por haber llevado las cartas y compasión por aquellos que pronto oirían golpes a su puerta.

Vidal se desabotonó la camisa que ella le había lavado y planchado. ¿Cuántas veces había maldecido las manchas de sangre de alguna otra persona? Y su sangre, ¿se quedaría en las mangas, o Vidal se quitaría la camisa? Sí, piensa en lavar camisas, Mercedes. No le des tiempo a tu mente de pensar en lo que te hará.

—Puede irse, Garcés.

No sabía exactamente qué transmitía la mirada que le dirigió Garcés. A algunos soldados no les gustaba torturar a las mujeres. Su capitán no tenía ese escrúpulo. Sospechaba que lo disfrutaba aún más que romper a los hombres.

—¿Está seguro, capitán?

Mercedes no recordaba haber escuchado reír a Vidal antes.

—¡Por el amor de Dios! ¡Es sólo una mujer!

Mercedes miró fijamente los muros de madera del granero. Serían lo último que vería. Los flancos muertos de árboles, mientras el bosque vivo allá afuera estaba ya lejos de su alcance. Garcés cerró las puertas del granero tras de sí.

—Eso es lo que siempre pensaste. Esa es la razón por la que pude hacerlo tanto tiempo. Era invisible para ti.

Mercedes siguió observando la pared para que su captor no notara el miedo en sus ojos. Pero Vidal se acercó a ella y la tomó de la barbilla, forzándola a mirarlo a los ojos.

—Maldita sea. Descubriste mi debilidad: el orgullo —escudriñó su cara como si fuera un trozo de carne preciosa. Toda suya para hacerla sangrar—. Afortunadamente es la única que tengo.

Mentiroso. Mercedes sintió sus dedos presionándole las mejillas. Cuánto disfrutaba su indefensión, cómo gozaba al convertir su belleza en algo que pudiera poseer por medio de la destrucción.

—Y ahora encontraremos tu debilidad.

Vidal le soltó la cara y caminó hacia la mesa donde tenía sus herramientas.

—Es muy sencillo —dijo, dándole la espalda mientras tomaba el martillo —. Por supuesto hablarás... —volvió a poner el martillo sobre la mesa, examinando las otras herramientas como si dudara de cuál usar—. Pero tengo que estar seguro de que todo lo que digas... —tomó un gancho de hierro, analizándolo con ternura—, sea verdad.

Sigue hablando, rogaba Mercedes, mientras sus dedos buscaban silenciosamente el cuchillo escondido en su delantal. ¿Tendría suficiente filo? ¿Lo necesario para cortar la cuerda en vez de picar cebollas y zanahorias?

—Sí, hablarás. Precisamente, aquí tenemos algunas cosas para ello.

Aún le daba la espalda. Mercedes estaba segura de que Tarta había escuchado el mismo discurso. A Vidal le encantaba vanagloriarse. Después de todo, un capitán desterrado a un molino olvidado en medio de un bosque gallego no tenía mucho que presumir más allá de su crueldad. ¿Orgullo? No, vanidad; *esa* era su debilidad: la urgencia de afirmarse constantemente, a sí mismo y frente a los demás, que nada ni nadie se le resistía y que su corazón no conocía ni el miedo ni la piedad. Mentirosa. Tenía miedo de todo. Especialmente de sí mismo.

Mercedes mantuvo la mirada en la espalda de Vidal mientras cortaba las fibras de la soga.

—No usamos nada especial..., no es necesario. Uno aprende sobre estas cosas en el trabajo.

Oh, sí, le encantaba el sonido de su propia voz. Le enorgullecía el hecho de que podía guardar la calma incluso cuando su corazón latía a toda velocidad, de ira o emoción. Mercedes estaba segura de que latía más rápido ante la posibilidad de que él usara ese martillo en un rostro que miraba tan a menudo, sobre las manos que Vidal tocaba tan casualmente cuando ella se acercaba. Invisible. Sí. Mercedes, hermana de Pedro y de otra hermana que había muerto demasiado joven, hija de padres muertos hacía tanto tiempo... Su yo verdadero había sido invisible para él. Pero Vidal siempre había sido consciente de la belleza de su cuerpo.

Ahí estaba. Sintió el filo del cuchillo contra su piel. Sus manos estaban libres. Pero había más cosas que cortar.

—Para empezar... —Vidal levantó un par de pinzas—. Sí, creo que estas servirán... —aún no se daba la vuelta.

En silencio, Mercedes se aflojó la soga de las piernas. Sus pies se hundieron en la paja mientras avanzaba de puntitas hacia su captor.

Le enterró el cuchillo en la espalda a través de la camisa blanca. Usó toda la fuerza que le quedaba, pero la pequeña navaja era corta, y la carne y los músculos no se cortan tan fácilmente como las fibras de una cuerda. Vidal lanzó un quejido y se tocó la herida, a la vez que Mercedes se echó para atrás, tratando de recobrar el aliento. Nunca antes había apuñalado a nadie y sentía su arma tan frágil como su cuerpo.

Cuán abiertos de estupefacción estaban los ojos de Vidal cuando finalmente volteó para encararla. Sólo una mujer. Esta vez, Mercedes le clavó el cuchillo en el pecho. Él se derrumbó cuando ella extrajo la daga, pero la había enterrado bajo el hombro, muy arriba del corazón —si es que tenía uno —, y la hoja era demasiado corta. Mercedes volvió a clavarle el cuchillo, aunque los dedos se le resbalaban con la sangre. Esta vez el cuchillo cayó entre sus labios abiertos, y Mercedes apoyó la hoja en la comisura de su boca.

—¿Lo ves? No soy un viejo, hijo de puta —le dijo entre dientes—. Ni un prisionero herido.

Le rajó la mejilla con el cuchillo. Entonces, lo miró: de rodillas, presionando la mano contra su boca sangrante.

—No te atrevas a tocar a la niña —apenas reconocía su propia voz—. No serás el primer cerdo que haya destripado.

Sus rodillas hablaban otro idioma. Todo su miedo parecía haberse concentrado ahí, pero Mercedes logró llegar a la puerta del granero y abrirla. Ni siquiera se percató de que aún tenía el cuchillo ensangrentado en la mano cuando salió del granero. Logró esconderlo nuevamente en su delantal y comenzó a caminar. Pasó por donde estaban los soldados en el patio. Ninguno le puso atención.

Invisible.

Sólo uno volteó a verla. Un oficial. Serrano. La miró fijamente, pero ella siguió caminando. Se escuchaba la radio frente a los establos, anunciaba los números ganadores de la lotería en la que la cocinera siempre gastaba su dinero.

Sigue caminando.

—Oye, ¿viste eso? —dijo Serrano a Garcés, quien fruncía el ceño, decepcionado, mientras observaba el billete de lotería que había recogido del campamento de los rebeldes en el bosque—. ¿Puedes creerlo? —el rostro de Serrano estaba pálido de asombro—. La dejó ir.

Señaló a Mercedes. Garcés estrujó el billete de lotería en su mano y lo arrojó al piso.

—¿De qué hablas?

Mercedes apretó el paso. Sintió la mirada de Garcés sobre su espalda. Quizá no disfrutaba la tortura tanto como su capitán, pero sin duda matar no le molestaba.

—¡Oye! —le gritó—. ¡Tú! ¡Detente!

Mercedes se echó a correr.

Oh, esto era fácil.

Garcés sacó la pistola de su funda.

Mucho más sencillo que darle con un martillo a un prisionero atado.

Apuntó tan cuidadosamente como el padre de Ofelia ponía el hilo en el ojo de una aguja.

—¡Ve por ella, Garcés!

Pero Garcés se había olvidado ya de Mercedes. Bajó la pistola y observó a su capitán que salía tambaleándose del granero como un borracho, con la camisa cubierta de sangre y una mano presionada contra la boca.

—¡Vamos! —era difícil comprender lo que decía Vidal con la mano sobre la boca—. ¡Tráiganmela!

Garcés no se movió. Sólo observaba la sangre que escurría entre los dedos de Vidal.

—Capitán, ¿qué...?

—¡Tráiganmela, maldita sea!

Esta vez retiró la mano. La abertura de la boca que le gritaba a Garcés se extendía hasta la mejilla izquierda. No era fácil apartar la mirada de esa enorme mueca sangrienta, pero Garcés finalmente logró hacerlo.

—¡A los caballos! —gritó a sus soldados.

Mercedes apenas había llegado a los árboles cuando escuchó la orden de Garcés. *¿Por qué no lo mataste cuando tuviste la oportunidad?*, se preguntó al voltear a ver a Vidal. Si su cuchillo hubiera sido mejor, lo habría hecho. Sí, lo habría hecho. Avanzó trastabillando entre los helechos mojados, cuyas frondas le rozaban la piel y la ropa. Mercedes no había corrido así desde que era niña, y en aquel entonces lo había hecho por puro placer. Placer. *¿Cómo se sentía eso? No lo recordaba...*

Pronto tuvo que apoyarse en un árbol para recuperar el aliento, pese a que escuchó los bufidos de los caballos detrás de ella, sus cascos pisoteando los helechos, sus jinetes gritando. Tantos hombres cada vez más cerca, mientras ella seguía tropezando contra rocas y helechos.

Un claro se abrió entre los árboles. Pinos muy altos formaban un amplio círculo como si se hubieran reunido ahí para verla morir. Los soldados rodearon a Mercedes con sus caballos cuando ella apenas iba a la mitad del claro. Su cabello estaba suelto y se sintió tan pequeña y vulnerable como una niña.

Garcés le sonrió y la miró con una mezcla de burla y admiración. Todas las mujeres eran presas para ellos. *Mírala*, decían los ojos de Garcés. *Demasiado bella para ser una criada*. Tranquilizó a su caballo, acariciándole

el cuello como si fuera el de ella. Se tomó su tiempo para desmontar. Lo disfrutaba. La diversión apenas comenzaba.

—Shhh —dijo, caminando hacia ella, levantando las manos como si calmara a un bebé. Mercedes siempre pensó que Garcés era menos cruel que Vidal, pero, ¿eso qué importaba ahora? Era uno de ellos. Buscó su cuchillo. La hoja seguía teñida de rojo con la sangre del capitán cuando la apuntó hacia él. Garcés se quitó la gorra del uniforme. Conservaba la sonrisa, como si la cortejara—. ¿Vas a apuñalarme *a mí*? ¿Con ese cuchillito?

Oh, cómo deseó Mercedes ser un hombre.

—Será mejor para ti si vienes con nosotros sin oponer resistencia. El capitán dice que si te portas bien... —cómo la voz de un hombre se convertía en ronroneo cuando cazaba a una mujer.

Mercedes presionó el filo contra su propia garganta. Tarta no había tenido esa opción. Pobre Tarta.

—No seas tonta, cariño —Garcés dio un paso hacia ella.

Mercedes presionó el cuchillo tan firmemente contra su garganta que el filo pinchó su piel. Garcés siguió caminando.

—Si alguien va a matarte —ronroneó—, entonces seré yo.

Seguía sonriéndole cuando murió.

La bala le dio en la espalda. Los otros trataron de escapar, pero cayeron uno a uno. Mercedes seguía presionando el cuchillo contra su garganta. Sus oídos estaban ensordecidos por los disparos y los gritos cuando finalmente bajó la guardia. A su alrededor, los caballos asustados resbalaban en la hierba, tirando a los jinetes a sus pies, y el claro estaba cubierto de cuerpos de hombres moribundos.

Mercedes no sabía si algunos soldados lograron escapar. De ser así, no habrían sido muchos. Sólo vio algunos caballos galopando hacia el bosque, salvajes y libres por primera vez en su vida. Y ahí estaba Pedro. Cuando su hermano caminó hacia ella, seguido por sus hombres, parecía como si hubieran salido de un sueño, un sueño bueno, para variar. La abrazó y Mercedes se echó a llorar, apretándolo fuerte, sollozando en su hombro. No paraba de llorar, mientras sus hombres disparaban a los soldados que aún se movían entre los helechos.

Disparos y lágrimas..., los sonidos del mundo. Debía haber algo más que eso, pero a Mercedes ya se le había olvidado. Abrazó a Pedro y sintió como si nunca hubiera parado de llorar.



Alguna vez vivió en La Coruña un joven sastre llamado Mateo Hilodoro, a quien estaba felizmente casado con Carmen Cardoso, la mujer que amaba desde su juventud. Se sintió el hombre más afortunado del mundo cuando nació su hija, a quien amaba tanto como a su esposa. La llamaron Ofelia. Mateo confeccionaba toda su ropa y cosía también vestidos para sus muñecas, copiando los atuendos que vestían las princesas en los cuentos de hadas que leía su hija.

Mateo Hilodoro era sin duda un hombre muy dichoso. Pero la noche del cumpleaños de Ofelia, su mano arrojó la sombra de una calavera sobre el lino verde que cortaba para hacerle un vestido nuevo. Hilodoro se apartó rápidamente de su mesa de trabajo para encontrarse con la Muerte, que estaba de pie detrás de él. Su rostro era tan blanco como su vestido.

—Mateo —dijo—. Tu tiempo ha terminado. La soberana del Reino Subterráneo necesita un sastre, y te ha elegido a ti.

—¡Dile que soy malo! —suplicó—. ¡Dile que mis manos tiemblan y que mis costuras se deshacen a los pocos días!

La muerte sacudió la cabeza, aunque su cara pálida la traicionó con un gesto de compasión.

—Tus puntadas son más perfectas que la canción de un ruiseñor, Mateo —le dijo—. Y no puede existir tal perfección en este mundo.

—¡Si me llevas me cortaré los dedos! —exclamó el sastre—. ¿Y de qué le serviría entonces?

—No necesitarás este cuerpo en el lugar al que te llevo —dijo la Muerte—. Lo único que requerirás es tu oficio, y no puedes arrancarte eso, pues es tu misma esencia. Una llama inmortal, podríamos decir.

Hilodoro agachó la cabeza y maldijo el don que durante toda su vida había considerado una bendición. Sus lágrimas se derramaron sobre la tela que había estado cortando para el vestido nuevo de su hija. Ofelia se habría visto tan hermosa en él, con el cabello tan negro como el de su madre y sus ojos siempre tan abiertos y pensativos.

—¡Sólo déjame terminar este vestido! —suplicó—. Te prometo que una vez que haya hecho la última puntada, me iré contigo voluntariamente y

coseré los vestidos más hermosos para la soberana del Reino Subterráneo.

La Muerte suspiró. Estaba acostumbrada a que los hombres imploraran por más años o meses, a veces incluso horas. Siempre había algo pendiente, algo sin hacer, algo sin vivir. Los mortales no entienden que la vida no es un libro que cierras sólo cuando has leído la última página. No existe tal cosa en el Libro de la Vida, ya que la última página siempre es la primera de la historia siguiente. Pero el sastre la conmovió. Había tanto amor en él..., y bondad, una cualidad rara entre los hombres.

—Que así sea. Termina el vestido —dijo algo impaciente, sobre todo consigo misma, por ceder a sus plegarias—. Volveré.

Las manos de Hilodoro temblaban cuando volvió a la mesa de trabajo, y sus puntadas eran irregulares. Tuvo que deshacerlas, pues todas reflejaban su desesperanza del mismo modo en que alguna vez reflejaron su alegría. Mientras cortaba y arrancaba el hilo de la delicada tela, un pensamiento osado lo hizo levantar la cabeza.

¿Qué pasaría si no terminaba el vestido? ¿Si jamás lo acababa?

Comenzó a desvelarse todas las noches e ignoraba los ruegos de Carmen cuando le pedía que durmiera un poco, pues quería cerciorarse de que la Muerte creyera que trabajaba en el vestido noche y día. Por cada puntada que daba, deshacía otra en secreto, tan discretamente que esperaba que ni siquiera la Muerte se diera cuenta.

Seis semanas después, su mano nuevamente arrojó la sombra de un cráneo sobre el lino verde del vestido inconcluso. La Muerte estaba de pie tras él, pero esta vez portaba un vestido rojo.

—¡Mateo! —le dijo, con voz gélida como una tumba—. Termina el vestido antes de que salga el sol o me llevaré también a la niña para quien lo estás haciendo.

Hilodoro sintió cómo la aguja perforó su piel mientras hilvanaba, y una gota de sangre cayó sobre la manga que cosía. Su hija, Ofelia, siempre se preguntaría de dónde provenía esa mancha oscura.

—Terminaré antes de que salga el sol —susurró—. Lo juro. Pero por favor no toques a mi hija. Es muy joven.

—No puedo prometer eso —le respondió la Muerte—. Pero puedo hacerte otra promesa: si terminas el vestido esta noche, la envolveré con tu amor. Siempre que se lo ponga y mientras le quede, no vendré por ella.

XXXIV

UNA ÚLTIMA OPORTUNIDAD

Tap, tap, tap... el guardia iba y venía frente a la puerta de Ofelia, una y otra vez para mantenerse despierto. La ventana redonda, gemela de la luna llena durante el día, estaba oscurecida por la noche, que acabaría con toda esperanza de completar las tareas del fauno. Todo estaba perdido. Ofelia nunca sabría si lo que le había dicho era verdad, si aún existía un lugar al que pudiera volver y sentirse en casa.

Un lugar donde aún tuviera padre y madre.

Vigílala. Y si alguien intenta entrar, mátala primero.

¿Matarla? Había estado esperando que alguien lo hiciera desde que el Lobo se fue —sentada con su camisón en el piso, bajo el cual deambulaba el Hombre Pálido, recargada en la base de la cama—, esperando a que alguien entrara y le rajara la garganta.

Ofelia había colocado la maleta con las pertenencias de su madre junto a ella, con la esperanza de que le diera cierta paz, pero sólo le susurraba: *Se fue. Todos se fueron: tu madre, Mercedes, incluso el fauno te ha abandonado.* Era verdad. Lo único que quedaba era el viejo molino lleno de fantasmas y el hombre terrible que había matado a su madre y que asesinaría a Mercedes también. Sí, sin duda la mataría. Ofelia sólo se preguntaba si ya estaría muerta o si el Lobo se tomaría su tiempo con ella, como se decía que había hecho con el muchacho rebelde.

Más allá de los pasos del soldado que vigilaba la puerta del ático, escuchó a su hermano llorar desde el cubil del Lobo. Sonaba tan perdido y tan solo. Su llanto reflejaba el gemido del propio corazón de Ofelia, y tejió un vínculo entre ellos en mitad de la noche. No obstante, ella aún lo culpaba por la muerte de su madre.

Ofelia levantó la cabeza.

Había otro sonido: el murmullo de unas alas en forma de hojas marchitas.

El hada revoloteaba sobre ella, un recordatorio viviente de sus hermanas muertas y del fracaso de Ofelia. Aterrizó en su mano, tomándole uno de los

dedos. Pesaba menos que un pájaro, y el toque de sus manos delicadas llenó el corazón de Ofelia con luz y calor.

—He decidido daros una última oportunidad —el fauno apareció de entre las sombras, mostrando sus manos como si portaran un regalo precioso.

Ofelia se puso de pie.

—Una última oportunidad —los finos labios del fauno dibujaron una sonrisa indulgente.

Ofelia lo abrazó y presionó su rostro contra su largo y pálido cabello amarillo. Era como abrazar un árbol, y la risa del fauno era un manantial burbujeante que daba alegría a su corazón desesperado. Le acarició el cabello, apoyando la mejilla contra su cabeza, y entonces Ofelia se sintió a salvo a pesar del soldado a la puerta del ático, a pesar del Lobo, a pesar de la maleta con las ropas de su madre, ya sin dueña. El inmenso cuerpo del fauno la protegía de un mundo cada vez más lóbrego. Quizá podía confiar en él después de todo. ¿Quién más la ayudaría? No quedaba nadie.

—Sí, os doy una última oportunidad —le susurró el fauno al oído—. Pero, ¿prometéis hacer todo lo que os diga esta vez?

Dio un paso atrás, aún con las manos sobre los hombros de Ofelia, y la miró interrogante.

Ofelia asintió. Por supuesto. ¡Todo! Haría todo lo que pudiera con tal de que la protegiera del Lobo que la había arrastrado hasta ese cuarto como si fuera un conejo atrapado en el bosque.

—¿Todo? —el fauno se inclinó hasta que pudo mirarla directo a los ojos—. ¿Sin preguntas?

Le acarició el rostro con las garras y Ofelia volvió a asentir, aunque esta vez percibió la amenaza en su petición.

—Esta es vuestra ÚLTIMA oportunidad —el fauno enfatizó cada una de sus palabras.

Ofelia recordó las uvas en los platos dorados del Hombre Pálido. No. Esta vez sería más fuerte. Asintió.

—Entonces, escuchadme —el fauno le tocó juguetonamente la nariz con una de sus garras—. Id por vuestro hermano y llevadlo al laberinto tan pronto podáis, Alteza.

Esa era una petición que Ofelia no esperaba.

—¿Mi hermano?

No pudo evitar fruncir el ceño. *¿Qué te importa?*, se preguntó a sí misma. *Sí, parece que está tan solo como tú, pero es el hijo de su padre y tu madre seguiría viva de no ser por él*. Pero otra voz ya conocida en su interior le

susurró, y no era la primera vez: *No tuvo opción. Tuvo que venir al mundo a pesar de estar tan asustado como lo estás tú.*

—Sí —dijo el Fauno—. Lo necesitamos ya.

¿Para qué? ¡Oh, Ofelia!, solía decir su madre con un suspiro. *¡Demasiadas preguntas! ¿No puedes, por una vez, hacer lo que te digo?* ¿Cómo, si su corazón lanzaba esas preguntas con tanta insistencia?

—Pero... —dijo cautelosamente.

El dedo del fauno le indicó que guardara silencio, una débil advertencia.

—No más preguntas, tal como acordamos. ¿Sí?

¿Haréis todo lo que os pida? Todo... Ofelia respiró profundamente. La amenaza residía en esa palabra, pero ella no tenía alternativa, ¿o sí?

—Su puerta está cerrada.

Desde que nació su hijo, la habitación del Lobo siempre estaba cerrada.

—En ese caso —dijo el fauno con una sonrisa traviesa—, estoy seguro de que recordáis cómo abrir vuestra propia puerta.

La tiza que sacó del aire era tan blanca como la que le había dado para entrar a la guarida del Hombre Pálido.

XXXV

EL LOBO HERIDO

Vidal se enjuagaba la cara cortada frente al espejo cuando escuchó el ruido de cascos afuera. Dos de sus soldados habían logrado regresar del bosque, pero ninguno se atrevió a decirle al capitán que los otros yacían muertos en un claro entre los árboles, que su sangre goteaba de los helechos mientras Mercedes, quien lo había rajado como a un cerdo, estaba viva y libre.

Vidal examinó la sonrisa grotesca que Mercedes le había dejado. El cuchillo de cocina había cortado su piel con tanta eficacia como picaba vegetales. Al tratar de abrir la boca, una sacudida de dolor lo obligó a cerrar los ojos, pero seguía viendo a Mercedes con la delgada navaja que sobresalía de su mano como el aguijón de una avispa.

Una de las criadas había dejado sobre la mesa la curvada aguja de coser que había solicitado. Era probable que Mercedes hubiera cosido su ropa con ella. Vidal tomó la aguja y la enterró en su labio inferior. Cada puntada lo hacía doblarse de dolor, pero tiró del hilo negro a través de su carne una y otra vez para deshacerse de la sonrisa que hacía que su propia cara se burlara de él por lo imbécil que había sido.

Ofelia escuchaba sus quejidos a través de la puerta que la tiza del fauno había abierto en el suelo de su habitación. Podía incluso ver al Lobo parado frente al espejo, y justo debajo de ella, una escalera estaba apoyada contra unas cajas que acumulaban polvo en el fondo de la habitación. El fauno se había asegurado de que pudiera llegar fácilmente hasta la cuna de su hermano. Estaba a muy pocos pasos de ella y, aunque no podía verlo, escuchaba su débil llanto. Quizás estaba llamando a su madre. Su madre... ¡No pienses en ella, Ofelia! ¡Recuerda dónde estás!

Se puso los zapatos y se echó el oscuro abrigo de lana encima del camisón.

El Lobo no pareció escucharla mientras bajaba por las escaleras. Estaba de pie frente al espejo, dándole la espalda, gruñendo de dolor. Tenía sangre en

la camisa. Ofelia no sabía quién lo había herido, pero le estaba agradecida a quien se hubiera atrevido a atacarlo, aunque podía sentir su rabia. Tan pronto como tocó el suelo, corrió a esconderse debajo del escritorio del Lobo, en caso de que él se diera la vuelta.

Pero Vidal no volteó.

Estaba examinando el trabajo de hilo y aguja. Habían borrado la grotesca sonrisa que había trazado el cuchillo de cocina de Mercedes. Todo lo que el espejo mostraba era una delgada línea sangrienta, suturada con hilo negro, que corría del extremo izquierdo de su boca hasta lo alto de su mejilla. La cubrió con una venda e inspeccionó su rostro una última vez. Luego se dirigió al escritorio.

Ofelia no se atrevía a respirar. Pudo haberle tocado las piernas cuando se sirvió un vaso de brandy. Su hermano dejó escapar un débil chillido desde su cuna y el Lobo gimió de dolor cuando el licor se filtró a través del vendaje. Ofelia lo escuchó servirse otra copa y... ponerla sobre la mesa.

Ofelia sintió que las manos y los pies se le congelaban de miedo.

La tiza. ¿Dónde estaba la tiza del fauno?

La había dejado sobre los papeles de Vidal, en la mesa. Vidal la tomó y la hizo añicos entre sus dedos mientras examinaba la habitación en busca del intruso que la había dejado ahí.

Oh, ¡cuánto temía Ofelia que los latidos de su corazón la delataran!

Y quizá Vidal podía escucharlos.

Sacó su pistola, caminó alrededor de la mesa y echó una mirada debajo. Pero Ofelia había sido rápida. El Lobo no vio nada, y su hermano la ayudó al echarse a llorar. Vidal volvió a enfundar la pistola y se acercó a la cuna. Su hijo... ¿Controlaría los pensamientos de su hijo como su padre aún controlaba los suyos? ¿Anhelaría su hijo complacerlo incluso con su muerte?

—¡Capitán! Con su permiso.

No recordaba el nombre del soldado que entró a la habitación. Morían demasiado pronto.

—¿Qué?

Todos conocían cuán severo podía ser el castigo por interrumpir al capitán en su habitación.

—Serrano volvió. Está herido.

—¿Herido? —Vidal seguía inspeccionando la habitación.

Su hijo lloraba como si algo o alguien perturbara su sueño.

¡Por favor!, suplicaba Ofelia. Me vas a delatar, hermano. Pero la pila de bolsas de arpillería tras la que se había escondido la mantuvo a salvo de la mirada del Lobo, hasta que finalmente lo escuchó caminar hacia la puerta.

Ofelia no abandonó su escondite sino hasta que escuchó los pasos del Lobo bajando las escaleras. Había dejado el vaso de brandy medio vacío sobre la mesa. Le recordaba otros brebajes: los que el doctor Ferreiro preparaba para que su madre pudiera dormir. Metió la mano en el bolsillo. Sí, ahí estaba. El frasco de medicina que había tomado de la habitación de su madre. Puso unas cuantas gotas en el brandy, temerosa de que el Lobo percibiera el sabor si añadía demasiado. El doctor Ferreiro, su madre, su padre, Mercedes..., quizás todos la esperaban ya en el Reino Subterráneo del que hablaba el fauno.

Sólo tenía que hacer exactamente lo que el fauno le dijera y volvería a verlos a todos.

Otro chillido surgió de la cuna. Hermano. Nadie lo había nombrado aún. Como si su madre se hubiera llevado su nombre verdadero a la tumba. Ofelia recordaba cómo hablaba con él cuando estaba aún en su vientre. Le había advertido sobre este mundo. Sí, lo había hecho.

Se inclinó sobre la cuna y tomó al bebé en sus brazos. Era tan pequeño.

XXXVI

HERMANA Y HERMANO

Cómo lo observaron fijamente cuando entró al comedor. La gloria y la majestuosidad se habían esfumado. Era ahí donde por última vez se habían reunido para celebrar la victoria en el bosque. Vidal sentía el vendaje sangriento en la mejilla como un marcaje de hierro. Fracaso... grabado en su cara con un cuchillo de cocina.

Serrano estaba sentado en una silla junto a la chimenea, su corpulenta figura desinflada y encorvada.

—¿Dónde está Garcés?

Serrano sacudió la cabeza. Vidal se sentó en la silla junto a él.

—¿Cuántos eran?

—Por lo menos cincuenta. Sólo García y yo logramos escapar. El resto no lo logró —Serrano apenas podía mirarlo.

—Nuestros puestos de vigilancia tampoco responden —dijo el soldado que había transmitido la mala noticia a Vidal. Aún no recordaba su nombre.

—¿Cuántos hombres nos quedan?

—Veinte. Quizá menos.

Vidal buscó el reloj en su bolsillo, pero lo había dejado sobre el escritorio. No pudo evitar preguntarse si había anunciado la muerte inminente de su padre con un tictac más fuerte. Trató de burlarse del pensamiento con una sonrisa, pero el dolor que le causaba era otro recordatorio de cuán mal habían resultado las cosas.

Si no lograba atrapar a Mercedes, mataría a la niña.



Ofelia seguía de pie en la habitación de Vidal con su hermano en brazos. Tan pequeño, tan cálido, su rostro fresco y nuevo bajo el gorro que su madre había tejido para él. Sus ojos, claros y confiados, la miraban.

Hermana. Hermano.

Ofelia nunca había sido hermana antes, sólo una hija y una niña que había arruinado su nuevo vestido en el bosque y que aún no sabía lo que significaba la marca en forma de luna sobre su hombro izquierdo.

Hermana. La palabra lo cambiaba todo.

—Nos vamos —susurró al oído de su hermano—. Juntos. No tengas miedo.

Su hermano emitió un tímido gemido. *Todo esto es nuevo para mí*, Ofelia creyó oírlo decir. *Por favor protégeme, hermana.*

—Nada va a pasarte —lo apretó con firmeza contra su hombro.

Esa es una promesa tan difícil de cumplir.

Caminaba en dirección a la puerta cuando escuchó la voz de Vidal en las escaleras. Oh, ¿por qué no salió antes?

—Cuando regresen los demás, que se reporten de inmediato —la voz del Lobo estaba cerca. Demasiado cerca.

Ofelia se escondió detrás de la puerta. *¡No llores, hermano!*, rogó en silencio. *¡No nos delates!*, aunque no hubiera hecho caso cuando le imploró por la vida de su madre.

—Pide refuerzos por radio —escuchó decir al Lobo—. Ahora.

Y ahí estaba, de vuelta en la habitación. *Contén la respiración, Ofelia.*

El Lobo caminó hasta la mesa y se metió en el bolsillo el reloj que estaba junto al vaso. Luego se tomó el licor. Ofelia salió de detrás de la puerta justo cuando él volteó, dándole un buen trago al brandy. Su hermano dormía tranquilo en sus brazos, y la confianza que el bebé tuvo en ella hizo que fuera más fácil confiar en su suerte. Pero no duró. Ofelia apenas había cruzado la puerta abierta cuando una explosión sacudió los muros del molino. Provenía del patio. El brillo de las llamas rasgó el manto de la noche y pintó de rojo y blanco las paredes alrededor de Ofelia. El Lobo se dio la vuelta y la vio de pie en la entrada, petrificada como un venado perseguido, con su hijo en brazos.

—¡Déjalo! —su voz era un cuchillo, un martillo, una bala.

Ofelia le sostuvo la mirada y sacudió la cabeza. Fue lo único que atinó a hacer.

El Lobo dio un paso hacia ella pero de pronto tropezó, apenas manteniendo el equilibrio, y Ofelia mandó al doctor Ferreiro una oración de agradecimiento por protegerla de su asesino.

Luego se dio la vuelta y se echó a correr.

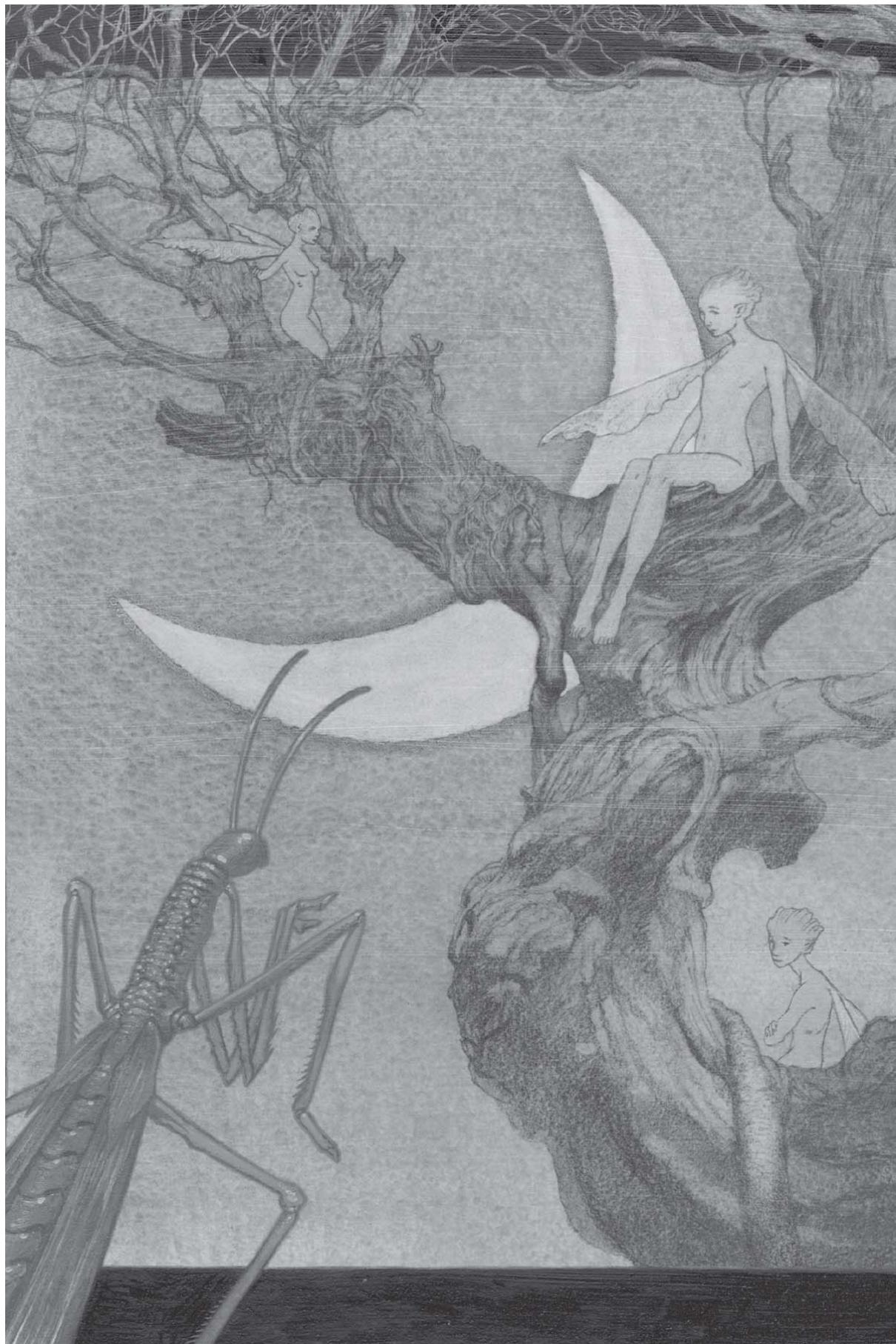
Vidal la siguió, pero apenas pudo cruzar la puerta. Su cabeza daba vueltas. ¿Qué ocurría? No sospechó del brandy: era demasiado orgulloso para

considerar la posibilidad de que una niña lo hubiera drogado. No, eran las heridas que le había infligido la otra bruja. La encontraría y la mataría también, pero primero la niña. Supo que le traería mala suerte desde el momento en que bajó de ese coche. Sus ojos eran como el bosque, su rostro lleno de silencio. Le urgía partirle el cuello.

Ofelia seguía en las escaleras cuando Vidal salió de la habitación, pero apenas pudo sacar la pistola, y la desgraciada salió por la puerta antes de que pudiera apuntar. Cuando finalmente logró bajar y salir de la casa, la vio perderse entre los árboles. ¿Por qué se había llevado a su hijo? ¿Lo llevaría a los rebeldes para que lo mataran en venganza por la muerte de su madre?

No. Los rebeldes ya habían llegado al molino. Los camiones y las carpas ardían, había humo y fuego por todas partes y hombres luchando, sus siluetas tan negras como recortadas en papel contra las rojas llamas que se dibujaban en la noche. Vidal debió matar a la niña. Y a Mercedes, pues había cumplido su promesa a Ofelia. Volvió por ella con su hermano y sus hombres. Pero cuando Mercedes y su hermano llegaron por fin a la habitación de Ofelia, estaba vacía.

Mercedes gritó el nombre de Ofelia pero no hubo respuesta. Lo único que encontraron fue su pálida chaqueta verde... y el contorno de una puerta, dibujado con tiza blanca sobre el piso.



Hubo una vez un noble que ordenó a cinco de sus soldados que arrestaran a una mujer llamada Rocío, a quien acusaba de ser bruja. Les dijo que la ahogaran en el estanque de un molino en lo profundo del viejo bosque donde vivía. Se requirieron dos hombres para hundirla en el agua helada y otro que la detuviera hasta cerciorarse de que ya no respirara. El nombre de ese soldado era Umberto Garcés.

Garcés había matado antes, pero su amo nunca le había ordenado matar a una mujer. La tarea era terrible, y al mismo tiempo lo excitaba, quizá porque la bruja era muy hermosa.

Por lo general, a Garcés no la molestaba tener que matar. Esa noche se sorprendió de no poder conciliar el sueño.

No pudo dormir en diez días, pues al momento de acostarse volvía a sentir el agua helada en la piel y veía el cabello de la bruja flotar en la superficie del estanque. Al asaltarlo las mismas visiones durante la undécima noche, Garcés bajó de la cama, ensilló su caballo y cabalgó a través del bosque iluminado por la luna hasta llegar al molino.

Garcés esperaba recobrar la paz al ver el agua del estanque tranquila y sin rastro del cuerpo de la bruja, como si jamás hubiera existido. Sin embargo, al acercarse al agua, deseó jamás haber regresado. El agua era negra como su pecado, y los árboles parecían susurrar su veredicto a la noche: *¡Asesino!*

Seguro era bruja. ¿No era ésa la prueba? ¡Aquellos sólo podía ser obra suya! Los árboles que susurraban, las visiones y las sensaciones que lo perseguían... Lo había maldecido. Habían hecho bien al matarla. ¡Muy bien!

Garcés expulsó la culpa de su corazón. Toda esa molestia, todo ese arrepentimiento; todo desapareció. Quizá debía convertirse en uno de esos cazadores de brujas que limpiaban el país. La Iglesia les pagaba muy bien y en vista de que ya había matado a una, suponía que la próxima vez sería más sencillo. Sí. Sería capaz de hacerlo otra vez. Y otra vez.

Se rio. Y se dio la vuelta para subirse al caballo.

Pero no pudo moverse.

El lodo atrapó sus botas tan firmemente como si las sujetara con dedos.

¡Maldita sea! Estaba seguro de que era ella.

—¡Lo haría otra vez! —gritó sobre el agua quieta—. ¿Me escuchas?

Sus botas comenzaron a hundirse en el lodo y sintió comezón en las manos. Las levantó a la altura del rostro: la piel estaba cubierta de verrugas y le crecían membranas entre los dedos, los mismos dedos con que había sujetado a la bruja.

Gritó de terror con tanta fuerza que el ruido despertó al molinero y a su esposa. No obstante, no se atrevieron a salir para averiguar de dónde provenía todo ese ruido.

Garcés volvió a gritar. La voz le había cambiado. Un ronco croar escapó de su garganta y su columna vertebral se retorció y se encorvó hasta que Garcés cayó de rodillas, clavando sus dedos membranosos en el lodo.

Luego saltó al estanque fangoso donde había ahogado a la bruja.

XXXVII

LA TAREA FINAL

Esta vez el hada no salió para guiar a Ofelia. Tuvo que abrirse paso ella sola en el laberinto. La última tarea siempre es la más difícil.

Las explosiones en el molino seguían atravesando el silencio de la noche y los pies descalzos le dolían por culpa de las piedras y las ortigas, pero su hermano dormía tranquilo en sus brazos, y un poco de esa paz se abrió camino hasta su corazón. Estaba segura de que el Lobo la seguía, aunque no podía verlo a través del humo proveniente del molino. Un lobo... No, él no era un lobo. Sus cuentos de hadas se equivocaban al otorgarle al mal la forma de una magnífica criatura salvaje. Tanto Ernesto Vidal como el Hombre Pálido eran seres humanos que se alimentaban de las almas y los corazones de otros porque habían perdido los propios.

Las paredes del laberinto recibieron a Ofelia como si se tratara de un viejo familiar, y pronto los círculos de piedra que la rodeaban a ella y a su hermano la hicieron sentir segura a pesar de su perseguidor. *No te encontrará aquí*, le pareció escuchar que susurraban las piedras. *Te esconderemos de él*.

Pero Vidal estaba muy cerca, lo suficiente como para ver a la niña cruzar el arco y adentrarse en el laberinto, pese a que seguía mareado por las gotas de Ferreiro. Ofelia era rápida y joven, pero cargaba a su hermano y el aire de la noche ayudaba a Vidal a aclarar su nublada cabeza. Rozaba el contorno del gatillo de la pistola con el dedo mientras daba de tumbos en los antiguos pasadizos, siguiendo el sonido de los pasos de Ofelia, al igual que un perro de caza sigue el olor de un ciervo. Pero cada vez que pensaba que estaba a punto de atraparla, había otro recodo, otro giro, otro muro... como si él fuera la presa en una trampa de la cual era imposible escapar.

¿Dónde estaba? Sacudiendo la cabeza para despejar la neblina, Vidal avanzó tambaleándose, una mano temblorosa en la pistola, la otra a tientas sobre las paredes marchitas. *¿Por qué había venido aquí, de todos los lugares posibles?* Hizo una pausa para recuperar el aliento y escuchó sus pasos. ¡Ahí

estaba! Tan ligera, tan rápida..., pero su respiración ya era pesada. No le extrañaba: llevaba a su hijo en brazos.

Ofelia podía escuchar los pasos de Vidal a sus espaldas, pero estaba segura de que el pozo y la escalera estaban cerca, muy cerca. A la vuelta de esa esquina. Dio la vuelta... y se encontró frente a una pared.

¡El camino equivocado! Había tomado el camino equivocado. Todo estaba perdido.

Pero el laberinto la había esperado durante mucho tiempo, y cuando Ofelia se giró para mirar, impotente, el corredor por el que había llegado, las piedras detrás de ella comenzaron a moverse. Miró por encima del hombro y vio que la pared que había estado bloqueando su camino se separaba: las raíces de los árboles, que se extendían por la abertura como si fueran garras de madera, le abrían un camino. Las raíces le rozaron los brazos y las piernas mientras se apresuraba a atravesar la grieta. Y allí estaba: el claro que había estado buscando, y en su centro, el pozo y la escalera que conducía a la caverna subterránea donde había visto al fauno por primera vez.

El muro se cerró detrás de Ofelia y su hermano en cuanto pasaron, y cuando Vidal llegó lo único que encontró fue roca sólida. Miró a su alrededor, desconcertado, con la camisa empapada de sangre de las heridas abiertas que le había infligido el cuchillo de Mercedes. Ofelia lo escuchó maldecir al otro lado de la pared de piedra. Apenas se atrevió a tomar aire, temerosa de que el muro se abriera y lo dejara pasar, pero las piedras no se movieron. Sus pasos se disolvieron y lo único que Ofelia percibió fueron los latidos del corazón de su hermano a través de la delgada tela de su camisón, y su cálido aliento en su hombro.

Paz.

Amor.

—Rápido, Alteza, dádmelo.

Ofelia se dio la vuelta.

El fauno estaba de pie al otro lado del pozo; la luna dibujaba de plata su silueta. Ofelia vacilaba entre más se acercaba él, más allá del muro de piedra plana que rodeaba el pozo.

—¡La luna llena está en lo alto del cielo, Alteza!

Ofelia jamás había visto al fauno tan animado.

—¡Podemos abrir el portal! —dijo, señalando el pozo.

En su otra mano tenía la daga del Hombre Pálido.

—¿Por qué tienes eso en la mano? —Ofelia sintió como si la cuchilla helada tocara su piel. El fauno ronroneó con suavidad.

—Ah, eso... —acarició la daga con dulzura—. Bueno... —su voz sonaba casual aunque apenada—. El portal sólo se abre si le ofrecemos la sangre de una criatura inocente. Sólo una gota de sangre —trató de suavizar la palabra *sangre*, restándole peso con un gesto de las manos—. Un pinchazo, ¡eso es todo! —añadió, jugando con la afilada punta de la daga sobre la palma de su mano—. Esta es... —dibujó un círculo completo en medio de la noche—, la tarea final.

Frío. Ofelia sentía mucho frío.

—¡Ahora, rápido! —el fauno señaló a su hermano, moviendo los dedos con la agitación de un enjambre de moscas—. ¡Démonos prisa! ¡La luna no esperará!

—¡No! —Ofelia dio un paso atrás y sacudió la cabeza, presionando al bebé con tanta fuerza sobre su pecho que por un momento le preocupó despertarlo. Sin embargo, permaneció tan tranquilamente dormido en sus brazos como si se tratara del lugar más seguro del mundo. El fauno se inclinó, con los ojos felinos entrecerrados de furia y amenaza.

—¡Prometisteis obedecerme! —mostró sus colmillos en un gruñido amenazante—. ¡Entregadme al niño! ¡En-tre-gád-me-lo!

—¡No! Mi hermano se queda conmigo —Ofelia le dirigió la mirada más firme de que fue capaz. Era lo único que podía hacer: contener al fauno con los ojos, hacerle ver que no cambiaría su respuesta, aunque su cuerpo entero estuviera temblando.

El fauno gruñó nuevamente. Esta vez, sin embargo, parecía sorprendido. Bajó la daga e inclinó la cabeza cornuda para mirarla.

—¿Renunciaríais a vuestros derechos sagrados por este mocoso que apenas conocéis?

—Sí —el rostro del fauno se nubló a causa de las lágrimas en los ojos de Ofelia. ¿Apenas surgían o habían estado allí desde la muerte de su padre? Ya no lo sabía—. Sí, renuncio —murmuró, presionando la mejilla contra la diminuta cabeza de su hermano, cálida bajo la gorra blanca que su madre tejió para él durante tantas noches.

—¿Renunciaríais a vuestro reino por él, que os ha causado tanta miseria? —esta vez el fauno no sonaba molesto en absoluto. Cada palabra sonaba como si anunciara ante el mundo la extraña decisión tomada por una niña llamada Ofelia—. Qué humillación —agregó, desafiándola una vez más.

—Sí, renuncio —repitió Ofelia.

Sí, *renuncio*... Ésas fueron las palabras que escuchó Vidal cuando finalmente llegó, tambaleándose, al claro. Quizá la voz de Ofelia le mostró el

camino, o tal vez fue el discurso furioso del fauno. O tal vez el laberinto sólo hubiera sido construido para eso: para que cada uno desempeñara su papel en una historia escrita mucho tiempo atrás.

Vidal no podía ver al fauno en absoluto. Quizá su propia oscuridad lo enceguecía frente a muchas cosas, o tal vez ya creía en demasiadas tonterías de adultos como para poder ver nada más. Poco importaba. Lo que importaba era que estaba a sólo unos pasos de la niña que parecía estar hablando sola.

—Sí, renuncio —dijo Ofelia una vez más, con la voz quebrada por el llanto. Se alejó de la daga, del pozo, del fauno, sin darse cuenta del hombre que estaba de pie unos pasos detrás.

—Como deseéis, Alteza —el fauno abrió las manos en un gesto de derrota, dibujando en la noche el futuro de Ofelia con las garras.

El fauno seguía difuminándose en las sombras cuando Ofelia sintió una mano que la tomaba del brazo. El Lobo estaba de pie tras ella; el vendaje en su rostro era una marca empapada de sangre. Le arrebató a su hermano de los brazos y lo examinó, como para cerciorarse de que la niña no le hubiera hecho daño.

¡Lo protegí!, quería gritar Ofelia. ¡El fauno quería su sangre! ¿No escuchaste? Pero cuando se dio la vuelta, el fauno se había ido; estaba sola de nuevo. Completamente sola, sin el calor de su hermano para reconfortarla.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Sus brazos se sentían tan vacíos y era tan terrible ver al niño en los brazos de su padre, que por un momento deseó habérselo dado al fauno. Pero, ¿qué más daba? Ambos eran monstruos sedientos de la sangre de otros.

Vidal dio un paso atrás, con el bebé en brazos. No hizo el más mínimo esfuerzo por apuntar.

Le disparó a Ofelia en el pecho sin siquiera levantar la mano.

La sangre se le extendió sobre el camisón como una flor que se abría, mientras Vidal enfundaba la pistola y se alejaba con su hermano.

Ofelia levantó la mano y observó la sangre que le corría por los dedos. Sus rodillas cedieron y cayó a un costado del pozo, con la mano presionada contra la herida que la bala había abierto, pero era demasiada sangre como para contenerla. Pintaba patrones rojos en su camisón y corría por su brazo, extendido con impotencia sobre el pozo. El aire que se elevaba desde la profundidad le enfriaba la piel, mientras la sangre continuaba goteando desde sus dedos hasta el útero de la tierra.

Ninguno de sus cuentos de hadas había terminado así. Su madre tenía razón: la magia no existía. Y ella había sido incapaz de salvar a su hermano.

Todo estaba perdido. Su respiración se aligeró. Se estremeció: el suelo estaba tan frío...

XXXVIII

EL NOMBRE DE SU PADRE

Vidal encontró la salida sin dificultad. El laberinto no hizo ningún esfuerzo por retenerlo. Había hecho lo que estaba predicho, pero no se suponía que el destino lo encontrara dentro de los interminables círculos. El mundo de afuera se encargaría de él.

Estaban esperándolo: Mercedes, su hermano Pedro y los hombres del bosque. Marcaban el final del camino de Vidal con sus cuerpos, parados uno al lado del otro afuera del laberinto, en un medio círculo que hacía eco del arco de piedra. Por fin, el momento había llegado; Vidal sintió que lo había vivido mil veces en sus sueños. El momento de probar que era hijo de su padre y de mostrarle a su propio hijo de qué se trataba la vida de un hombre.

Al dar el primer paso fuera del arco, Vidal devolvió una mirada hostil a los rebeldes, uno por uno, hasta que sus ojos se toparon con Mercedes. Ella no se movió mientras él se acercaba con su hijo. Pedro estaba a su lado. Vidal nunca supo que peleaba contra hermana y hermano. Entregó su hijo a la mujer que lo había cortado, pero no matado.

—Mi hijo —el mundo necesitaba escucharlo una vez más. Y el niño tenía que vivir, pues Vidal viviría a través de él, como lo había hecho su padre con él, cada vez que respirara.

Mercedes recibió al bebé. Por supuesto. Era una mujer, jamás dañaría a un niño, ni siquiera al de Vidal.

Despacio —como el ritual de su vida—, Vidal tomó el reloj de su bolsillo y lo acunó en las manos. *Por fin*, pensó. *El final glorioso*. Estaba listo para cruzar el umbral. A pesar de sus soldados muertos y el molino en llamas que enrojecía el cielo, no sentía miedo.

El espíritu de su padre lo llenaba. Lo completaba.

Mercedes dio un paso hacia atrás para reunirse con su hermano, cargando al bebé mientras Vidal observaba la carátula rota del reloj, cuyas manecillas contaban sus últimos momentos con la misma meticulosidad con que habían

contado los años desde la muerte de su padre. Aún podía escuchar el tictac, incluso después de cerrar los dedos sobre el reloj de plata.

Vidal carraspeó, tragándose el miedo cuando estaba a punto deemerger. No percibirían ni rastro de él en su tieso rostro.

—Díganle a mi hijo —inhaló profundamente. No era tan fácil como lo había imaginado cuando anhelaba este momento frente al espejo, jugando con la Muerte, navaja en mano—. Díganle a mi hijo a qué hora murió su padre. Díganle que yo...

—¡No! —interrumpió Mercedes, apretando al niño contra su pecho—. Jamás sabrá tu nombre.

La sangre huyó del rostro de Vidal. Por primera vez en su vida sintió terror. Este era el momento con que siempre había soñado, el que había ensayado frente al espejo todas las mañanas. Honor en la muerte. No podía estar saliendo tan mal, simplemente no podía ser así. Su mente iba a toda velocidad.

Pedro levantó su pistola y le disparó en la cara. La bala destrozó el pómulo de Vidal y cercenó el nervio óptico al pasar hacia el cerebro. Se alojó en la parte posterior del cráneo. La herida derramó una sola lágrima de sangre. Una herida tan insignificante, pero la muerte ya anidaba ahí.

Con un gruñido de arrepentimiento, Vidal se desplomó a los pies de los hombres que había venido a cazar. Y así, murió.

Su hijo comenzó a llorar en los brazos de Mercedes.



Hace tiempo, aunque no tanto, vivía un Devorador de Niños en un viejo bosque. Los aldeanos que recogían la madera seca para sobrevivir al invierno lo llamaban el Hombre Pálido. Sus víctimas eran tantas que sus nombres podían cubrir los muros de todas las salas que había construido en el subsuelo, debajo del bosque. Con sus huesos construyó muebles tan delicados como sus extremidades, y sus gritos se convirtieron en la música que acompañaba sus banquetes en la misma mesa donde había masacrado a tantos de ellos.

Los sinuosos pasillos de la guarida del Devorador de Niños habían sido diseñados para que la persecución fuera más placentera. Los niños podían ser increíblemente rápidos, como bien sabía el Hombre Pálido. Después de todo, él había sido humano alguna vez, pero sus infanticidios lo habían convertido en otra cosa, sin rostro ni edad, único en su especie.

La crueldad había sido su oficio desde que era niño. Incluso entonces, la gente lo llamaba Pálido, porque no le gustaba exponerse al sol, de modo que su piel era tan blanca como una luna acuosa. Primero practicó con insectos, luego con aves, luego con los gatos de su madre.

Mató a su primer niño cuando apenas tenía trece años: era su hermano menor, al que había amado y envidiado. Poco después de eso, trabajó para un cura de la Inquisición española, la espantosa herramienta de la Iglesia católica para perseguir y asesinar a todos aquellos que cuestionaban sus dogmas. El cura le enseñó a Pálido las cosas más intrigantes sobre la tortura y muchos métodos para matar, y después de tres años, las habilidades de Pálido habían sobrepasado las de su maestro, así que las practicó en él. Se comió el corazón del sacerdote mientras seguía latiendo, ya que había leído que la crueldad se multiplicaba al devorarla. Y en efecto, Pálido sintió una oscuridad aún más retorcida después de esa comida: su propia crueldad reforzada por el fanatismo y el fervor misionero del sacerdote.

Una noche, después de superarse a sí mismo con una víctima, los ojos de Pálido no pudieron soportar seguir presenciando sus fechorías. Sus globos oculares cayeron de sus cuencas como fruta madura, y el Hombre Pálido escarbó huecos en las palmas de sus manos para poder llevar ahí sus ojos. A

veces llegaban a ser un terrible obstáculo para la caza. Tres niños lograron escapar porque le falló la vista. Sin embargo, el Hombre Pálido escribió dos de sus nombres en la pared; el tercero, no obstante, lo borró. Era el nombre de un niño escuálido, de apenas seis años, que había robado de una aldea al sur del bosque. *Serafín Avendaño...* Aunque el Hombre Pálido borró el nombre de la pared con un cincel, nunca pudo olvidarlo.

El Devorador de Niños siempre usaba una daga de plata con mango de oro para perpetrar sus asesinatos, un instrumento de extraordinaria belleza y filo que había permanecido en su poder por más de trescientos años. Había sido un regalo del gran inquisidor, y lo conservó, envuelto en terciopelo del color de la sangre, en un compartimento cerrado en uno de los muros de su comedor. El Hombre Pálido nunca mantuvo en secreto frente a sus víctimas el lugar donde guardaba la daga. ¿Con qué objeto? Al final, todos estaban condenados a morir.

Serafín Avendaño tenía seis hermanos mayores que disfrutaban perseguirlo y golpearlo tal como su padre había hecho con ellos, de modo que el muchacho aprendió desde muy joven a correr rápidamente y escapar. Serafín había escapado de las garras del Hombre Pálido con la rapidez y suavidad de una anguila y, mientras el captor buscaba sus ojos, el niño no sólo había tomado un plato dorado lleno de comida de la mesa ensangrentada, sino también la llave dorada del compartimento donde el Hombre Pálido guardaba la daga. Era todo lo que Serafín podía hacer por los otros niños cautivos que lloraban en sus jaulas, debajo del comedor del monstruo.

El corredor por el cual Serafín decidió escapar parecía no tener fin, y pronto escuchó a su captor gritando detrás de él. En ese momento el niño bendijo a sus hermanos, a quienes siempre había considerado una maldición en su vida, a medida que pasaba corriendo junto a los pilares de huesos alineados en el corredor. Los sirvientes del Hombre Pálido limpiaban el piso de baldosas cada mañana, pero habían pasado por alto un rastro de sangre. Serafín saltó por encima de él —los niños de seis años pesan mucho menos que los 353 años que había vivido el Devorador de Niños—, pero el Hombre Pálido resbaló, y mientras estaba de rodillas buscando sus ojos, Serafín llegó al final del corredor, y a una de las muchas puertas por las cuales el Devorador de Niños solía entrar y salir del bosque.

El niño cruzó la puerta, la cerró tras de sí de un portazo y logró bloquearla con una rama gruesa. Luego se internó en el bosque, temblando de terror y de alivio. Serafín no sabía a dónde se dirigía. Lo único que sabía era que tenía que huir y volver a su aldea y a su familia.

Para cuando atravesó corriendo el molino, donde alguna vez los soldados de un noble ahogaron a una bruja, la llave que aún sostenía en la mano parecía una maldición. ¿Qué pasaría si pudiera conducir a su dueño hasta él? Serafín no advirtió al enorme sapo que lo observaba cuando arrojó la llave al estanque, ni que tenía ojos de hombre. Tampoco lo vio tragarse la llave con sus labios cubiertos de verrugas. (Esa es otra historia).

Serafín Avendaño escapó ese día y, después, se convirtió en un artista que por el resto de su vida se dedicó a pintar imágenes de gran belleza para contrarrestar la oscuridad que había visto en su niñez.

XXXIX

EL RETORNO DE LA PRINCESA

Mercedes nunca había entrado hasta lo más profundo del laberinto. Siempre había temido lo que podía encontrar al final, y estaba en lo cierto. Lo supo cuando vio a Ofelia tirada a un lado del pozo.

Mercedes entregó el bebé a Pedro. Tendría que olvidar quién era su padre o sería incapaz de amarlo, y amor era lo que todos necesitaban desesperadamente. Era extraño que otra mujer hubiera dejado dos niños a su cuidado. Mercedes rezó para poder mantener a salvo al menos al niño. Sin duda, le había fallado a la niña.

Cuando se arrodilló al lado de Ofelia, el dolor que le rasgaba el corazón era tan agudo como si la niña de verdad fuera su hija. Ofelia estaba muriendo. No tenía siquiera la fuerza para girarse hacia Mercedes; sus ojos apagados miraban fijamente la sangre que le escurría de la mano al pozo.

La sangre teñía de rojo el agua de lluvia en el fondo del pozo. El chubasco había cubierto los patrones del laberinto que rodeaban la columna, y el reflejo de la luna flotaba en los epejos de agua como una pelota de plata, el tipo de pelota que las princesas de los cuentos de hadas pierden en un pozo. Los bordes del pozo, sin embargo, estaban teñidos de rojo con la sangre de Ofelia. Algunas gotas de sangre habían logrado llegar hasta la piedra erosionada de la columna, y flores de color carmesí surgían de la imagen cincelada de la niña que sostenía un bebé.

Con lágrimas en los ojos, Mercedes comenzó a tararear la canción de cuna que alguna vez le había cantado a Ofelia. Suavizando la respiración accidentada de la niña, la melodía llenó la noche de recuerdos de inocencia, esperanza y felicidad, y la luna llena cubrió a Ofelia con su manto de plata. Sintió cómo su luz le enfriaba la piel afiebrada y el corazón dolorido.

Una luz tan brillante.

—De pie, hija mía —ordenó una voz.

Mercedes no pudo escucharla, pero Ofelia sí.

La luz de la luna se convirtió en oro líquido, envolviéndola y acariciándola.

Fue muy fácil ponerse de pie. Sus extremidades, tan pesadas de muerte unos instantes atrás, perdieron todo el peso, y se vio a sí misma con un lujoso abrigo carmesí con detalles dorados. Estaba confeccionado con la seda roja más preciosa, tan roja como la sangre. Y los patrones bordados en oro estaban incrustados con muchas piedras preciosas: rubíes, esmeraldas y ópalos. Sus zapatos también eran rojos, y le quedaban perfectamente.

Ya no había tristeza, ya no había dolor, y cuando miró a su alrededor, vio que estaba de pie en un salón tan enorme que el techo parecía tan lejano como el cielo. En un muro había un vitral, redondo como la luna llena, que transformaba la luz en todos los colores del arcoíris. Delante de la ventaba había tres magníficos tronos que se elevaban por encima del piso dorado sobre pilares esculpidos a imagen y semejanza de los esbeltos troncos de los abedules.

Los labios de Ofelia dibujaron una inmensa sonrisa. La mujer sentada a la izquierda era idéntica a ella.

—¡Mamá! —exclamó. Su lengua ansiaba volver a pronunciar esa palabra.

La majestuosa mujer en el trono sostenía un bebé. ¿*Su hermano*?

—*Ofelia* —el hombre con la corona, sentado en el trono central, la llamó.

Vestía una túnica que se parecía a la que usaban los reyes en sus cuentos de hadas, pero su rostro era uno que le parecía familiar: una cara que solía inclinarse pacientemente sobre una pieza de tela.

—*Padre... Oh, padre...*

—Habéis sacrificado vuestra propia sangre para salvar a un inocente —dijo con la dulce voz que Ofelia recordaba que solía cantarle para dormir antes de que el mundo se oscureciera—. Esa era la última tarea y la más importante de todas —volteó a ver a su esposa.

La reina madre lucía joven y feliz. Las hadas revoloteaban alrededor —¡las tres, todas vivas!—, y por detrás de su trono surgió el fauno, su cuerpo era tan dorado como las paredes del salón. Sonrió y extendió sus brazos en un gesto de bienvenida mientras las hadas aleteaban en torno a Ofelia, canturreando de emoción.

—¡Y habéis elegido bien, Alteza! —exclamó el amo de las hadas, inclinando su cabeza en una reverencia tan profunda que sus cuernos casi tocaron el piso.

—¡Venid aquí, hija mía! —dijo la reina madre, haciendo un gesto hacia el tercer trono—. Sentaos a nuestro lado. Tomad el lugar que os corresponde.

Vuestro padre os ha esperado mucho tiempo.

En las galerías superiores, la gente se puso de pie. A través de sus aplausos, sin embargo, Ofelia aún podía escuchar el llanto de Mercedes mientras la sangre de la niña moribunda en sus brazos caía hasta lo más hondo del pozo. Reconoció la canción de cuna que tarareaba.

Y luego...

Ofelia sonrió —débilmente— y dejó de escuchar.

Y Mercedes se inclinó sobre el cuerpo de la niña muerta y lloró hasta que su cabello oscuro quedó empapado con sus lágrimas.

EPÍLOGO

Pequeños rastros

Poco después de que terminara nuestra historia, el bosque volvió a quedarse vacío. Algunos años pasaron y el musgo y la tierra recuperaron lo que quedaba del molino.

La historia olvidó a Vidal, pero también a Mercedes, a Pedro, al doctor Ferreiro y a todos los demás que sacrificaron su propia felicidad, e incluso su vida, para luchar contra el fascismo. España quedó bajo el yugo de Franco durante décadas, y los aliados traicionaron a los rebeldes, porque no les parecían aliados útiles contra su nuevo enemigo, la Unión Soviética.

En cuanto a Ofelia, a la mañana siguiente de su muerte, una pequeña flor pálida brotó de una rama de la vieja higuera que había liberado del sapo. Creció en el lugar exacto donde Ofelia había colgado su ropa nueva para mantenerla a salvo mientras llevaba a cabo la primera tarea que le encomendara el fauno. Los pétalos de la flor eran tan blancos como el delantal que su madre había confeccionado para ella, y en su centro surgió un sol amarillo lleno de polen y de vida.

Unos años después, un cazador pasó por el molino incendiado y el laberinto. No pudo resistir la tentación de cruzar el arco de piedra y estuvo perdido en los antiguos pasadizos hasta llegar a pensar que jamás encontraría la salida. Sin embargo, finalmente, el laberinto lo condujo de vuelta al arco, y se sintió tan agotado que se tendió debajo de la higuera, que para entonces estaba en plena floración, adornada de flores y hojas.

El cazador se quedó dormido a la suave sombra de la higuera y en sus sueños escuchó la historia de una princesa nacida de la luna pero enamorada del sol. Volvió a su aldea y contó a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharlo que el viejo árbol le había susurrado una historia que terminaba de esta manera:

Y se dice que la princesa Moanna regresó al reino de su padre y gobernó con justicia y buen corazón durante muchos siglos. Que su pueblo la amó, y que dejó pequeños rastros de su tiempo en la tierra, visibles sólo para aquellos que saben dónde buscar.

Siempre son pocos los que saben dónde buscar y cómo escuchar, pero para las mejores historias, esos pocos son suficientes.

NOTA DE LA AUTORA

Todos conocemos libros que se convierten en películas, pero a menudo la representación en la pantalla nos decepciona porque no logra reproducir aquellas imágenes que habíamos concebido en nuestra imaginación. Pero ¿qué pasaría si se pidiera a un escritor que llevara a cabo justo el proceso contrario y convirtiera en palabras nuestra película favorita?

El cartel de la película de *El laberinto del fauno* colgaba en las paredes de la casa donde escribo antes de que Guillermo del Toro me propusiera transformar en palabras todo su mágico universo. Desde el primer momento consideré que era el ejemplo perfecto de lo que es capaz de hacer la fantasía. *El laberinto del fauno* era una gran prueba de que la fantasía puede ser a su vez poética y política, y eso es una herramienta perfecta para comprender la realidad fantástica de nuestra existencia.

Por supuesto vi la tarea como algo imposible. Todos los escritores sabemos bien lo insuficientes que llegan a ser a veces las palabras y cuánto más puede transportarte una imagen: todos esos niveles del significado tan difíciles de expresar y cómo las imágenes los consiguen casi sin esfuerzo. ¡Y luego está la música! Guillermo utiliza la música con tanto virtuosismo en sus películas como lo hace con la cámara. ¿Cómo podía creer que encontraría las palabras que alcanzaran a sustituir esas imágenes aliadas con el sonido?

Había algo en esa tarea imposible que me impedía resistirme. Sabemos que nos habríamos lamentado el resto de la vida si no lo intentábamos.

No escribí la narración de la película siguiendo un guion. Vi la película, segundo a segundo, imagen a imagen. Aprendí todo sobre su creación y admiré la destreza del tejedor todavía más, mientras seguía la urdimbre que él había hilvanado. Hice una lista de preguntas y me reuní con Guillermo para cenar y asegurarme así de que estaba leyendo la mente de los personajes de manera correcta, así como los gestos y miradas de los actores, y los símbolos del atrezo (todavía conservo la pinza del cangrejo que comimos aquella tarde).

Guillermo tuvo muy claro desde el principio lo que quería, es decir, que yo hiciera algo más que seguir puramente la narración de la película. Por otro lado, no quise cambiar ni por un momento el ritmo de la película, ya que considero que su trama está tejida con total perfección. Así que le sugerí añadir diez historias secundarias sobre los elementos clave de la película (interludios, como los llamó Guillermo).

El resto es magia.

He sido hechizada e inspirada, y he recabado las incalculables cantidades de valor creativo a través de este viaje por el laberinto de un genio narrador.

Espera, Cornelia. Puede que debas mencionar algo más. Esta es la primera novela que he escrito en inglés. Cosas que nos traen los laberintos...

CORNELIA FUNKE